

# ***GABRIELLA INFINITA***

**Por Jaime Alejandro Rodríguez**

Aunque el recuerdo de Gabriella (la mujer que los cuatro amamos y deseamos con tanto ardor en nuestros años infecundos) permanece vivo y fresco, su imagen ha debido constreñirse hasta quedar reducida a esta motita que vuela casi sin materia por la habitación donde hoy me dispongo a reescribir la historia.

Gabriella vaga ahora por las calles apenas reconocibles de esa ciudad que en nuestros tiempos trasegábamos con la ingenua prepotencia de quien avanza por su feudo. Esas mismas calles que antes nos invitaban a gozar de los secretos y de la dichas, y que ahora se han convertido en escombros de piedra amontonada. Gabriella, la mujer que todos amamos, es ahora un fantasma que recorre calles destrozadas, como si cruzara también por los caminos de nuestra desgracia.

Como si aún no hubiera despertado de su última pesadilla, Gabriella Ángel se encontró de pronto en medio del caos de unas calles repletas de automóviles abandonados y de gente que, intentando esquivar los latigazos que descargaban las ondas explosivas de las bombas, corría de un lado a otro enloquecida.

Había pasado la noche conversando con Diana, su amiga del alma, quien no había logrado salir a tiempo para su casa y tuvo por eso que quedarse en el apartamento. A las seis de la mañana, cuando el padre de Diana pasó por ella, Gabriella pudo al fin pegar el ojo. Soñó casi de inmediato con Federico. Lo vio recostado sobre la banca de un parque, como si estuviera durmiendo, tapado con una gran manta que le cubría hasta el rostro, pero que le dejaba al descubierto los pies, calzados con unos zapatos viejos. Gabriella se acercó y le quitó la manta de encima y así descubrió su calavera, horrenda y sonriente. En un lapso no mayor a dos horas, Gabriella despertó varias veces y varias veces se durmió. Cada vez, el sueño se repitió idéntico, sólo que algunos detalles se fueron sumando, casi imperceptibles, a la escena inicial. En el último, pudo identificar el parque y las calles aledañas. Se trataba de la plaza de Lourdes, precisamente el lugar donde Diana había asegurado haberlo visto la última vez. No lo pensó más. Salió a la calle en su búsqueda.

Tal y como había sucedido desde hacía más de tres meses, el ataque fue imprevisible y corto, pero demoledor. En realidad no había manera de prepararse, pues los bombardeos podían afectar cualquier sector de la ciudad y no respetaban ningún horario. Tanta era la impotencia que había cundido ya el malsano deseo de que se extendieran de una vez por todas. Pero, al parecer, los agresores deseaban minar toda resistencia antes de intentar la aniquilación final.

Cuando pareció que el ataque había cesado, Gabriella decidió seguir su camino. Avanzó por la Avenida Central hacia el sur y luego dobló por la Calle Diecinueve hacia las montañas. El paisaje de una ciudad, ahora desolada, no podía ser más aterrador: contra el reloj de la avenida, un autobús ardía todavía, mientras algunos buitres intentaban violar sus ventanas en busca de carroña. Un viento mortecino levantaba papeles y basura en cortinas que obligaban a los transeúntes a doblar los brazos a la altura de sus cabezas para protegerse. Desde las ventanas altas de los edificios, descendía un hollín pegajoso que, poco a poco, cubría los árboles y las calles. Al fondo, el Cerro Tutelar lucía calvo y envejecido.

En el sitio donde solían tomar café capuchino con Federico —en ese lugar que siempre consideraron como un refugio que les permitía burlar las rutinas— sólo había ahora cemento regado, mesas dispersas y una horrible oscuridad. La dulcería de arriba había sido completamente saqueada y del restaurante de la esquina, donde a veces habían cenado juntos, ya no quedaban en pie ni las puertas. Casi todas las casas del Barrio Viejo estaban destrozadas; ésa que alguna vez soñaron alquilar estaba convertida en un triste socavón y las tenduchas, donde se detenían en otros tiempos a charlar con los vecinos, habían sido clausuradas.

Aunque resultaba casi imposible caminar por las calles, ahora prácticamente desempedradas, Gabriella —más resignada que decidida— prosiguió su ascenso. Convencida de que había aún esperanzas de encontrar a Federico, se movía con una fuerza increíble.

En tiempos de paz, con ese abrigo raído, que apenas alcanzaba para cubrir a medias su vientre hinchado —y que el soplo de las montañas se empeñaba en abrirle, como queriendo burlarse de su gravidez—, con esa cara demacrada por las secuelas de la mala noche, con ese pelo enredado que evidenciaba la prisa con que había resuelto salir de su apartamento, con esa rodilla maltrecha, cualquiera la habría confundido con una de esas locas...

Arriba, en el puente —al tiempo que intentaba alejar de sí esos moscos diminutos que se empeñaban en seguirla— permaneció unos minutos contemplando las aguas negras que transportaban a cuestras la basura que bajaba de los cerros. Y por primera vez no sintió horror cuando descubrió que una rata mordisqueaba sus zapatos, sino una especie de solidaridad irracional que le sirvió para consolarse.

Cuando al fin arribó al hospedaje, Gabriella fue incapaz de entrar. Se quedó allí, plantada, debajo del arco que servía de paradero de autobuses, tratando de sacar de su rostro el agua que le escurría por las mejillas —acumulada por el efecto sumado del sudor del esfuerzo, de la llovizna que se había desgranado unos minutos antes y de las lágrimas que ya no pudo contener. Al rato, una pareja de gitanos salió del hospedaje. El chirrido

que se produjo con el vaivén de la puerta —y que resonó para Gabriella como el llanto de un recién nacido— la indujo a entrar, estremecida por lo que, creyó, era un signo de la proximidad del parto.

Se acercó al mostrador y tocó la campanilla de anuncio, pero no obtuvo ninguna respuesta. Desde el fondo del pasillo, una mujer vieja se asomó y la observó con desfachatez. Avergonzada, tomó las escaleras hacia el segundo piso. Mientras subía hacia la habitación de Federico, oyó el rumor de una radio y recordó que durante las últimas semanas no había escuchado ni una sola melodía, ni siquiera la odiosa estridencia con que sus vecinos escandalosos de otros días solían inaugurar las mañanas. Entonces cayó en la cuenta de que había sido esa nostalgia lo que había malogrado su ánimo. Se sintió aún más miserable al sospechar que la soberbia le había impedido anticipar todo lo que ahora se venía. Pero, al escuchar de nuevo ese ronroneo monótono de los locutores que durante las últimas semanas había convertido la respiración de la ciudad en una insoportable letanía, ya no supo qué pensar... Quizás esto no era sino el final de esa pesadilla que había comenzado con la inaudita desaparición de Federico.

# CATÁSTROFE

Federico no existe. Es otro fantasma. Está hecho de la misma inmaterialidad de la que está impregnada Gabriella; sólo que en él convergen los sueños y los deseos de esos cuatro muchachos que alguna vez juraron morir por la libertad. Quizás por eso resulta más etéreo, menos aprehensible...

1.

Protegido por la decisión de huir del país —decisión que, tras los recientes acontecimientos, habíamos tomado al fin como alternativa desesperada a una cada vez menos soportable situación de acoso—, el curso de la vida parecía tan inmune a los tropiezos que, en todo caso, aquél día, habría sido inútil cualquier prevención frente a lo extraordinario. Nada más natural por ejemplo, que ceder a la tentación de entrar a una biblioteca, sobre todo con la perspectiva irresistible que ofrecía ésa de curiosear entre los estantes, tomar los libros y acariciarlos y luego sí sentarse en alguna mesa desocupada del rincón a matar el tiempo y leer en paz.

Claro que, acostumbrado a la penosa diligencia de otras —donde te requisan a la entrada y a la salida, donde tienes que llenar papeletas y entregar fichas y quizá soportar el malgenio de los funcionarios, donde el contacto con los anaqueles está vedado, donde finalmente te hacen sentir miserable— mi permanencia en La Nueva Alejandría resultó extrañamente conveniente para quemar esa hora que todavía sobraba antes de la cita que había acordado con Gabriella para ultimar los detalles del exilio.

Pero tampoco ese encuentro fortuito podía calificarse de excepcional. Cierta ironía había en el hecho de que un lugar como ése, ideal para un investigador de las ciencias sociales, hubiese aparecido justo el día en que habíamos decidido abandonarlo todo. Quizás —ahora que lo pienso— también pudo influir en mi ánimo esa agitación interna que la determinación del grupo había provocado desde la noche anterior; o la nostalgia de siempre, sí, qué carajo, a lo mejor fue esa tristeza, inoportuna y odiosa, ese reptil que habita en mi estómago como una maldición, lo que destruyó finalmente la armonía del principio.

Tal vez hubo un poco de todo eso. Pero aun así, ni siquiera aquella improbable conjunción de sentimientos habría tenido el poder suficiente para provocar ese desconcierto que de golpe se apoderó de mi alma, cuando comencé a leer el poema de Jerry Rubin que encontré en el libro que había tomado, sin ninguna precaución, del escaparate destinado a las referencias: un temblor incontrolable, un pánico repentino empezó a recorrer mi cuerpo apenas repasé la primera estrofa... Y es que, de pronto, se abrió paso en mi mente la imagen que descubría la esencia exacta de mi destino: el karma maldito de mi existencia.

También en el cuarto de Federico todo era caos: apenas podía distinguirse una cama angosta, sin tender, y un anaquel destartado y casi vacío, en medio del mar de cachivaches revueltos que inundaba el piso de la habitación. Como si el morador hubiera tenido demasiada prisa por salir, los utensilios del baño —apenas preparados, pero aún sin uso— lucían allí abandonados a su deterioro; incluso goteaba todavía la llave mal cerrada de la ducha.

En el comedor, algunas tajadas de pan duro y varias tazas sucias, todas manchadas por un chocolate remoto, indicaban cierta displicencia. En la sala de al lado, un viejo computador, cubierto con tiras de papel —que seguramente, tras el abandono, habían terminado por enredarse en la impresora—, parpadeaba como un ojo enfermo. En el piso, un cúmulo de objetos regados: periódicos, ropa sucia, zapatos viejos, maletas y, sobre el velador, una postal raída que Gabriella reconoció en seguida.

... Era una de esas fotos que —en sus paseos de cada domingo— les había tomado Don Manuel, el legendario fotógrafo del Parque Nacional, con su antigua cámara de manga. Todo un ritual que había nacido pese a la resistencia casi infantil que Federico opuso la primera vez y que llegó a convertirse en algo así como el registro de su relación. Fotografías que Federico fue archivando en estricto orden cronológico, con su fecha grabada en el envés y algún comentario que expresaba lo esencial del día: “Tarde de sol y sonrisas”, “Mucho frío, pero también mucho amor”, “Hoy nació Ícaro”. Un culto que Gabriella supo siempre renovar con esa gracia suya de niña ingenua y feliz.

A veces ensayaban gestos estrambóticos ante el foco o se demoraban acomodando la pose y aunque al principio la seriedad provinciana del fotógrafo fue un obstáculo para la espontaneidad de sus bromas, el viejo Manuel terminó integrándose al juego. Claro que ésta debía ser una de las últimas fotografías; alguna de éstas que se tomaron ya sin muchas ganas, más bien hartos del juego, tal vez durante la época en que ellos habían pasado a ser los solemnes y la gentileza de Don Manuel les resultaba demasiado cándida y hasta molesta, porque los ataba aún más a la obligación. Estaban sentados sobre una banca del parque y al fondo se alcanzaban a observar árboles frondosos y más atrás un edificio. Gabriella, tocada con un gorrito de lana y envuelta en una gran bufanda, lucía muy sonriente; pero, en cambio, en el rostro de Federico había cierto distraimiento inefable...

De pronto, una leve explosión conmovió los cristales de la pieza. Gabriella dejó la fotografía sobre la cama y avanzó hacia el fondo de la habitación, donde un estrecho ventanal, impregnado por gotitas de lluvia, dejaba pasar la luz apenas temblorosa de la tarde. Un poco por curiosidad, un poco por aliviar la pesadez del interior, lo abrió de par en par. Se asomó y desde allí observó un pequeño callejón y, al final, una fogata, alrededor de la cual se había reunido un grupo de indigentes para mitigar el frío. Con rabia, Gabriella cerró la ventana, volvió al centro de la habitación, se sacó el abrigo y se sentó sobre el piso.

Apoyó su cabeza en las manos y comenzó a llorar. La lluvia, afuera, arreciaba, y el verso del poeta, adentro, repicaba en su cabeza: «mientras en la calle llueve / mi corazón aquí llora».

## CATASTROFE, 2

Ahora lo recuerdo perfectamente: ése poema lo cantábamos en la comuna de Lucas: la experiencia hippie que tantas veces he prometido escribir—, pero entonces no tenía idea de que se trataba de una composición de Rubin; a lo mejor —todo era posible en aquella época de locos— el viejo Lucas lo había traducido. A decir verdad, sin embargo, no convocaba entonces en mí la necesidad de acción que ahora me reclamaba. Era como una de esas canciones que se entonaban a manera de himno, pero sin la trascendencia que habría podido tener, simplemente una canción que nos unía un poco más en la palabra. Allí en la biblioteca, en cambio, logró despertar unas fibras dormidas que me hicieron estremecer.

Y fue como si la conciencia de mi fracaso hubiera tomado cuerpo, como si hubiese caído sobre mi cabeza con todo su peso hasta obunibilarme. Allí estaba ese do it que me recordaba cuán cobarde había sido hasta ahora. Cómo no reconocer que nunca había sido capaz de forjar la oportunidad de llegar a tiempo a algo importante. Cómo no admitir, por ejemplo, que mi coqueteo con el “poder estudiantil” en la universidad no había sido más que una caricatura grotesca o que mi espíritu pusilánime pesó más que mi sensibilidad social en el momento en que tuve la única oportunidad de permanecer en la guerrilla; en fin, cómo no confesar que mi vida, a los treinta años de edad, era una completa mierda.

Si, es cierto: ahora era todo un catedrático respetable, con un buena carga de artículos encima y un par de libros; con una experiencia quizás envidiable, no sólo por mi formación en la universidad, sino por mi capacidad de liderazgo que finalmente había generado cierta reputación de hombre progresista. Si, todo eso era cierto. Pero en un país que deja morir a su gente de abandono en las calles, en un país que quiere embarcarse en una guerra absurda, eso no era suficiente. Había que hacer algo distinto. Sobre todo distinto a huir, porque huir era tan sólo una justificación de nuestra cobardía. «Huir para volver», eso habíamos dicho, eso afirmaban Ana y Ernesto y Jairo y hasta Gonzalo, quien al comienzo se había resistido al proyecto del exilio con tanta vehemencia; pero era seguro que no lo haríamos o, en todo caso, no para lo que habíamos prometido.

Eso fue lo que me reveló la lectura del poema: la conciencia de mi propia cobardía y, simultáneamente, la necesidad de hacer algo, el otro extremo del péndulo, el hazlo. Así, la salida del país, el futuro ése que entre todos habíamos inventado el día anterior, perdió sentido y todo vigor.

Debía hacer algo, pero ¿cómo? ¿Qué, exactamente?... Lo cierto es que lo extraordinario había irrumpido cuando menos lo esperaba. Por eso no tuve valor para salir a tiempo de la biblioteca; por eso incumplí la cita, por eso vagué por las calles del centro, completamente confundido; por eso no tuve más opción que abandonar a Gabriella unos días después, aun sabiendo lo de nuestro hijo por venir, aun a costa de su dolor y de su desconcierto, de su rabia y su decepción. Tenía que hacer algo para evacuar la mierda de mi alma, pues ¡nos habíamos convertido en la viva imagen de eso que odiábamos cuando teníamos veinte años!

Por lo pronto, había que reunir al grupo para anunciar los cambios de planes...

Como si temiese aumentar el desorden de la habitación o estropear los objetos, Gabriella caminaba con cuidado por entre los escasos espacios que quedaban aún libres, burlando obstáculos y apoyándose en las paredes. Sus pasos producían un sonido crujiente y amortiguado que se hizo aún más intenso en cuanto cesó la lluvia y amainaron las explosiones.

Resolvió entonces empacar rápidamente las primeras cosas en una pequeña caja de cartón que encontró en el baño. Según lo que había dispuesto —tras la pérdida del contacto y ante la inminencia de la extensión de los ataques—, su intención era recogerlas lo antes posible, llevarlas hasta el apartamento y esperar allí a Federico, donde quizás estarían más seguros que en el centro de la ciudad. Pero esa determinación duró muy poco. Bastó que se detuviera en la selección de algunas prendas para que el afán que llevaba se esfumara por completo: allí, el viejo paraguas que tantos recuerdos le traía y, más allá, la gabardina; cerca del anaquel, los libros, esos fetiches que ambos habían compartido con intensidad; sobre la cama, más fotografías, más imágenes inevitables; junto a la pared, detrás de la grabadora, un misterioso arrume de casetes y de cintas de vídeo; regados por el suelo, manuscritos y recortes de periódico. Objetos, todos, que empezaron a saturar su ánimo de resonancias. Así que se detuvo un poco más en cada cosa; a lo mejor, ese desbarajuste que había dejado Federico en su huida era aparente; a lo mejor había claves que le pudieran llevar a resolver el enigma.

## **ATRAPADOS**

Habíamos desarrollado una capacidad de daño que, sin saberlo, extendía su secuela más allá de las modestas fronteras de nuestro mundo cotidiano. Sólo que la enmascarábamos con la idea de que éramos inocentes. Creíamos, por eso, tener derecho a la tranquilidad. Sobre nuestras espaldas, sin embargo, crecía un tributo que cada vez habríamos de soportar menos. Era cuestión de tiempo.

## **UNO**

Se oye una fuerte explosión y luego se ilumina la escena. Estamos en el interior de lo que debió ser un edificio de oficinas, en el tercer piso, cerca de la recepción y justo en frente del sector de ascensores. Los escombros bloquean la entrada a las escaleras y también las puertas. Hay un gran agujero en una de las paredes del fondo, a través del cual se observa el deslizamiento de una lluvia torrencial. Las vigas rechinan y restos del techo y de las ventanas siguen desmoronándose. Se escuchan sollozos agudos aunque suaves—provenientes de alguna oficina interior. Nos movemos hacia el lugar, atravesando los escombros. Antes de poder entrar, retumba una nueva explosión. El piso tiembla, empiezan a desprenderse las paredes, se oyen más gritos, ya no es posible mantener la mirada, la escena se esfuma...

En realidad, de esa firmeza de sentimientos, de esa personalidad enérgica que siempre la había distinguido ante los demás, no quedaba ya nada. Estaba completamente confundida. Y no era para menos: Gabriella había completado seis meses de una espera interminable, llena de angustias y mentiras. Una espera que había terminado por disipar toda ilusión. De un lado estaba la intermitencia evasiva de los contactos con Federico, sus disculpas y sus mudanzas impredecibles, la exasperante prolongación de su ausencia. De otro, el increíble vínculo con su hijo: ese sueño que tanto la atormentaba, ese mar de preguntas que había ido tejiendo su propia realidad a punta de pura incertidumbre, esa presencia invisible pero real, tan real que ya casi no la dejaba mover, tan real que a veces le hablaba sin palabras y sin rostro desde su habitación de sangre. Había estado expuesta, pues, a la presencia de la ausencia, algo que nunca antes había experimentado, algo que, si bien le había permitido el contacto con las fuerzas del misterio y del espíritu, también la sumergía en medio de la plétora.

El sentimiento de irrealidad se le había colado de igual modo a través de la extraña relación que mantenía con los demás. A los amigos había que sostenerles una farsa, una historia que exigía cierta solidez narrativa, cierta consistencia al menos verbal, ese rigor desesperante de la verosimilitud, que ya no se sentía capaz de prolongar. A cada pregunta, una falsa respuesta que a su vez generaba una nueva pregunta... ¿Cómo explicar la ausencia de Federico si ella misma no tenía claridad, si no podía construir una razón que pudiera ser expuesta en público, en ese mundo exterior que exigía motivos concretos, como la separación o el abandono? ¿Quién podría comprender razonablemente que Federico se hubiese alejado apenas unos días después de haberse confirmado lo de su embarazo, si ella misma había tenido tantas dudas, si ella misma le había reprochado en su momento la frialdad con que había recibido la noticia?

Si, claro que lo recordaba: para la noche de la concepción, habían decorado la mesa con vino y flores, se habían esmerado en la preparación de la cena, habían comprado un mantel nuevo, todo porque la ocasión lo merecía. Desde temprano, había sonado en la casa el crescendo maravilloso del Bolero de Ravel. Sí, claro: era sábado, lo que garantizaba un amanecer tranquilo. La decisión de tener un hijo había llegado de pronto, sin la prisa que Gabriella se guardó siempre de expresar, pero también sin el miedo que Federico llevaba adentro como un estigma.

No ocurrió ninguna Epifanía, no hubo necesidad de ningún plan riguroso, simplemente empezaron a jugar con la idea, dejaron que las razones en pro o en contra pasaran a un segundo plano y que las presiones familiares perdieran el peso que siempre habían contenido, para permitir que la idea, que la imagen, que el deseo, comenzaran a tener su propia y justa influencia. Hasta que una noche de fin de año, tras una mirada de complicidad, lo supieron: no pasaría más tiempo. Sólo entonces hablaron abiertamente, lo decidieron. Sólo entonces, surgió un plan, visitaron juntos al médico, programaron una fecha tentativa, hablaron de la cena especial, del mes sagrado de abstinencia, de ese momento. En esa noche extraordinaria, Federico había llorado y a Gabriella se le había puesto la piel arrozada. ¿Por qué, entonces, la noticia que ella, un mes después, le había comunicado —radiante y feliz— había tenido esa recepción tan fría?

## CATASTROFE, 3

La idea de reunir los protagonistas criollos de los sesenta, entrevistarme con ellos y proponerles a mi modo el do it, —que surgió tras aquella lectura insólita del poema de Jerry Rubin en la biblioteca—, tuvo al principio (y pese a mi despiste) muy buenos augurios. Lo primero que se me ocurrió —manía intelectualoide quizá— fue investigar, intentar reconstruir, a partir de documentos, los pasos de una posible continuidad subrepticia de la lucha emprendida por los jóvenes de los sesenta y setenta, a la que yo había llegado tarde. ¿Qué era lo rescatable, qué lo recuperable, qué lo desechable? ¿Quiénes sobrevivían, con quiénes podía contar en esta empresa?

Mi propuesta era sencilla: consistía en examinar las posibilidades políticas concretas de canalizar las fuerzas remanentes de lo que se conocía como la gran tradición underground —y que aparentemente había quedado aniquilada tras el fracaso de mayo del sesenta y ocho—: desplegar una gran diversidad de estrategias y conjugarlas, de modo que pudiéramos pasar de nuevo de las ideas a la acción; forzar nuevas condiciones de florecimiento de las actitudes contestatarias, de manera que todo ese excedente: los ideales de renuncia a la sociedad de consumo, la protesta contra el autoritarismo y la burocratización, las propuestas de vida comunitaria, la liberación erótica e incluso la práctica misma de las filosofías orientales, así como el consumo de drogas psicodélicas, pudiera —mediante una adecuada orientación— recuperar la dimensión utópica extraviada desde hacía ya tantos años.

La maldita firmeza de sus sentimientos se había ido a la basura, definitivamente. Pero ahora tenía la necesidad de saber algo más, de comprender el motivo de los movimientos de Federico en estos últimos seis meses; y ahí estaban sus cosas, invitándola a construir la historia, la verdadera historia. Quizás bastara con dejarse llevar por el instinto.

Tal vez, después de todo, la ausencia de Federico y la presencia incierta de su hijo tuviesen algún sentido. A lo mejor, la vieja gabardina no estaba allí porque Federico olvidó llevársela o por que no tuvo tiempo ni lugar para tanta cosa, quizás estaba allí para indicarle algo; algo que podría llegar desde el recuerdo de los primeros días, de los días lluviosos, los días buenos, los de la pasión, los días en que se quisieron totalmente, aquéllos en que todo era piel entre ellos.

Cómo olvidarlos: desde el cruce de sus primeras miradas, cuando él llegaba, apuesto y joven profesor, a dictar su cátedra, Gabriella se estremecía y ya no podía tranquilizar sus manos, y sus labios cometían torpezas que delataban lo que para todos era evidente: que estaba loca por el maestro.

... Aquél día, ella lo había estado espiando desde el segundo piso del edificio de Artes. Federico avanzaba torpemente bajo la lluvia. Seguro había corrido todo el trayecto desde la entrada de la Calle 45 y ahora trotaría por las escaleras, pues —como siempre— llegaba tarde a clase. Pero el salón estaba lleno y los alumnos lo habrían esperado, incluso hasta el final, si fuera necesario. Ahora que podía verlo sin acosos en la entrada —entregando el paraguas al portero, sacudiendo su gabardina y arreglándose el cabello—, Federico lucía tan indefenso, tan infantil, que Gabriella sintió que su seriedad y su sabiduría sólo hacían parte del juego. Corrió para que no se diera cuenta que lo observaba.

Federico entró al salón, ofreció disculpas por la tardanza, habló un rato con los alumnos e inició su clase de historia del arte. La de hoy: vanguardia y posmodernidad. Gabriella, ubicada en uno de los puestos de la primera fila, con su rostro irremediamente encendido, escuchó la conferencia con esa expectativa que siempre la asaltaba y que la llenaba de tantas mortificaciones. La clase terminó por fin. Algunos alumnos se acercaron al profesor y le hicieron preguntas. Él las respondió todas, mientras recogía sus implementos, y luego salió por el corredor hacia las escaleras. Entonces, Gabriella, que se había adelantado, lo saludó con un beso en la mejilla y ambos se dirigieron al guardarropas. Había dejado de llover y el sol brillaba con toda intensidad.

Salieron juntos hacia la cafetería del edificio de enfrente. Allí los esperaban Fabián, Jairo, Ana y Ernesto, colegas de Federico. Apenas los vieron entrar, lo de siempre: empezaron las bromas, las falsas adulaciones a Gabriella, los reproches a Federico por su perspicacia y por su fortuna. Ana entonces salió en su defensa y les ayudó a pasar el chaparrón. Federico aproximó otra silla, se sacó de nuevo la gabardina, la colocó sobre el espaldar y dejó el paraguas en el asiento. Después de un rato, mientras tomaban café, Fabián impuso un tono serio a la conversación. Conocía detalles sobre la protesta que se estaba planeando para los próximos días en la universidad. Se habló entonces de infiltración de activistas, de armas de fuego y otras acciones que podían convertir la marcha en una tragedia. Se plantearon algunas posiciones ideológicas en torno al asunto. Para Federico, pese a la acalorada defensa de Ernesto, las cosas no desbordarían la misma dinámica improductiva de siempre. Su apatía fue recibida con sorpresa. Gabriella permanecía en silencio. Ana sacó a flote la imposibilidad de permanecer indiferentes y Jairo la apoyó. Pero los sarcásticos comentarios de Federico, terminaron por indisponer a los demás. También Gabriella estaba incómoda.

De pronto, Federico hizo un gesto dirigido hacia el ventanal de la cafetería y se levantó intempestivamente. Gabriella lo siguió con la mirada. Afuera, Federico se encontró con una mujer. Ella le entregó algo. En la mesa, los otros pidieron más bebidas y continuaron comentando las acciones de la protesta, pero Gabriella ya no les prestó atención y siguió observando a Federico, quien se veía alterado. Él miró hacia adentro y se percató del rostro desconcertado de Gabriella. Tomó entonces del brazo a la mujer y la alejó del lugar. Gabriella miró la silla vacía sobre la que había dejado Federico la gabardina. Se escuchó entonces un petardo, afuera volaron papeles y se levantó una cortina de polvo...

## **ATRAPADOS, DOS**

Un salón lleno de desechos. Se oyen las quejas de quienes pudieran ser los sobrevivientes de las explosiones. Un hombre surge de entre los despojos. Pese a la oscuridad del ambiente, se puede observar su estado: sangre en el rostro, vestido hecho jirones, cubierto de polvo. El hombre se sacude y luego avanza trabajosamente en busca de más víctimas, atendiendo las quejas que siguen escuchándose. Así descubre una mujer debajo de un escritorio y un anciano bajo los residuos de una pared.

Poco a poco, se va conformando un grupo de diez. Hay confusión. Una pareja de jóvenes se abraza, la chica llora. El otro hombre sigue atendiendo a los sobrevivientes, levanta escombros e intenta buscar una salida. El grupo se va congregando en el centro del salón, donde hay espacios más despejados. Otros dos hombres se unen a la labor y comienzan también a levantar residuos y atender a los demás. Entre los tres improvisan una inspección del lugar y se informan mutuamente sobre el estado del piso: prácticamente desmantelado, la salida a las escaleras está bloqueada y las ventanas han quedado tapiadas; el ascensor está atorado: no hay manera de salir....

Había llegado tan nítida esta escena olvidada, como si algún resorte interior la hubiera disparado por el sólo contacto con la prenda, como si la gabardina estuviera emitiendo sus propios mensajes. ¿Tendría algo que ver con los cambios de Federico? ¿Quién había sido esa mujer? ¿Había estado Federico, pese a sus negativas, involucrado en aquella marcha trágica? Nunca antes se había planteado estos interrogantes, nunca había reparado en..., pero ahora...

Si algo de la relación con Federico había mortificado siempre a Gabriella, fue precisamente el desconocimiento casi absoluto de su pasado. El se empeñaba en evadir las preguntas, en restar valor a esa información que ella creía necesaria. En cambio, Federico insistía en la necesidad de recomenzar, de cortar lazos, de estar dispuesto siempre a iniciar una nueva vida. A veces, sin embargo, algunas cosas del pasado de Federico se atravesaban en el camino; en forma de saludo inesperado en la calle o de distracción inexplicable, en la atención a llamadas telefónicas misteriosas o en la entrevista con personas desconocidas que Gabriella no tenía derecho a tratar.

En ocasiones, ese pasado incierto se materializaba en las discusiones, en los conflictos, en esos diálogos absurdos en los que lo dicho no conducía a nada, diálogos vacíos que llegaban a enredarlos hasta el desespero. Quizás algunas cosas llegaban con claridad: esa visión de mundo, esa manera de actuar y de decidir, incluso esa manera de amar que sólo podían ser resultado del pasado que Federico negaba. También algunos gustos, el terrible desarraigo que le impedía vivir tranquilo; cosas que Gabriella podía comprender e incluso explicar sin necesidad de recurrir al interrogatorio.

...Impacto de luz sobre unos ojos ya sumidos en el espacio acuoso de los sueños. Girasoles flotando sobre territorios de lava calcinada. Olor a cigarrillo. Incendio al otro lado. Un cuerpo acomoda su posición sobre la cama, el otro suelta un espasmo. La tierra se abre en una grieta ineluctable. Bocanadas de humo emergen desde un agujero distante. Un gemido. Federico abre sus ojos húmedos. Gabriella lo está mirando.

—Pobre amorcito, ¿te desperté?

—¿Pasa algo, Gabriella?

—No, simplemente no puedo dormir.

—Sigues pensando en el asunto...

—Sí, no puedo evitarlo. Es que no acabo de entender. Primero dices que debemos huir; la situación, te sientes asfixiado, te persiguen, y ahora resulta que es mejor quedarnos; no lo entiendo. Se cansa una, Federico.

—Oye mi amor, es que no es fácil entenderlo. Ni siquiera yo sé por qué lo hago. Tal vez sea injusto contigo...

—¿Conmigo, Federico? Y qué dices de Fabián y de Ernesto y de Jairo, qué va a pasar con Ana y con Gonzalo, ¿ah?

—Ellos han hecho esfuerzos, se han creado expectativas, algunos hasta han renunciado a sus trabajos o han puesto en peligro sus vidas. No sé qué les vamos a decir.

—Mira, yo creo que tú puedes viajar con los otros si quieres. Se puede arreglar lo del pasaje. Basta que hable con mi hermano y ningún problema.

—Eso no es problema, claro. El problema es que yo sin ti no viajo y eso tú lo sabes muy bien, así que déjate de pendejadas.

—Bueno, hagamos una cosa: hoy mismo vamos y hablamos con Fabián, le decimos que se nos presentó un problema, que no viajaremos por ahora. Tú me das un tiempo, ¿entiendes?, unas dos semanas y...

—¿Dos semanas? ¿Por qué tanto?

—Es una idea que tengo, tal vez sea menos. Es que debo... no sé cómo explicártelo... debo quedarme. Tengo que hacer algo antes. Hoy me he dado cuenta de que debo saldar cierta vieja deuda. No se trata de dinero, es algo más... más complejo... algo que ahora no puedo explicarte porque ni yo mismo lo comprendo... estoy tan avergonzado, me siento tan culpable, tan... desconcertado...

—Federico, Federico, mi amor, no te pongas así, ¿es por alguna mujer?

—No, claro que no. Es otra cosa, es una búsqueda, una indagación... cómo decírtelo... necesito organizar un encuentro; un encuentro del que depende todo: nuestro viaje, nuestra nueva vida, el futuro de nuestro hijo, nuestro amor. Un encuentro con gente que conocí de antes, hombres y mujeres; debo dejar en claro ciertas posibilidades.

- Está bien, Federico, está bien; intentaré entenderlo, pero yo también necesitare tiempo.
- Claro amor, claro. Ahora duerme. Mañana todo será distinto... espero...

## CATASTROFE, 4

El proyecto exigía varias fases: una primera consistía en el examen mismo de ese remanente revolucionario —ahora disipado— en nuestro medio. Para ello era necesario contactar a los actores de las distintas propuestas que aquí habían alcanzado algún protagonismo. Una vez reunidos estos protagonistas (estudiantes, guerrilleros, hippies, músicos, artistas, etc.), diseñar, en consenso, una estrategia política que pudiera tener algún eco. Finalmente, construir una organización capaz de congregarse y conjugar estas fuerzas revolucionarias dispersas, hasta alcanzar la suficiente capacidad de impacto y pasar a la acción.

Una mezcla de miedo y de expectativa me sobrepasaba. Acababan de cumplirse los veinte años del mayo parisino. Las conmemoraciones abundaban, los artículos florecían, todos hablaban de la década maravillosa, de las revoluciones imaginarias, de contracultura, explosión de la conciencia y tantas cosas más, que yo mismo sentía favorecida la misión, y me veía obligado a seguir el camino iniciado en esa tarde en que había leído el “hazlo” de Rubin. Había programas de televisión, congresos, música que recordaba lo vivido, conferencias y seminarios en los que se intentaba explicar el fenómeno, algunas indicaciones de la manera como se habían transformado hasta hoy los movimientos alternos y, sobre todo, una necesidad de mirar atrás y encontrar algo no percibido que pudiera orientarnos ahora en el laberinto.

Mi propuesta parecía tener eco. Con quien quiera que hablase, donde quiera que leyese, encontraba oídos, recomendaciones... soy amigo de tal persona que conoció a tal otra... Mira, tengo este libro que te puede servir... Al loquito ése lo he visto por tal lado ahora... A un amigo de M lo conocí en la cátedra tal... Mira que casualidad, yo también tenía en mente algo parecido... Claro, yo tengo los discos de... El entusiasmo me iba ganando. Realicé algunas entrevistas y tuve varios encuentros significativos.

Ni esas viejas fotografías que ahora reposaban sobre la cama, ni el recuerdo de sus gestos o de sus ideas, parecían ahora suficientes para armar la imagen que Gabriella necesitaba para comprender lo que había sucedido en estos últimos meses. Sólo contaba —como siempre— con fragmentos, destellos, espasmos que se resistían a una estructura, que no dejaban traslucir la verdad; una verdad que, de alguna forma (así lo presentía), estaba escondida detrás de ese aparente caos que Federico había dejado tras su desaparición.

Gabriella se levantó de la cama donde un momento antes había encontrado la gabardina y se dirigió al baño. Entonces descubrió una mujer deforme reflejada en la luna del espejo y sintió horror: ¿cómo explicar que esa mujer había sido la misma muchacha virginal que unos meses antes se había enamorado locamente de su profesor? ¿Qué hacer con la molesta sensación de haber cambiado de piel como las serpientes? ¿Cómo entender que esta piel hinchada y tensa marcada por estrías que revelaban el esfuerzo para retener al ser que ahora la habitaba silencioso— había sido la misma que Federico horadó con tanto amor aquella remota noche de la cena?

## ATRAPADOS, TRES

Un fragmento de pared ha caído en uno de los costados del salón, levantando una cortina de polvo. Se escuchan más gritos, la chica de antes entra de nuevo en agitación y una mujer vestida de enfermera (la misma que estaba debajo del escritorio - sí, ahora lo podemos comprobar) la atiende. Los tres hombres que han tomado la iniciativa piden calma y anuncian su intención de organizar algunas actividades para intentar una salida del edificio. Se presentan con sus nombres: Darío, Fabio y Mario. Este último asegura conocer el piso, pues trabajó allí unos meses antes. Darío propone hacer una presentación de los sobrevivientes con el fin de poder asignar acciones por afinidades y capacidades. Fabio sugiere iniciar una exploración del lugar para reconocer su distribución, las condiciones locativas, levantar un plano y rastrear recursos. Mario, finalmente, plantea la distribución en grupos: uno de vanguardia que se encargaría directamente de las exploraciones, otro de retaguardia que permanecería en el salón - conformado por los heridos más delicados y los más débiles - y uno de apoyo y enlace que estaría atento a colaborar con los otros dos grupos. Se fija, igualmente, el salón donde se encuentra como centro de operación y reuniones. Las tres propuestas son aprobadas.

Mediante la ejecución de la primera conocemos más datos de los personajes: la enfermera, de nombre Diana, tiene 28 años y está capacitada para emergencias como ésta. El anciano tiene 65, se llama Francisco y no le interesa más que salir a como dé lugar. Los chicos, ambos de 18 años, son estudiantes, tienen miedo y no saben exactamente cómo podrían colaborar; sus nombres: Oscar y Liliana. También se presentan: Diego, 40 años, artesano; Cristina, 22 años, sin ocupación; Eduardo, artista, de 28 años e Indiana, vagabundo, de 27.

## CATASTROFE, 5

Una tarde, por ejemplo, hallé en el casillero de mi oficina un libro de poemas firmado por una mujer, cuyo nombre, aunque en principio no me decía nada, resonó con cierta fuerza en mi interior. Según me informaron, la mujer —quizás ingenuamente— lo había repartido a todos los profesores del departamento en espera de alguna lectura que lo sacara de la oscuridad (lo triste es que, a las pocas horas, algunos ejemplares estaban ya entre el cesto de la basura; ni yo mismo, pese a mis promesas, lo he leído). Poco después, descubrí, husmeando en mi oficina, a una pequeña mujer, de unos cincuenta años, con aretes en cada apéndice de su cara y anillos en todos los dedos de sus manos. Una mujer, en verdad, extravagante. Le pregunté qué hacía allí y entonces me enteré que era “La Maga”, la autora del libro. Hablamos durante un rato y así me enteré que era, ni más ni menos, una auténtica protagonista de la época.

Otro encuentro formidable fue la conferencia de Alfredo Molano (uno de los más destacados sociólogos del país) que, con motivo de una convención científica, escuché por puro azar. Más que una revisión sobre el desarrollo de la ciencias sociales (con ese título se anunciaba la conferencia y quizá por eso me interesé en ir a la convención), se trataba en realidad de un testimonio de su trayecto como intelectual, forjado en el fuego de la conciencia transgresora de los años sesenta; testimonio, por lo demás, paradigmático de lo que yo andaba buscando. Ese testimonio resultó fundamental en la camino de mi proyecto político, en cuanto modelo de la evolución de una de las figuras más extendidas en los años sesenta: la del intelectual de izquierda.

En realidad, el proyecto en estas primeras fases, parecía funcionar. Sin embargo, una primera señal de alerta se presentó cuando conocí en la universidad a un estudiante de doctorado (Carlos Fajardo), quien estaba recolectando datos para realizar lo que él llamaba por entonces “una crónica de la generación de los ochenta”. Había escrito ya una especie de ensayo en el que reunía algunos datos de su investigación preliminar, un material muy valioso que demostraba, con todo el rigor de la indagación periodística, las posibilidades y dificultades de una empresa revolucionaria para hombres de nuestra generación. Al enterarse de mis propósitos —y en medio de una larga noche etílica, en la que los dos, allí solos, en su pequeño y humilde aparta-estudio, tuvimos la oportunidad de cruzarnos ideas sobre los efectos que la década de los sesenta, con sus revoluciones imaginarias, había dejado en nuestra generación— me lo leyó con toda la emoción y la rabia con que lo había concebido.

Recordando la manera como los ídolos provenientes del ámbito musical habían marcado nuestro imaginario, afirmaba que fuimos nosotros —quizás con la ingenuidad que nos permitía la distancia del origen— quienes nos atrevimos a pensar que era posible hacer realidad los mensajes utópicos de esas canciones; algunos de la mano del movimiento estudiantil, otros desde su propia marginalidad. Fue muy vibrante desenterrar las emociones que nos produjeron en su momento hechos tan importantes como el asesinato de Salvador Allende o la muerte de Pablo Neruda. Y reconocer que, definitivamente, nos marcó mucho más la revolución sandinista que la cubana o que la represión y la guerra en las calles sirvieron de trasfondo a nuestros sueños de adolescentes o que nuestra búsqueda oscilaba entre la referencia a modelos revolucionarios y la atención que prestábamos a las distintas manifestaciones del arte.

¿Tendría mi proyecto esa misma carga de ingenuidad que había caracterizado las acciones de toda esa generación y que Fajardo denunciaba ahora en su ensayo? ¿Estaría condenado, por lo tanto, a su mismo destino?...

## ATRAPADOS, CUATRO

Un reloj de pulso que indica las veinte horas y treinta minutos. En el salón se encuentran reunidos todos, con excepción de Indiana. Se nota impaciencia en los movimientos de Darío. A juzgar por sus ademanes, la tensión crece en los demás. Francisco vuelve a quejarse de la inutilidad de cualquier acción y sugiere que cada quien siga el ejemplo del vagabundo y busque la salida por sí solo. Darío intenta hacer entrar en razón al viejo, pero desiste ante lo que parece el tácito apoyo del grupo a sus inquietudes. El silencio, que por un momento se hace en el salón, permite reconocer que afuera ya no llueve más. Entonces, Fabio extiende sobre el escritorio el papel que le ha servido para fabricar un croquis de las instalaciones, tras el recorrido que ha hecho. Los detalles no son consoladores: el edificio está en muy malas condiciones y al parecer fue abandonado rápidamente. Es casi seguro que se encuentra en uno de los actuales centros de la conflagración, de modo que hay que acelerar las acciones. Sin embargo, los destrozos que han causado las bombas han aislado el piso y parece demasiado peligroso intentar remover escombros para destapar una salida.

Francisco - quien ha estado alejado del grupo que se ha reunido en torno a Fabio para escuchar su informe - anuncia con sorna el arribo de Indiana. El vagabundo carga varios objetos en sus manos y una tula grande sobre sus espaldas. Trae buenas noticias: tras una pared —en una especie de caleta— ha encontrado una alacena con víveres y otras provisiones, seguramente de alguien que se abasteció con la intención de resistir en el edificio pero que, como los demás, decidió huir precipitadamente cuando la intensidad de los bombardeos alcanzó esta zona de la ciudad. También encontró una buena cantidad de pilas, una grabadora y varias casetes. Ansiosos, intentan sintonizar alguna banda que les informe sobre el avance de las acciones.

### ***Francisco a Oscar***

Sí, soy un solitario, eso soy, así me puedes seguir llamando si lo deseas. Desde la muerte de mi mujer, hace diez años, no hago más que desperdiciar mi tiempo y esforzarme por llegar a ser un auténtico y maldito amargado. Mis hijos no quieren saber de mí, saben que soy un fracasado. La culpa, sin embargo, no es mía en absoluto y así lo puedes comunicar a los demás. Ni crean que me van a convencer de la utilidad de todas estas acciones estúpidas. Los jóvenes son todos unos ilusos: están ante la muerte y no la ven. Quizás, hijo, tú seas el único que entienda que no hay salida posible, pues hemos caído todos en la misma trampa.

A la ciudad sólo le sucede lo que merece, créeme: he visto en otras noches como ésta los anuncios de nuestro destino, conozco perfectamente el final y por eso sé que ya no tienen ningún caso resistir. Simplemente nos tocó vivir esta situación, como habría podido tocarnos otra, igualmente dramática. Tal vez tú quieras convencer a los otros de la necedad o, tal vez, quieras salvar tu pellejo y el de tu novia, cualquiera de las dos cosas tienen sentido para mí. Lo que yo no comparto es esta falsa comunidad que han querido imponernos esos tres: vas a ver cómo, apenas puedan, ellos van a aprovechar la menor oportunidad para escapar solos, ya lo verás, hijo, te lo podría jurar....

Una fulguración intensa, como un relámpago, iluminó inesperadamente la alcoba. En seguida se escuchó una detonación muy fuerte. Gabriella se acercó a la puerta y con temor la entreabrió. No se veía nada en el corredor. Avanzó con cuidado hacia a la escalera. El silencio que se instaló de pronto en toda la casa la indujo a pensar de nuevo en esa extraña y simultánea cercanía de la vida y de la muerte que ahora la mantenía tan excitada. La casera no se veía por ningún lado, tal vez ya había abandonado el lugar como todos (no había pensado en eso) y entonces quizás ella estaba ahora sola. O tal vez la mujer se había refugiado en su propio cuarto y a lo mejor también empacaba las pocas cosas que podría llevar a otro lado. Quizás, como ella, se detenía en el contacto con los objetos, viviendo de nuevo el pasado que transmitían sus resonancias. Tal vez también la dominaban los recuerdos o lloraba la inexplicable ausencia de algún ser querido...

...Nerviosas, las manos de Federico jugaban con el abdomen deprimido de la tisana (vaya uno a saber si realmente eran tisanas; lo cierto es que la cafetería cobraba un alto precio, sin llegar a ser escandaloso, por sus famosas hierbas aromáticas): como un ajedrecista, aguardaba el momento justo para dar el siguiente paso. Así que tomó las manos de la chica sólo cuando ya sus rostros estaban separados por la mínima distancia que permitía una contemplación saturada de suspiros, como ésa en la que se hallaban sumergidos desde hacía un rato. El resultado de la maniobra: una especie de desdoblamiento incómodo, pues a partir de ese momento, la comunicación de Federico tuvo que acudir a códigos distintos para cada uno de dos receptores diferentes: el rostro de la chica, dispuesto a atender sus tontas palabras serias y, ahora, sus manos, alertas a los más sutiles mensajes del tacto. Lo interesante del asunto es que bastó un par de minutos para que se armara un enredo tan complicado que la comunicación se hizo imposible, pues ya las caricias —fogosas, ardientes— no tuvieron nada que ver, al final, con las moderadas y tímidas palabras.

Un enredo que Gabriella atribuyó a esa confusión un poco absurda que hay siempre en toda primera cita y que Federico achacó, ingenuo, a una improbable aunque oportuna compenetración mutua; una confusión, por fortuna, sabiamente controlada a tiempo por él, cuando ya todo tendía al fiasco: buena idea ésa de levantar la mano de ella y proponer la consabida lectura de las líneas, experto ad hoc en quiromancia.

De todo esto se acordaban con desparpajo ahora que, como a un par de viejos cómplices, el tiempo les había dado la oportunidad de retomar una y otra vez los recuerdos hasta ajustarlos en una versión unificada y definitiva.

Paco los escuchaba en silencio, con sus habituales gestos de incomodidad y timidez, quizás demasiado serio para las circunstancias, atento a una grieta en la charada que le diera la ocasión de expresarse. También esto lo conocían Federico y Gabriella a la perfección y por eso les encantaba jugar a la predicciones («ya verás como Paco a la menor alusión... Ana no podrá soportar la presión de Fabián y entonces... Jairo volverá a pelear con Gonzalo apenas se mencione lo de...»).

Así pues, bastó una mirada para que, insolentes, soltaran la carcajada, cuando Paco (al concluir el relato aquel de la primera cita que ellos habían contado a dos voces) empezó a narrar de nuevo lo de su accidente. Sin embargo, esta vez, los dos habían fallado en una cosa: él sólo había tomado dos tragos.

(—Vas a ver cómo apenas con tres tragos de aguardiente va a soltar la lengua— había vaticinado Federico en la mañana, cuando juntos en la cocina preparaban las viandas para la reunión que habría de celebrarse con todo el grupo durante la noche, para anunciar el fin de los planes.

Tres no, con uno sólo —había respondido Gabriella, mientras en un acto de magia, reducía dos limones a su mínima expresión—. Siempre con el mismo cuento).

Y en realidad era el mismo relato, invariable, sin una pausa más, sin un gesto menos: “A mí, después del accidente, se me afectó tan gravemente la capacidad de retener y de asociar cosas del pasado que ahora puedo afirmar sin temores que soy un hombre sin recuerdos. Pero no sólo la memoria quedó completamente destrozada; también otras capacidades como la visión o la motricidad, pero especialmente mis habilidades intelectuales, porque han de saber que en el instituto de investigación donde trabajaba tenía fama de genio, según consta por testimonio de compañeros; y aún ahora veo en los rostros de la gente esa reverencia y ese respeto que seguramente antes me profesaron. Sin memoria, sin las calidades intelectuales, con el rostro deformado y el cuerpo reducido a una miseria, comprenderán ustedes ahora mi melancolía. Pero

afortunadamente sobreviví. Es lo que le digo a mi esposa: hay que dar gracias a Dios que estoy vivo, y tomarlo como una prueba. Quizás en el camino recto de mi vida quiso él poner un obstáculo, una desviación, un corte, para probar mi capacidad y mi fe”, etcétera. «A propósito, Rebeca les manda saludos y les ruega que la disculpen, pero ese dolor de cabeza suyo que...».

(—Cada vez que la gente habla de cortes en su vida— había dicho Federico, un poco antes, mientras acomodaba los muebles de la sala —o de accidentes que les han transformado su vida, me pregunto por qué la tía Inés falló en sus pronósticos. ¿Ves esta línea aquí en mi mano izquierda? Es la línea de la vida, pero ocurre algo muy interesante: hay un corte que la rompe en dos. Pues bien, eso para mi tía Inés significaba una ruptura radical en mi vida. La he estado esperando desde entonces y nunca ha llegado y ya no sé que pensar, por que según mi tía ese corte está justo en la mitad del camino, así que si se demora mucho quiere decir que voy a vivir hasta bien viejito. Claro que a lo mejor ya pasó y no me di cuenta.

—Apuesto a la segunda opción, querido— le sugirió Gabriella, mientras acercaba el estante de los discos al equipo de sonido— ¿o acaso crees que la decisión de vivir conmigo no ha sido esencialmente radical?

—Eso es verdad, pero...

—Pero no es el tipo de corte que habrías esperado...

—No empecemos a discutir, Gabriella

—¿Y quién lo hace?

—Más bien hablemos de Paco y de los otros invitados. Figúrate, hoy lo estuve observando con cuidado y en realidad me parece que su cara debe ser el resultado de un accidente. Parece un bufón o un geniecillo, de esos que ahora salen tanto en la tele; le falta sólo uno de esos gorritos ridículos para empezar a llamarlo papá-pitufo.

—Claro que también puede ser de nacimiento,

—¿Tu crees?...

Terminó Paco su relato y un silencio molesto se apoderó de la sala. Quizás por eso, el timbre del teléfono los hizo brincar a los tres de esa manera tan graciosa que hubo que recurrir de nuevo a la risa.

La voz afónica de Fabián al otro lado: «Gabriella, vas a perdonarnos, pero este frío nos está matando. La pobre Mechás está constipada como un demonio y yo... bueno ya me oyes, tengo esta garganta terrible. En todo caso dile a Federico y a los otros que cuenten conmigo en lo que decidan... ya saben: firme como una roca». Y como si fuera eso: una roca —estrepitosa, rodante— escuchó Gabriella el ruido del auricular al otro lado.

«Bueno, ya lo sabía yo», se lamentó Paco y soltó la carcajada, esta vez sin la participación de la pareja.

Gabriella observó en Federico ese rostro sombrío, presagio de tormenta, que deformaba sus facciones.

(—Fabián es un buen hombre— Había anunciado Federico, mientras a regañadientes obedecía la orden de limpiar la pared que Gabriella había por fin dictaminado. —Cómo lamento lo de esta noche, sobre todo por él, porque su bondad no da tampoco como para exigirle la rapidez. Seguro que va a estar todo el tiempo alegando nuestra cobardía, nuestra decadencia, nuestro aburguesamiento, y eso va a ser terrible tanto para él como para nosotros, ¿no lo crees así, Gabriella?).

Los minutos que siguieron sirvieron para confirmar en Gabriella la sospecha que la había asaltado desde el comienzo. Casi simultáneamente se recibieron las llamadas de Jairo, Gonzalo y Ana. Eso sí, había que abonar la imaginación en todos ellos para inventar disculpas convincentes.

(—Cada uno tiene su gracia, ¿no?— había insinuado Federico, mientras probaba el vino que habrían de ofrecer a sus amigos en la reunión que marcaría el final de un proyecto y el comienzo del otro (al menos para Federico, porque Gabriella ya no sabía que pensar). —Sí, así es— contestó Gabriella más ocupada en arreglar el mantel y poner en orden los últimos detalles que en la conversación. —Vas a ver como Gonzalo nos va a dar otra lección de orientalismo y va a encontrar en cada uno de nuestros movimientos señales de nuestra incapacidad para percibir lo que su mujer llama el Universo. Y Verás a Jairo fingiendo ese interés tan evidentemente falso por las hipótesis de Gonzalo y las poses de bruja de Carolina.

—Y verás a Ana exhibiendo su cuerpo, coqueta, pero echando pestes de los hombres y manteniendo sus posiciones más allá de toda racionalidad, poniendo en evidencia su lógica seductora. Y verás a Jairo (sólo que a éste habrá que emborracharlo más rápido) hablándonos de las posibles salidas, de la necesidad de filtrar y polarizar todas nuestras energías hacia la creación, porque sólo la fuerza creadora es la salvación de este país

tan enredado en su inercia. Y verás, finalmente, a la pareja más linda del mundo dando ejemplo de amor en medio de esta farsa en que finalmente terminan convertidas todas las reuniones con nuestros amigos).

Pero lo único que pudo ver Gabriella, fue esa tristeza tan honda en los gestos de Federico y la satisfacción más bien socarrona de Paco al despedirse, porque la reunión (como quizás todo en Federico) fue un rotundo fracaso: nadie asistió, con excepción de él (que a la larga era el que menos importaba).

Más tarde, en el ambiente del cuarto, se oyó la rítmica respiración de Gabriella cuando pudo al fin pegar el ojo, después de agotar sin éxito todos los argumentos para que Federico recuperara el ánimo...

## ATRAPADOS, CINCO

En primer plano se ve a Eduardo sentado en el piso, garabateando sobre un papel. Se trata de un esbozo a lápiz del salón en ruinas, con figuras abstractas que podrían representar a los sobrevivientes. Darío se acerca y entabla conversación con el artista, quien, sin suspender su tarea ni alzar la mirada, responde a regañadientes a sus preguntas. Para él, todo esto no es más que una pesadilla; no tiene caso resistir a lo que no tiene remedio, por eso su colaboración se reducirá a cumplir con lo que los demás resuelvan que se debe hacer. Darío desiste y vuelve al centro del salón, donde choca con Cristina, quien lo interpreta con insultos y golpes. La muchacha empieza a temblar y babear hasta que cae al piso y sufre convulsiones. Diana viene en su ayuda, la examina, le suministra algunos masajes, le observa con atención las pupilas; los demás están atentos. Por fin, la muchacha se calma y la recuestan sobre una de las camas que se han improvisado para pasar la noche. Diana llama aparte a los tres hombres de la iniciativa y les comenta lo que ella ha encontrado como causa del trastorno de Cristina. Al parecer, la chica es drogadicta y sufre un ataque por insuficiencia, así que habrá que estar preparados para nuevos accesos. Es posible incluso que llegue a sufrir un shock con secuelas graves, pues la única manera de calmar su postración sería suministrándole alguna dosis mínima.

Unos gritos interrumpen el informe de la enfermera. Liliana, histérica, salta; Oscar intenta tranquilizarla, pero termina siendo víctima de sus golpes. Ahora también Eduardo grita y corre. Los tres hombres acuden al lugar y descubren que el escándalo se debe a la aparición de varias ratas grandes y encolerizadas. Francisco se ríe a carcajadas desde su rincón e Indiana atrapa una, a la que sostiene por la cola. Es realmente grande y las contorsiones con que intenta zafarse demuestran su agresividad. Finalmente las apresan y las matan. Eduardo se desploma.

### ***Cristina a Diana***

Pobre abuela. Ella siempre creyó que yo no conocía la verdad. Soy hija de una pareja cuya única semana continua de convivencia culminó con la concepción de un hijo indeseado, (aunque Aldo, mi padre, un argentino rico y aventurero que se había tomado muy a pecho aquello de “se hace camino al andar...”, no conoció jamás las consecuencias de su amor pasajero). Y fui siempre eso: el error de juventud, la locura, la culpa. Nunca creí la fábula que abuela me recreaba cada día, el cuento ése de la muerte accidental de mis padres, unos seres maravillosos, casi unos ángeles, porque en mi corazón siempre estuvo presente la verdad de la mentira.

Además, Alicia, mi verdadera madre, (aunque asumió a las mil maravillas el papel que la familia —para evitar el escándalo— le había asignado en la farsa: mi hermanastra) se convirtió en el flanco débil del montaje y terminó confesándome todo, alcahueteando mi vicio, financiándolo, enredando el asunto en una espiral diabólica que ha terminado por convertirme en una piltrafa humana y ha hecho de su vida un infierno, la pobre. Varias veces han intentado mi regeneración. La familia es pudiente, ¿sabes? Y lo han procurado todo, desde el tratamiento en hospitales y centros especializados en el país, hasta mi envío al extranjero, pasando por el exorcismo y la magia negra. Pero lo que no saben es que yo no me siento enferma, no deseo otra cosa que ser entendida y apreciada; quizás es por eso, Diana, que encuentro en el mundo de la droga una cierta compensación, una posibilidad de reconocimiento y de autonomía e incluso de intervención, que nadie, ni siquiera Alicia, es capaz de comprender... Ayúdame Diana, ahí viene de nuevo, ese agujero negro, viene de nuevo a aplastar mi cabeza, no sabes cuánto me duele, ayúdame... Afuera, no estaría tan mal como aquí dentro. Afuera sé a donde ir, aquí dentro, en cambio, me siento atrapada, asfixiada; nunca pude vivir encerrada, lo sabes, abuela, nunca pude, ayúdame a salir, por favor, abuela, confío en ti, ayúdame a salir...

## CATASTROFE, 6

Algo empezó a molestarme: como que todo se quedaba enredado en la nostalgia, en el ardor de la palabra, en datos inútiles, y el proyecto se negaba a converger; cierta sensación de impotencia, de circularidad absurda, un sentimiento de estar arando en el desierto, me ganaba poco a poco. Pese al éxito inicial, la posibilidad de conformar un grupo de resistencia política, capaz de poner las cartas sobre la mesa, se derrumbaba. Mientras no descubría esa dimensión política del proyecto, las cosas funcionaban bien, tanto mejor si era desde el papel. Por eso, quizás lo más decepcionante de todo resultó ser, precisamente, el contacto directo con la gente: con el poeta Jota que ya no es poeta, sino publicista, con el loco Manuel que ya no es loco, sino industrial, con Marcelo que ya no es el líder universitario que conocí, sino un politiquero más, con Alejandro que ahora es mamerto y no el guerrillero osado que alguna vez me invitó a participar en el sueño, con Libia que ya no es hippie, sino profesora, con mis compañeros de colegio que ya no son contestatarios, sino una sarta de vendidos.

La colección de pedazos de la dispersada década de los sesenta me iba dejando un sabor más bien amargo. Saber que Morón y Arenas habían sido asesinados por su misma gente o que Antón se había convertido en un gordo fofo y malhumorado que no quiere saber nada de sus locuras juveniles, que Rudi Dutsche murió absurdamente como le sucedió a Jim Morrison, que el mundo había perdido la fe en la utopía (los Kogi maldicen a quien muere joven. Es que morir joven, matar la juventud que debe haber siempre en nosotros, es matar al hombre y su proyecto, es truncar sus posibilidades más audaces)...

Pero lo más grave era que, pese a casos como el de Fernando Guarín, la sensación de derrota, de sin sentido, se iba apoderando de mí.

A Fernando me lo encuentro casi en todas partes. No es sino salir al centro, caminar un rato por ahí o sentarse en una cafetería y esperar que pase. Casi siempre nos saludamos y ya. Pero se me ocurrió que podía charlar un rato con él acerca de mi proyecto, así que decidí un día ir a su caza. Confieso que esta vez, cuando había una intención de por medio, no fue tan fácil encontrarlo. Anduve por los sitios donde otras veces lo habría hallado de inmediato: la Biblioteca Central, el Bar de los Tangos, las librerías, la Cinemateca, y nada. Después ensayé otra táctica: esperarlo en la esquina de la Calle Once. Tal vez la ansiedad me impidió verlo, no sé; lo cierto es que abandoné por un tiempo la búsqueda, hasta que un día por casualidad lo vi avanzar por la Avenida. Como un loco atravesé las calles para impedir una posible fuga. Quizás algo de esa ansiedad que había acumulado lo sobresaltó porque —aunque otras veces en que nos habíamos encontrado tampoco me había reconocido hasta que yo lo saludaba con un ademán— esta vez incluso me evadió. Sin embargo ese “Hola, Fernando”, a la vez familiar y respetuoso, con que lo intercepté, me permitió ganarlo. No se negó a la entrevista. Nos metimos a una cafetería y allí charlamos durante dos horas (obviamente, yo tuve que invitar el almuerzo y las cervezas, pero, a cambio, pude interrogarlo a mi antojo).

Debo admitirlo: esperaba mucho más de aquel hombre que mantenía su aspecto contestatario en forma admirable más allá que ningún otro (algún proyecto, algún crecimiento en su espíritu o en sus ideas); pero sólo encontré cinismo, desencanto y hasta decrepitud. Tras la apariencia de joven, encontré los mismos viejos balbuceos del hippie standard que le conocí en el colegio; ninguna frase nueva. Tras su ropaje, sólo encontré incapacidad y hastío, decadencia. Su aparente amabilidad e interés en mi propósito ocultaba el oportunismo. En su desenfado no había más que rencor y amargura disfrazados. No sé si ya a esta altura mi visión estaba sesgada o qué, pero la verdad es que sólo quedó un vacío interior más intenso después de mi entrevista con Fernando Guarín. Quizás era un final previsible: Fernando había pasado por todas, desde su adicción a las drogas duras (de lo cual quedaba ese rezago romántico del “toquecito” diario), hasta la militancia comunista en la Universidad. Ahora era un simple vendedor de artesanías, un filósofo sin título, un marginal, un amargado, un mercader, un oportunista (como ese mismo Jerry Rubin yippie ahora yuppie, o como Jota o Marcelo o como el loco Manuel). Aún le sonrió cuando lo encuentro, es cierto, pero nada, nada de la empatía que me ligaba a él, al último hippie, habita ahora en mi alma.

## **ATRAPADOS, SEIS**

De nuevo el brazo con el reloj de pulso que indica las seis horas. Ahora escribe algunas notas sobre un papel. Se escuchan nuevas explosiones a lo lejos. Con excepción de Cristina, quien permanece en la misma cama de la noche anterior, todos se encuentran levantados. Alboroto en una de las esquinas del salón. Darío se dirige hacia donde están los demás. Han levantado una especie de pirámide con algunas sillas y Diego está trepado en ella. Cae un buen trozo de un fragmento de la pared adyacente. Por fin, como puede, Diego se introduce en el agujero, por donde ya cabe su cuerpo. Se observan, por un instante, sus piernas colgando, como las de una marioneta. Un minuto después, solicita ayuda para poder apearse. Entre Fabio y Darío improvisan una escala humana y reciben a Diego, a quien vemos ahora lleno de polvo blanco en su cabeza y en sus ropas, con las manos juntas, resguardando algún objeto; desciende y los demás lo rodean. Entonces deja ver lo que carga en sus manos: un nido con dos pajarillos, hambrientos y escandalosos. Silencio y lágrimas...

### ***Diego a Eduardo***

Viejo, te escuché hablando con el tal Darío y estoy de acuerdo contigo: todo esto no es más que un sueño. Pero no en sentido metafórico —como seguramente lo haz dicho—, sino en sentido literal, y eso te lo aseguro. Verás, te voy a explicar: yo provengo de la experiencia hippie de los sesenta, sé lo que te digo: viví todo aquello, sólo que cuando llegaron los tiempos duros, cuando la violencia oficial y la estrategia del consumo masivo acabaron con la esencia de la década, me quedé solo, desconcertado y no tuve ya ánimos —ni fuerza (ni quizás la visión)— de encorbarme y pasarme al otro lado; no me interesaba el éxito y me aferré a la única forma de vivir que conocía. Quizás la clave de todo es que aún me empeño en continuar el viaje que emprendí hace más de veinte años... ¿Y sabes por qué? Porque de todo lo vivido sólo me quedó el sueño, viejo; creo firmemente en él y aunque todo esto te parezca una pesadilla, en realidad no es más que un sueño, del que sólo podremos salir cuando todos —óyeme bien— todos, decidamos despertar. Es el sueño del ego que ha falseado nuestras percepciones y nuestra conciencia. La guerra y la destrucción de la ciudad no son más que consecuencias lógicas de un endurecimiento del ego, pero a la vez es el signo más claro, en mucho tiempo, de una esperanza. Porque, seguramente, la destrucción total permitirá la reconstrucción total. Lo más seguro es que después de la pesadilla de la guerra, cada uno pueda despertar de su propio sueño y emprender el camino de la nueva construcción, de la nueva metrópolis, la de nuestro señor Jesucristo. Así que no te preocupes, viejo, iremos encontrando las señales de la esperanza y eso será suficiente para aliviar el dolor que nos produce esta guerra, ya lo verás viejo, ya lo verás...

Por lo que Gabriella pudo comprobar en su corto recorrido por el hospedaje, no había ya nadie. Al parecer todos habían huido. Una morbosa sensación de derrota se apoderó de su ánimo, como si al resignarse a la aniquilación estuviera dando un paso más hacia la resolución del enigma. Antes de entrar en la habitación, Gabriella se quedó observando desde la puerta el interior del cuarto. Recordó entonces la fascinante explicación de Federico acerca de la función de la sombra que aparece en el último plano del cuadro “Las Meninas” que Picasso adaptó del original de Velázquez.

Según él, Picasso aprovechó el juego, engañoso y complejo, de las escenas del taller del pintor, para realizar a su vez su propio modelo de auto-reflexión pictórica, pues había reunido —ahora irónicamente, gracias a su propia ubicación en primer plano— objeto (el modelo reflejado en el espejo de la pared del fondo, ¿lo ves? allí, eso que parece un cuadro es en realidad su reflejo), sujeto (el pintor que se aparta un momento y simultáneamente observa la escena desde la puerta del fondo) y público (las damas de honor que observan cómo se pinta el cuadro). Quizás, pensó Gabriella antes de entrar, esta presencia suya en el cuarto, todo su loco deambular por las calles de la ciudad, la mudanza que no acababa de completar y la morosidad que se había apoderado de su alma no eran más que los elementos de una escena en la complicada fábula de Federico; tal vez, ella estaba ahora-aquí sólo para cumplir la función de la sombra de Picasso: el reconocimiento del “montaje” que el autor había preparado de antemano. ¿Acaso, durante su relación con Federico, ella había tenido alguna vez el control de las “escenas”?..

..Lo sabía. No fue difícil anticiparlo, quizás porque también ella lo deseaba. Desde el momento mismo en que Federico la llamó por teléfono, ella lo supo. Y tal vez por eso podía jugar ahora a su antojo. La invitación al cine, la comida, la taberna, todo eso tenía un final previsible, aunque no estuviera explícito en las peticiones de Federico. Ese conocimiento del final le permitía a Gabriella incluso la manipulación:

—¿Sabes qué es lo que más deseo hoy, Gabriella?

—No. No lo sé.

—Estar contigo.

—Pero, si estás conmigo.

—Sí, pero quiero decir contigo íntimamente.

—Todos los sitios en que hemos estado hoy nos han facilitado la intimidad ¿o no Federico?

Al cabo de unas horas, Gabriella había destruido completamente el arsenal —más bien flojo— de fórmulas indirectas que Federico ni siquiera había tenido el tino de preparar de antemano, convencido, a lo mejor, de que persuadirla no debía ser difícil. Lo fue cercando hacia la petición directa, hacia esas cinco palabras que por fin pronunciaría con vergüenza, pero también con desespero y ya sin ninguna certeza: «Mejor dicho Gabriella: quiero hacer el amor contigo y punto.»

De ahí en adelante, hubo algo que Gabriella nunca pudo precisar. Cierta incomunicación, cierto temor, cierta desconfianza que terminó congelando sus cuerpos. Salieron de la taberna y Federico tuvo que asumir ahora el papel de guía, ante la desconcertante negativa de Gabriella de tomar alguna iniciativa. Obviamente, la selección de la taberna había tenido su segunda intención, así que caminaron apenas unas cuantas cuerdas, abrazados, tratando de protegerse; pero en sus palabras y en sus corazones algo se había colado que no dejaba fluir las cosas con la naturaleza del comienzo.

Entraron al motel agarrados de la mano. Cierto que Federico era mayor, más experimentado, más maduro, más dueño de sí, pero se le veía tan confundido como un adolescente. El portero les abrió y les entregó una ficha que indicaba el número de la alcoba.

Atolondrados, subieron los tres pisos. La habitación estaba amoblada como todas las alcobas de motel: una cama doble, una mesita de noche que también servía para soportar una vieja radio, un cesto, unas cortinas oscuras y gruesas y al frente un gran espejo, testigo de quién sabe cuántas noches repetidas. Se sentaron sobre la cama, charlaron un rato y en sus palabras volvió a internarse lo insignificante, lo dado. Gabriella entró al baño, espía su rostro y su cuerpo en el espejo y orinó con miedo. Se quedó un rato más adentro, pensando en lo que haría, ahora que Federico preparaba todo. Alcanzó a escuchar la solicitud de cervezas, cigarrillos y preservativos. Como siempre, estaba dispuesta a seguir lo que sólo podía entrever con cierta confusión. Algo le decía en su interior, sin embargo, que esta vez sería distinto. No se trataba de leer un libro porque Federico

lo había comentado con entusiasmo o de ver una película que Federico quería estudiar de nuevo o de discutir algo que ya tenía la visión suya de antemano o de hacer las cosas que seguramente a él le habría gustado que ella hiciese. Algo le decía que, por primera vez, podía ser ella quien manejase los hilos.

Así que salió del baño resuelta a no dejar que esta primera incursión se convirtiera en un fiasco. La habitación estaba a oscuras. Federico, de espaldas, encendía la lámpara de la mesa. Al volverse, él se encontró con su sonrisa; una sonrisa —inmensa, fuerte, radiante— que indicaba quién controlaría la escena. Se recostaron sobre la cama y sin mediar ninguna formalidad empezaron a acariciarse con violencia, intentando romper el miedo que había enfriado sus cuerpos unos minutos antes. Mientras se desvestían, Gabriella empujó su lengua en los hoyuelos de los oídos de Federico y luego avanzó por la cara; se detuvo un rato en la garganta, sintiendo la aspereza de la barba y luego bajó por el pecho hasta el ombligo. Él prefirió excitarla con las manos; sus dedos tomaron la delantera y pronto los sintió revolviéndose por su vagina y por su ano, sin que pudiera evitar las deliciosas convulsiones que involuntariamente le producían sus sabios movimientos. El cruce salvaje de sus cuerpos fue tan desaforado como sincero y los dos cumplieron así, en la erizada cumbre del instante, la cita con el placer que tanto habían aplazado. Tras un breve silencio —que como un agujero negro se instaló en la habitación—, vinieron de nuevo las miradas y los besos tiernos y unas palabras nunca dichas antes. Pronto retomaron el ritmo de la pasión que los condujo a un segundo encuentro, este más moroso y tranquilo, lleno de matices que ambos alternaban dispuestos a entregar su cuerpo para el exclusivo placer del otro. En seguida, ella alivió a Federico con una sapiente y maravillosa sesión de lingüis que lo hizo estremecer hasta el éxtasis, mientras él, con los dedos de su pie, penetraba victorioso por sus hendiduras agradecidas...

## **ATRAPADOS, SIETE**

La voz de Mario en off: «¡ Hemos dado una vuelta en círculo!». Se ilumina la escena con los primerísimos planos de los rostros de Fabio y Darío, en los que se observa el sudor y también el desconcierto. Luego se ve la mano del reloj de pulso —la misma que nos ha anunciado otras veces la hora— estrellándose con fuerza contra una pared. Los nudillos quedan en carne viva, la otra mano entonces la envuelve y la escena se abre para mostrar a los tres hombres de la iniciativa en un cuarto estrecho, distinto al salón del grupo. A través del agujero que han hecho en una de las paredes, reconocemos el salón del comienzo, con toda su distribución. Unas piernas se acercan desde allí y se paran justo al frente. En seguida vemos aparecer una cara. Es la de Francisco quien ahora nos muestra sus dientes sucios y su barba rala. Se escucha entonces una carcajada que sigue resonando, aún después de que la escena se apaga...

### ***Oscar a Francisco***

Mira viejo, nosotros no somos hijos de la gran guerra, nuestro pensamiento no se alimentó del comunismo ni nuestra mente se aromatizó con hierbas u otros psicoactivos, tampoco nos hemos comprometido con ninguna causa noble, si eso es lo que les preocupa. La verdad es que llegamos al mundo cuando ya el hombre había superado la lucha con los elementos: abrimos una llave y enseguida tenemos agua, tocamos un interruptor y se hace la luz. No concebimos un mundo sin autos, aviones, computadores y televisión por cable; que el hombre sea capaz de llegar ahora a Marte ya no nos asombra. Al aire enrarecido se han acostumbrado nuestros pulmones, tanto que si algún día estuviéramos en contacto con aire puro de verdad, a lo mejor correríamos graves riesgos. Cuando éramos niños, repartíamos el tiempo entre el patio, la calle y la sala de televisión. Sí, viejo, no te asustes: el televisor nos ayudó a criar; de él aprendimos canciones, algo sobre el amor, mucho sobre sexo, también nos mostró cómo defendernos en un mundo hostil. Eso les puede asustar, lo sé. Y lo peor es nuestra apatía, claro. Pero hay algo que deben saber: desconfiamos de los discursos, de la palabrería que pretende abarcar el mundo. Tampoco es que para nosotros todo valga o que hayamos perdido la fe en la razón, pero nos molesta que quieran encasillarnos. En eso estoy de acuerdo contigo. Cuando Darío y Mario y Fabio comenzaron con su cuento de reunirnos y de actuar en conjunto, pensamos que ya se venía otra imposición, pero a diferencia tuya, no somos amargados, sino más bien tímidos. Ahora quizás estamos cerca del final, eso también lo sé, pero no perdemos la esperanza de que esta guerra termine y podamos salir de aquí a vivir de nuevo, así sea a otro país, eso no importa, no nos interesan las fronteras, sino la vida, que no las tiene, ¿entiendes?.

## CATASTROFE, 7

Tal vez por eso estuve a punto de abandonar la búsqueda. Recuerdo que lo último que hice voluntariamente en esta fase de aproximaciones fue contactar a mis viejos conocidos de la comuna. Después de muchos intentos, logré entrevistarme con tres de ellos: Leonardo, Guillermo y Lucas. Las conversaciones con Guillermo y Lucas han quedado registradas en las casetes y fueron posibles gracias a los datos que me suministró Leonardo:

Guiado por el recuerdo de mi única experiencia hippie cercana, decidí indagar en U, el pequeño pueblo. Pero nadie recordaba nada. A las viejitas que viven ahora en el caserón donde habitó la legendaria comuna de Lucas, por ejemplo, sólo les interesaba que alguien pudiera interceder por ellas para que no les aumentaran el costo del arriendo. De modo que no pude obtener ninguna información valiosa de la entrevista con los vecinos y decidí ir directamente a la Alcaldía.

En la alcaldía estaban las fichas de todos los del grupo, incluso la mía (¡todo un delincuente! Qué sensación tan distinta tuve al ver esa foto amarillenta, qué sensación tan distinta comparada con ésa de libertad y orgullo que me acompañó cuando ocurrió el arresto. Definitivamente sólo existe un tiempo para el heroísmo). También obtuve la dirección del Alcalde de entonces, un tal Honorato Díaz. En la casa de Honorato vivía una anciana, tía suya, que me dio su número telefónico. Lo llamé, pero el hombre no sabía nada de Lucas, sólo que había visto un vídeo suyo en la T.V. donde aparece muy viejo, como un Mustaki criollo, nada; por lo demás, no quiso hablar, no quiso recordar, ocupado como está en cumplir su tiempo de pensión.

Así que se me ocurrió contactar a Leonardo y para ello utilicé la más vulgar de las estrategias: buscar en el directorio telefónico. Después de llamar en forma sucesiva a cinco de los ocho Leonardo Gómez que aparecen en la lista, por fin me contestó el que necesitaba.

Me entrevisté con él. Quién sabe, hasta empleado público debe ser ahora, con hijos y todo, a lo mejor curado de la droga —como me ha dicho—, pero hundido en el alcohol, eso se le nota. Podría pasar por brasileño o quizás por árabe: no sólo por esos ojos grandes, negros, agudos y ese bigote espeso a lo Nietzsche o a lo Pancho Villa que cubría a medias el rostro huesudo y remoto de un Leonardo transformado por completo, sino sobre todo por su acento: un acento inaudito, de alguien que aprende apenas el idioma. Como era de esperarse, no me recordaba y tal vez por eso admitió el embuste del reportaje. El rock no ha muerto, afirmaba, por más salsa, reggae, trova o merengue, el rock no ha muerto, como tampoco el hippie, así lo hayan enterrado en el 67 los locos de San Francisco. Lo que pasa es que vive en la clandestinidad, a la espera de Acuario.

Mientras saboreaba con gusto la cerveza, veía cómo la espuma se quedaba enredada en sus bigotes y rodaba por la maraña, rendida; veía su esfuerzo al hablarme, no sólo para hacerse escuchar, sino para hacerse entender; su conversación se hacía por ratos desquiciada y corría loca por los más recónditos pasillos de su memoria febril.

Mencionaba nombres, lugares, títulos de canciones y películas, cantantes, personas que podían certificar su experiencia («existencia», dijo, pero sé que quiso decir experiencia). Sudaba y se estremecía, mientras su lengua, como una pequeña y tímida lucecita, se asomaba constantemente para lanzarme saliva. Por fin terminó; pidió otra cerveza y, como asaltado por alguna duda repentina, me advirtió: «¿Revivir la banda de Lucas? Usted está loco, el viejo Lucas se mariquió, ¿no lo ha visto cantando en la televisión? Baladitas, puras pendejadas. Todo se acabó, quedamos nosotros, sí, pero sin la conexión que nos hacía grandes. Gustavo se nos fue en una sobredosis y las muchachas se putearon. Creo que a una la mató un carro o algo así. Tiempos sin vernos. Yo ando tranquilo y debo darme por bien servido después del crack que casi me manda al otro lado y que me dejó así, medio trabado, como me oye. Nada de droga, no volví a meter, ¿me entiende?»

Cuando le pregunté acerca del poema de Rubin me dijo que no recordaba. Todas las canciones las llevaba Lucas, él no era compositor. Una vez un muchacho vivió con ellos, unos días, unos meses, es cierto, ya no recordaba bien, y llevó algunas letras. Era la época en que el grupo iba para arriba, pero él no musicalizaba y menos del tal Rubin; no, no se acordaba... Bebió su última cerveza en silencio... No tuve ánimo de seguirlo después que se paró de la barra y se dirigió a la salida, sin despedirse. Simplemente, pensé en Gabriella y en lo absurdo que estaba resultando todo esto.

## **ATRAPADOS, OCHO**

Un recorrido por el salón muestra el aspecto del escenario: aunque con signos de deterioro, la sala mantiene cierto orden y reposo. Los sobrevivientes están dispersos:

Diego, en un rincón, come algo; Indiana se encuentra en su cama, bocarriba, jugando con algunos hilos que penden del techo; Oscar y Liliana, acurrucados sobre el piso, se acarician y se besan, mientras Francisco los mira desde un rincón y les hace gestos obscenos; Mario y Eduardo platican en tanto que a unos metros de ellos, se encuentran Diana, Darío y Cristina. Vemos a Darío sin camisa, el torso desnudo y en su piel, unas ronchas rojas. Las dos mujeres cerca de él. Diana lo examina y le aplica alguna loción. Parece que arde, por los gestos que hace Darío. Los chicos se acercan y muestran también sus brazos marcados por las extrañas manchas rojas. El grupo se reúne. Todos se han contaminado. Diana sugiere que la afección puede responder a los efectos del aire enrarecido. Es muy posible que en otros pisos, después de tres días, los cuerpos inertes hayan empezado a descomponerse. Cada quien expone posibles causas, pero entonces vemos a Eduardo que anuncia un intenso dolor, sufre contorsiones y vomita; simultáneamente escuchamos el sonido de cristales rotos, lo que nos obliga a desviar la atención. Observamos a Indiana y Francisco que se han trezado en una pelea sangrienta. Fabio corre a separarlos y es herido en el intento. Darío y Mario, finalmente, después de gran esfuerzo, logran calmarlos, al tiempo que Liliana y Cristina gritan y lloran. La escena culmina con un reconocimiento del caótico estado en que se ha quedado el salón, tras el zafarrancho...

### ***Diana a Cristina***

A veces me pregunto, Cristina, si esas ganas tuyas de ser partícipe de grandes acontecimientos valen la pena. Sé lo que estás pensando: que soy otra de las caras de la autoridad que tanto odias, de ese poder que, negándote las oportunidades, te ha arrastrado hasta los laberintos en que hoy te encuentras; pero, aunque no lo creas, no es así. Verás, Cristina, durante muchos años, mi historia personal careció de todo sobresalto. ¿Qué se podía esperar de una chica más bien poco atractiva, que había crecido en medio de la mediocridad de su familia, una chica en cuya adolescencia no habían ocurrido mayores acontecimientos, una chica cuyo destino estaba casi determinado? Pero una noche todo cambió. Fue durante el tiempo de la Universidad, tenía entonces veinte años. Me había quedado más tiempo de lo acostumbrado en la biblioteca, preparando una sustentación. No fue la única vez: ya antes había tenido que bajar sola al paradero.

A unas pocas cuadras fui asaltada por unos indigentes que me forzaron y me abandonaron tras las ruinas de una casa en demolición, a unos metros del incidente, del que no hubo testigos. En realidad supe desde el comienzo lo que sucedería, incluso no hubo palabras, ni gritos, ni nada de eso que uno puede imaginar que debe suceder en una violación. Apenas descubrí el grupo de mendigos que subía por la calle, comprendí lo que necesitaban: lo leí en sus rostros. No denuncié el incidente a las autoridades, lo único que hice fue acudir al médico, hacerme los chequeos necesarios y rogar que no hubiese quedado embarazada. De los exámenes médicos se concluyó que mi organismo era incapaz de concebir, así que el resultado causó simultáneamente efectos contradictorios: la tranquilidad de que el suceso no hubiese traído como consecuencia la concepción de una criatura inocente (pero con un destino seguramente desdichado) y la terrible conciencia de mi incapacidad fisiológica. Escucha Cristina, sé que me escuchas: el mundo es cruel, pero nuestro deber es levantarnos contra las circunstancias y encontrar nuestro camino. Sé que no puedo vanagloriarme de haberlo encontrado, pero me preocupa mucho tu extravío... Aun cuando parezca que ya no hay esperanza para nuestra ciudad, las cosas pueden cambiar de un momento a otro y entonces necesitaremos de tu fortaleza, física y espiritual, para salir adelante, no sucumbas, Cristina, pro favor, no sucumbas...

Sí. Todo podía ser puesto en su lugar: los discos, las fotografías, los manuscritos, las cartas, las grabaciones, los libros, los videos, los recortes de periódico, todo podía ser ordenado y quién mejor que Gabriella para hacerlo, ella que había conocido a Federico, que había sufrido sus absurdos cambios de ánimo, sus ideas locas, ella que cargaba ahora un hijo suyo en el vientre. Un deber, era incluso un deber; no sólo el orden mismo de los materiales, sino el aporte que sus propios recuerdos, deseos y sentimientos pudieran hacer para resolver el misterio. Sentía haber encontrado por fin una razón para seguir adelante. Tenía la certeza de poder encontrar un tejido tras la maraña; algo empezó a decirle que no debía detenerse, que, aun cuando la verdad fuese dolorosa, debía rastrearla, que Federico le hablaba desde allí, como antes desde su ausencia infinita.

Así que, por puro instinto, se acercó al anaquel de libros. Tampoco allí parecía haber orden: volúmenes dispersos en los estantes, algunos caídos sobre las entretablas, otros agrupados de a tres o cuatro, pero sin una aparente secuencia: “La casa encantada” de John Barth, los cuentos de Borges, una edición especial de “Casa tomada” de Julio Cortázar, “El nombre de la Rosa” de Eco. La luz del ventanal ya no era suficiente para apreciar los títulos, de modo que Gabriella accionó la lámpara que colgaba de uno de los paralelos del estante. Casi en seguida, descubrió una carpeta de papeles, encuadrada con un grueso cartón de color azul, marcada con unas letras doradas que le llamaron la atención: INFORME DEL GUERRERO. Sintió que una corriente eléctrica atravesaba su vientre. No podía creerlo: ¡el informe había llegado hasta allí! Abrió las primeras páginas, pero, aterrorizada por las imágenes que la asaltaban, soltó el ejemplar...

... Según lo indicaba el informador electrónico de la avenida, eran las 8:06 de la mañana, de una mañana más bien fría (aunque se diría que no tanto a juzgar por el dato de la pantalla: seis grados centígrados) y era hora y tiempo de hacerse al descuento del 15% que ofrecía la alcaldía por el pago oportuno del impuesto predial. Según lo indicaba el informador, Gabriella llevaba oficialmente seis minutos de espera con relación a la cita que habían acordado ella y Federico para visitar al Guerrero, ese extraño personaje del que se hablaba a todas horas desde hacía dos semanas. Había completado, pues, 19 minutos de espera, sólo que esos 13 minutos de adelanto no podía reprochárselos al profesorcito: quién le mandaba ser tan cumplida en un país donde el irrespeto por el tiempo de los demás es toda una idiosincrasia (aún en personas que se tildaban de intelectuales como él, pero que en la práctica seguían siendo como los demás). Respeto, simple respeto, eso es todo lo que pedía Gabriella, simple respeto, o es que su tiempo no valía, es que el tiempo de un estudiante no merecía consideración.

Pero Gabriella no fue capaz de lanzar su discurso, pues Federico apareció a los 33 minutos de espera real, es decir a los 20 de espera oficial (según lo indicaba el informador electrónico de la avenida que ahora también sugería ahorrar agua y energía), con una sonrisa tan bella y unos ojos tan seductores que no pudo recibirlo más que con el mismo amor que ellos exigían.

Así que Gabriella simplemente lo miró con ternura y esperó el ademán de su rostro para darle un beso y ya no pensó más en la hora: en adelante —y mientras se mantuvo a su lado— ni siquiera percibió el paso del tiempo. ¿Qué otra cosa podía sucederle a una linda chica de veinte años que se había enamorado de su apuesto y joven profesor de arte?

Se dirigieron hacia el sur (por fortuna, los sábados el tráfico no era tan complicado y el bus que habían tomado estaba prácticamente vacío). Pasaron por lugares que Gabriella no conocía y aunque esto le hizo sentir un poco de temor, tampoco le importó. No llevaban sino un mes juntos y ella sentía ya plena confianza en Federico, como si tuvieran años y no días de haberse conocido.

Aunque el lugar a donde iban quedaba en las afueras de la ciudad, el viaje duró menos de una hora. Llegaron al paradero, un sitio casi desolado, al pie de los cerros que limitan la ciudad. En lo que a ella concernía, estaban en el campo y quizás podía por eso sentirse mucho más tranquila, mucho más natural. Federico se había colocado unas gafas para el sol y le lucían magníficas en su rostro magnífico. La tomó de la mano y se dispusieron a caminar.

«Ahora nos toca hacer un tramo a pie por la montaña», le advirtió; ella le hizo alguna broma, rieron y comenzaron a caminar.

Federico no le había dado más indicios y en realidad ella tampoco le había puesto mucha atención a su historia sobre el Guerrero, pero con todo este misterio se encontraba excitada. Avanzaban por un sendero que, poco a poco, iba dejando ver su destino: una casa grande, blanca, antigua, sobre la ladera, que siempre parecía mucho más cerca de lo que realmente estaba. Tuvieron que caminar casi media hora.

Para Gabriella era como un paseo, como una caminata, con ese sol, con ese olor a hierba fresca, con esa mañana ya tibia, con ese hombre guapo y amable que la conducía. Si no hubiera sido por la seriedad de Federico, ella incluso le habría propuesto parar un rato en el pequeño llano que acababan de pasar; para descansar, claro, para hablar, para mirarlo a los ojos y besarlo como había querido hacerlo siempre y no se había atrevido jamás: por iniciativa propia; pero él continuaba, sin pausa (aunque también, es cierto, sin prisa).

Eran casi las diez de la mañana, cuando, por fin llegaron frente a la casa. La primera sorpresa para Gabriella: ¿se trataba de un hospital psiquiátrico! Y aunque se desconcertó y sintió susto, no preguntó: intentó comprender, se puso a la espera. Un hombre grueso, vestido de blanco, les abrió la puerta. Federico le dio un nombre y el enfermero los hizo seguir. Los condujo a una oficina. Gabriella observó el patio interior: limpio, brillante, hermoso. Algunas personas paseaban por los corredores que rodeaban el jardín, otras permanecían sentadas al lado de las fuentes. Se preguntó si serían internos, pero no logró responderse. Pudieran ser visitantes como ellos o empleados, quién sabe.

El hombre grueso de antes apareció por una puerta y les comunicó que otro enfermero, de nombre Pablo, los llevaría. «Tenemos que firmar una ficha de entrada, ¿no te molesta, verdad?», le preguntó Federico. Gabriella simplemente lo hizo.

Pablo resultó ser otro hombre vestido de blanco, serio y al parecer mudo. Llevaba un inmenso manojo de llaves y varios candados en su mano. Sin pronunciar palabra, los llevó por entre corredores y otros patios hasta el fondo, a un pequeño pabellón cerca a la salida, en la parte trasera de la vivienda. El pabellón parecía una casa en miniatura, hasta con su propio patio interior. Gabriella contó las puertas: ocho. Ocho habitaciones (ahora lo recordaba muy bien). Pablo abrió la número cinco y con un gesto recio los invitó a pasar; luego cerró la puerta. Gabriella, insegura, escuchó el clic del candado.

Al comienzo, Gabriella creyó que no había nadie. Alcanzó a pensar en una trampa o algo así. Se colgó del brazo de Federico y se dejó arrastrar unos pasos. Los dos se sentaron en una pequeña butaca. Sólo entonces, Gabriella descubrió la cama destendida y los otros objetos de la habitación, pero sobre todo se encontró con unos ojos azules que la miraban fijamente. Un anciano, mas bien pequeño y delgado, estaba sentado al borde de la cama, inmóvil, como mimetizado con el ambiente de quietud y de silencio que se vivía en el pabellón donde se encontraban. «Algunos locos son pacíficos», se dijo para tranquilizarse y se arrepintió en seguida del ademán de saludo que expresó a manera de defensa, y rogó que Federico no lo hubiese notado.

De pronto, el viejo se paró. Gabriella sufrió un sobresalto: sin llegar a ser descomunal, el anciano se veía mucho más grande de lo que podía mostrar su cuerpo ovillado sobre la cama. Sus ojos eran grises y no azules y unas extrañas manchas sobre sus mejillas le definían un aspecto sombrío. Se movía despacio, prendió el cigarrillo que había sacado del bolsillo de su bata y lo aspiró con la fuerza de una máquina. Luego arrastró sus pantuflas hasta la ventana y se quedó allí, mirando hacia afuera, hacia el patio interior del pabellón.

Sentados en la débil butaca que apenas los soportaba (y que había estado varias veces a punto de desmoronarse), Federico y Gabriella lo siguieron observando, callados, tensos, durante casi media hora. Sin embargo, el viejo nunca volvió su rostro hacia ellos, los ignoró por completo y esta actitud le permitió adueñarse de la situación. A veces jugaba con el pie desnudo sobre el piso o prendía algún fósforo que luego guardaba, ya quemado, en el bolsillo de su bata. Al final, vencidos, Federico y Gabriella resolvieron abandonar la habitación. Casi con desespero llamaron al enfermero. Al salir, con la impresión de que un baño de lava había caído de pronto sobre sus cuerpos, escucharon lavoz del Guerrero a sus espaldas:

Son ustedes unos niños.

Ya ni siquiera tuvieron valor para mirarlo de nuevo. Simplemente hicieron el camino de vuelta, en silencio, impresionados, tocados por la experiencia que acababan de tener...

## CATADTROFE, 8

Tres encuentros inesperados e involuntarios definieron entonces el rumbo del proyecto. Harto ya de buscar en esa “realidad” que se resistía a mostrar su verdadera cara y me enredaba con sus incomprensibles señales, cansado de escarbar en la “historia” de esa época que yo creía “maravillosa”, de comprobar que todo se había esfumado con el tiempo, que las huellas no podían revivir por sí solas la esperanza que andaba buscando, que las posibilidades de una “acción” estaban reducidas de hecho al anacronismo, descubrí de pronto que no debía seguir adelante; al menos en la dirección que había escogido. Sí, tal vez esa conciencia era la misma del fracaso, y es cierto (parece ya interminable esta cadena), pero todo depende de la perspectiva desde donde se mire. Y eso, un cambio de perspectiva, fue lo que descubrí gracias a esos últimos “contactos” con la realidad; tal vez porque me hice consciente de que el revés de mi búsqueda estaba prefigurado por la forma misma como la había emprendido, por el objetivo y las expectativas que le había asignado, pero sobre todo por mi propia resistencia, por esa obsesión de encasillar mis reivindicaciones a la paranoica posibilidad de transformar el mundo y su realidad. ¿Tenía sentido seguir apostando a ese “principio de realidad” en este mundo de la imagología, de la información generalizada y del consumo de masas, capaz de integrar todo, incluso la más recalcitrante crítica?

No ha sido fácil, no: aceptar que ya no se puede “hacer” nada, que cualquier intento por transformar el mundo culmina en esta sensación de habitar en medio de una confabulación, ha sido muy penoso para mí. Pero eso que he sufrido como una pérdida de (y en) la realidad me ha servido para reconocer otras posibilidades: ¿es de veras una pérdida? ¿No podría pensarse que la emancipación, la autenticidad de la existencia humana, puede realizarse como liberación de esa resistencia que la “realidad” siempre ha impuesto al hombre y sus proyectos? En lugar de comprometerse neuróticamente con esa recuperación forzada de la realidad ¿no sería mejor optar por seguir y llevar hasta las últimas consecuencias la fabulación, el principio mismo de ilusión?

El primero de esos encuentros tuvo lugar en un apartamento del centro de la ciudad con el poeta Eduardo Escobar. La idea surgió tras la lectura de un viejo suplemento dominical. Una nota extensa recordaba el impacto de los movimientos de neovanguardia sobre nuestra sociedad y yo me dije, claro que tienen razón estos loquitos, aunque la razón haya sido precisamente lo que menos les importara. Tienen razón al decir que ellos trajeron vientos frescos a este país asfixiado por la mojigatería, tienen razón en el reclamo que hacen de haber sido los primeros en prever que se necesitaba el escándalo para despertar a la gente de entonces, adormilada por el sueño de la Alianza Para el Progreso y por la amnesia impuesta por decreto como remedio a nuestra última guerra civil, tienen razón cuando afirman que sus ideas perduraron más allá que las de los hippies e incluso que las de la guerrilla, quizás porque no se proponían en realidad la destrucción del “orden establecido”, sino su ridiculización, la conciencia (colectiva eso sí) de revolucionar el orden espiritual imperante. Tienen razón estos loquitos (aunque su actitud iconoclasta haya culminado en el misticismo), porque al menos desmontaron tanta máscara, tanto maquillaje y abrieron una puerta, ampliaron los límites posibles (la embriaguez, la efusión erótica, la risa, la vehemencia del sacrificio y el éxtasis), y lo hicieron para esta nación, para esta gente; tenían razón, aunque sus gestos, con ellos mismos, hayan envejecido, tienen razón sobre todo, porque nos enseñaron su manera de andar en este laberinto escalofriante de nuestra realidad: la búsqueda (“Buscar es lo que importa”); búsqueda sobre todo de una experiencia interior.

Y allí, recostado en su amplia silla, estaba Eduardo E, el sobreviviente, como él mismo dice. De aquella entrevista me llamó la atención sobre todo su insistencia en que no importan los sueños sino la capacidad de soñar. Quizás también, con los años, le había llegado al poeta la conciencia de que una “realización” de los sueños contamina siempre la vigencia del deseo. Esta sensación de que el tiempo del perpetrador se había acabado para dar paso al del soñador, se confirmaba con lo que resultó para mí la más extraña experiencia: mientras lo miraba con atención (para describir después sus gestos y sus actitudes), su rostro, por instantes, parecía tan joven, tan lleno de vida y de picardía, tan enérgico; pero luego adquiría ese aspecto demasiado decrepito que le daba la apariencia de un anciano. Me mantuve fascinado todo el tiempo por ese juego que permitía el paso de la juventud a la vejez sin solución de continuidad, como si estuviese anticipando mi propia oscilación entre la realidad y la ilusión: el rostro real, el del anciano, mostraba al soñador, mostraba la dirección que debía seguir; el ficticio, el del joven, dejaba ver al neurótico, el camino que había seguido hasta ahora. En realidad estaba observando mi propio rostro.

Las visitas al Guerrero, como muchas otras cosas en la vida de Federico y Gabriella, habían llegado a tornarse perniciosamente rutinarias. Las visitas al Guerrero como casi todas las cosas durante su vida juntos, habían tenido ese inicio excitante, misterioso, ese sabor original y novedoso, ese carácter atrevido y transgresor que Gabriella había admirado tanto al comienzo en Federico, en sus actos, en su forma de hablar y de vestir. Las visitas al Guerrero, sin embargo, como pocas cosas que todavía compartían, siguieron uniéndolos, quizás por la extraña relación que había surgido entre los tres desde aquella primera visita al anciano. Gabriella recordaba la impresión que causaron las palabras del Guerrero en Federico: «Cada vez que creemos haber alcanzado la madurez, Gabriella —había dicho— un orden diferente nos sorprende, nos saca de la cuna agarrándonos de los sobacos, justamente como hace uno con los bebés. Anoche, durante el sueño, tuve esa sensación. El viejo me sacaba de la cuna en ese preciso instante en que terminaba de leer un libro. Me levanté hasta la altura de sus inmensos ojos grises y luego me alejé un poco adelante de su cara. Entonces reconocí su sonrisa; la misma de la despedida y que nosotros confundimos con la burla. Somos unos niños. Y no hay nada de malo en eso, Gabriella, lo malo, más bien, está en creer que somos definitivamente adultos».

Justo antes de la separación, el viejo les regaló ese informe suyo que él solía exponerles en las visitas como testimonio de su propia vida y que, según afirmaba, había sido escrito antes de conocerlos. Para entonces ellos habían aceptado su juego y ya no les molestaba sorprenderse en la confusión de ser llamados por los nombres que él les había asignado como personajes de su ficción: Aníbal y Angelita.

En realidad el mote de Guerrero lo había inventado Federico, inspirado en su lectura sobre la cultura indígena mexicana de los Yaky (que había divulgado universalmente el antropólogo Carlos Castaneda en sus libros). Según Federico, este hombre había llegado a ese grado de conocimiento que el brujo Don Juan (protagonista de los reportajes de Castaneda) denominaba el estado del Guerrero. Según los responsables del hospital psiquiátrico, no obstante, Antonio Rickemann —su nombre auténtico— era un paciente esquizofrénico más, hundido en su propio mundo patológico... y no hubo jamás manera de convencer a esos idiotas del hospital de algo tan ajeno a sus certidumbres...

Y es que, según dejaba ver en sus conversaciones y podía corroborarse ahora en el informe, el Guerrero había logrado sustituir la realidad que vivía por otra inventada, perfecta y consistente: el hospital no era otra cosa que una sede campestre a donde hospedaban seres especiales, tales como artistas y científicos. El motivo de su reclusión no era ninguna enfermedad, sino la consecuencia de un programa social que lo había tenido en cuenta para que desarrollase allí su potencial. Los enfermeros eran algo así como sus asistentes y así con todo lo demás.

Pero lo que más sorprendía a Gabriella era la capacidad anticipatoria del anciano. En su escrito estaba previsto, por ejemplo, que dos jóvenes como ellos lo visitarían con alguna frecuencia y se convertirían en sus aliados y en el puente entre la sede y la realidad exterior que su imaginación necesitaba. Podría pensarse que el viejo sólo acomodaba los hechos, que los hacía entrar en la dinámica de su propia lógica y luego los exponía como anticipaciones. ¿Engaño, trampa, alibi? Gabriella nunca estuvo segura. Siempre creyó que la capacidad del anciano, su poder de hacer real lo que imaginaba con sólo imaginarlo, era una explicación demasiado forzada, debida quizá a esa especie de fanatismo que en Federico solía tener facetas tan irracionales. Ahora, con el informe en sus manos, sin embargo, encontraba hechos, datos, circunstancias que no podrían ser explicados sino bajo la teoría del alibi. Si esto era cierto, ¡ella misma podría ser ahora simplemente el producto de su imaginación!..

## GUERRERO

Somos perceptores, el mundo que percibimos es una ilusión. Fue creado por una descripción que se nos contó desde el momento de nacer. Nosotros, los seres luminosos, nacemos con dos anillos de poder, pero sólo usamos uno para crear el mundo... en esencia, el mundo que tu razón quiere sostener es el mundo creado por una descripción y sus reglas dogmáticas e inviolables, que la razón aprende a aceptar y defender.

CURIOSO, sólo cuando el hombre de la bata hizo sonar las llaves pude recobrar algo del contacto con ese sector del mundo que se había refundido en mi memoria. Antes de eso, nada: un ir y venir atolondrado, la extraña sensación de haber arribado desde un pasado ajeno, el horror de la pesadilla. Tal vez ha sido el frío del metal —cómo saberlo— o esa imagen distorsionada de un paisaje exterior, refractada por el enmallado de la puerta falsa, lo que produjo en mi ánimo el efecto de una familiaridad por fin recuperada. Curioso, porque resultaba tan insignificante esa luz en medio de la inmensa plétora que me rodeaba; curioso también porque entonces comprendí que, en mi mente, facultades como la relación o el habla o el pensamiento se mantenían intactas, incluso la memoria en su estructura fundamental y en el ejercicio de ciertos detalles continuaba funcionando con eficiencia. En realidad sólo mis lazos con esos aspectos del mundo cercano como la familia o el trabajo permanecían completamente sepultados.

A medida que se alejaba el hombre de la bata —mientras su figura se hacía pequeña y frágil a través del enmallado de la puerta falsa—, el peso, el sentido del peso, ganó por fin terreno en mi conciencia. Tuve que soltar la maleta, avanzar unos pasos y abrir la habitación marcada con el número cinco que me había sido asignada, como si la energía de una esperanza me hubiese impulsado a hacerlo.

Ya en la cama, sentado, el invisible vapor de los radiadores logró calentar mi cuerpo. Me recosté un rato y coloqué la almohada tras la nuca para amortiguar así un poco las colisiones del espanto.

Unos minutos después tuve por fin ánimo para inspeccionar el pabellón de la sede en la que me habían instalado; ocho habitaciones repartidas en dos secciones, separadas por un espacio social común: cocina, baños, sala y comedor. Al final del pasillo de la segunda sección, un sistema de doble puerta, idéntico al de la primera, simetría insoportable. Desde allí la visión de un paseo de sauces, afuera, que aún hoy me sobrecoge.

A pesar del frío, salí a recorrerlo, seguro de estar cometiendo una infracción en ese orden incomprensible que me sobrepasaba. Lo que recuerdo de la caminata es confuso y poco fiable para este informe: el panorama de un gran edificio al final del paseo; luces, quizá voces, sombras en el interior, personas trabajando, no sé. La bajísima temperatura del ambiente, provocó, tal vez, la distorsión de mis percepciones. De pronto, sin mediar nada más, me encontraba de nuevo recostado en la cama con la almohada bajo la nuca, como si jamás hubiese abandonado la habitación; pero, con la seguridad de encontrarme aquí por alguna razón que incluso mi voluntad deseaba comprender.

Pasaron algunos días. Me familiaricé con el lugar. Podía salir a los alrededores del pabellón con sólo pedirle al hombre de la bata que me lo permitiera. El gran edificio al frente estaba definitivamente poblado, pero era imposible llegar hasta él: un enmallado demasiado difícil de transgredir lo separaba de este lado. Aunque el hombre de la bata no podía darme razón de mi estancia, poco a poco se fue convirtiendo en mi aliado. Era él quien me suministraba los alimentos; era él quien traía la ropa limpia y los periódicos. Incluso los libros, que solicitaba en la listita que todos los días a las ocho de la mañana le entregaba, llegaban puntuales al medio día. Por un buen tiempo fue mi único compañero, el que traía las noticias, el hombre del que dependía casi en absoluto.

Debería ser alguna hora entre las once y las doce de la mañana, ya que todavía no regresaba el hombre de la bata, cuando escuché ruidos en el patio interior del pabellón. Estaba recostado sobre mi cama, aún en pijama, pues me había acostumbrado a trabajar desde muy temprano y tomar el baño sólo antes del almuerzo, cuando,

de pronto, vi cómo la puerta de mi cuarto se abría y entraban casi subrepticamente dos jóvenes que parecían más bien azorados. Se sentaron en la pequeña butaca cerca de la puerta y se quedaron mudos y aterrados.

Me resultaban ridículos allí, tratando de acomodarse en un asiento que sólo tenía capacidad para una persona. Yo estaba muy contrariado con aquella incursión más bien extravagante, así que me levanté con brusquedad resuelto a echarlos de allí, pero los ojos de sobresalto de la chica y el rostro congestionado del muchacho me detuvieron. Fumé un cigarrillo, más por fastidiarlos que por deseos, y permanecí al lado de la ventana, resuelto a ignorarlos. De pronto, sentí que alguno de ellos se levantaba del asiento y recordé la broma que consiste en hacer que, por contrapeso, algún tonto se caiga de una tabla en la que resulta sentado fuera de su centro de gravedad, después que su acompañante, a propósito, se levanta con brusquedad. Y efectivamente, la chica por poco se cae, lo que confirmaba no sólo la comicidad de la escena, sino el carácter infantil de sus protagonistas.

Esta vez, el hombre de la bata no pudo ayudarme... Parecía increíble que siendo él el único que, al parecer, controlaba la entrada o salida de personas al pabellón, no se hubiera enterado de la visita. Le ofrecí algunos indicios, ya que no pruebas, pero se mostró indiferente. Entonces recordé el incidente de mi primer día, esa especie de desdoblamiento que me había permitido abandonar mi habitación y explorar el pabellón y la sede sin que yo en realidad hubiera salido. Comprendí dos cosas: que los muchachos volverían con frecuencia al pabellón, y se encargarían de hacer puente entre mi aislamiento y la realidad exterior, y que el hombre de la bata y yo habíamos dos niveles de la realidad completamente distintos. En el suyo, no se podían percibir las imágenes (quizás fantasmagóricas para él, como trató de insinuarme ante las evidencias que le expuse) que yo lograba avistar. Tuve, también, por primera vez, una clara intuición de mis funciones en este sitio.

La llegada de los demás ocurrió unas semanas más tarde, durante una de las visitas de los dos muchachos (para entonces ya sabía sus nombres: Aníbal y Angelita). Eran dos mujeres y cinco hombres más, todos tan despistados como yo el primer día, quizás todos con los mismos problemas de memoria, porque sus rostros mostraban esa ingenuidad y esa “pureza” de quien se ha desprendido de los recuerdos y de los propósitos. No me acerqué a ninguno de ellos sino dos días más tarde, cuando se acostumbraron a mi presencia y empezó a surgir espontáneamente la comunicación y la confianza.

Entonces me enteré de que entre ellos había un escritor, un pintor, un escultor, una extravagante bailarina, una ama de casa y dos músicos (aunque no era fácil saber si todo eso era cierto o producto de la necesidad de enmascarar la desnudez del alma con que habían llegado, la verdad es que cada quien asumió su papel con tenaz consistencia, tanto como yo lo había hecho con mi propia y supuesta actividad: investigador científico).

Roman, el escritor, fue el personaje que más me sorprendió, por la cantidad de ideas y teorías acerca de nuestra estancia en el pabellón. La más aceptable —la que finalmente ofrecía menos problemas para ser adoptada como consenso— era que todos nosotros hacíamos parte de un programa gubernamental de apoyo al artista y al ciudadano de la cultura en general, y habíamos sido traídos aquí para facilitar nuestro trabajo, nuestra obra. La teoría brindaba varias ventajas: era verosímil, nos congregaba y explicaba muchas de las extrañas situaciones que nos rodeaban. Creo que además nos simplificó la vida.

Entre otras teorías, menos convincentes, aunque no menos ingenio-sas, de Roman, estaban las siguientes:

1. Éramos algo así como la materialización arbitraria de las imágenes de un escritor en proceso de creación (una teoría demasiado artificiosa).
2. Éramos energía hecha materia gracias a cierto mecanismo tecnológico sofisticado (esta teoría me gustaba mucho, pero los demás la consideraban pura ficción).
3. Éramos unos locos esquizofrénicos que no podíamos admitir nuestra realidad y por eso inventábamos otra, consistente y fascinante (demasiado odiosa e improbable, porque nuestra salud mental estaba fuera de toda duda).

Jakob, el escultor, apenas se integró durante las escasas ocasiones en que compartimos en grupo. Prácticamente todo el tiempo estuvo ocupado en su obra, una extraña escultura de madera que por momentos prometía alguna figura reconocible, pero que con el tiempo se fue reduciendo casi a la nada, pasando por lo que creíamos en un principio era un gran águila, luego una figura humana, después una ermita y finalmente un mandala.

La bailarina nos duró poco. Unos cuantos días después fue trasladada del pabellón. Nunca supimos a dónde fue llevada y en realidad su arte nos quedó para siempre vedado. En cambio los músicos estuvieron siempre atentos a exponer su conocimiento y su técnica, pero sobre todo su alegría y su versatilidad. Juan Carlos, el más joven, se hizo querer tanto de todos que el día que nos anunció su partida lloramos anticipadamente su ausencia. En realidad su voz brillante y serena vive todavía en mi corazón y en mi recuerdo, nítida y fresca.

Galo era un pintor muy hábil. Fue el último en ser trasladado. Sus cuadros, que me dejaba ver casi con exclusividad, tuvieron una evolución sorprendente en su estadía: del caos a la abstracción geométrica, del encuadramiento al aislamiento de los objetos y finalmente de la figuración a la representación del espacio cotidiano. En su último esbozo, Galo se esforzaba por pintar a los ocho, intentando reflejar en una sola situación todas nuestras actitudes y realizaciones.

La evolución de Alicia, el ama de casa, fue de otro tipo. Prácticamente encerrada en sí misma, aislada al comienzo, fue ganando confianza y afecto por nosotros. Al principio, parecía desistir del trato con los demás y pocas veces hablaba; incluso nuestros esfuerzos por despertar su interés se vieron mal recompensados; hasta que poco a poco estableció el contacto. En la última semana de su estadía, su rostro se tornó amable. Conversaba, aunque todavía tímida, y pocas veces estuvo de mal humor. Era extraña y hermosa a la vez, como esos ángeles que no necesitan de la palabra para comunicarse. Algo en sus expresiones y en sus movimientos invitaba al reposo, a la despreocupación, a la dicha. Cuando la trasladaron, comprendí que había dejado su alma entre nosotros.

Resolví, entonces, que durante un largo período estaría solo y me dedicaría a mi obra. Les pedí a Aníbal y Angelita que dejaran de ir, pues mi labor exigía la concentración. Al hombre de la bata le suministré instrucciones precisas para que atendiera mis solicitudes en la forma más rutinaria posible. Durante varias semanas, explosivas e intensas, intenté escribir, me sumergí hasta en las más peligrosas profundidades de mi ser, convoqué a ese otro yo que moraba ansioso dentro de mí y que necesitaba expresar su fuerza, intenté darle salida a toda esa potencia interior que me sobrepasaba a través de la escritura. Después de mucho batallar, de días llenos de desesperanza y vacío, de íntimas penalidades que estuvieron a punto de dejarme hueco e inerte, por fin algo estalló muy adentro y un torrente de palabras vivas, atormentadas, brotó incontenible. Fueron entonces días de escritura delirante que ni siquiera mi otro yo gobernaba. Escritura soberana que imponía su ritmo, sus propias condiciones de flujo.

No queda testimonio de esa delirante experiencia, porque, al final, la escritura misma había cumplido su cometido y ya no necesitaba ni siquiera de ese otro habitante (y mucho menos de mí) ni tampoco de su permanencia. Simplemente había emergido su potencia misteriosa y había tomado cuerpo en forma momentánea para luego desaparecer.

La noche del viernes siguiente al final de mi experiencia, el hombre de la bata me anunció el traslado. De alguna forma lo esperaba, era como si el destino me hubiera mostrado ya todas sus caras, de modo que ni me sorprendió, ni me afectó. Algo me indicaba que el tiempo mismo de mi estadía en el pabellón era una especie de microtiempo condensado que volvería a repetirse, minuto a minuto, en el lugar a donde me llevarán. Esta idea, que ahora tenía toda la fuerza de una realidad, no me asustó, como quizá lo hubiera hecho antes de mi experiencia; al contrario, tranquilizó mi alma. Sabía que en ese nuevo lugar TODO SE REPETIRÍA, que debía comenzar de nuevo, de cero, sin el apoyo de mi memoria o de mi conciencia, que debería enfrentar las mismas situaciones y quizás las mismas reacciones. Tal vez, sólo este informe, que ahora escribo, marcará entonces la diferencia.

Escribo este informe, minutos antes de viajar a mi nueva sede, no para que quede registro, no para alimentar mi memoria después, sino para entregarlo a Aníbal y Angelita (a esos nuevos Aníbal y Angelita que vendrán a visitarme dentro de poco) a esos muchachos que se sentarán en la endeble silla que me han de asignar y que permanecerán azorados en su primera visita, pero que, como debe suceder, se convertirán pronto en mis aliados, en los puentes que mi obra necesita aún con la realidad exterior.

## CATASTROFE, 9

El otro encuentro ocurrió casi por casualidad: un colega me invitó a la casa de Juan M, un viejo conocido, para celebrar el premio otorgado a su novela (estamos jodidos ¡ahora los sociólogos escriben novelas!). Allí estaban reunidos algunos de quienes habían conformado una de las primeras promociones de Sociología: Pedro y su mujer, Rubén, Margarita y Germán.

Pronto, las palabras fueron enfilándose hacia la añoranza. A la media noche ya no se hablaba más que de lo que no pudo ser. El círculo se tornó de pronto hermético para mí, así que me dediqué a observar los movimientos y a sopesar las palabras...

...Recuerdo que Pedro de pronto descruzó las piernas y apoyó las manos en la rodilla izquierda de su mujer, quien aceptó el movimiento mas bien con disgusto. Germán quiso acomodarse en la silla, pero la flacidez que escurrió de su vientre —y que terminó pegada, indomable, a su camisa— lo obligó a volver a su posición inicial. Juan M, de pie, siguió mirando hacia la ventana, como si sus recuerdos flotasen todavía allá en el patio interior del conjunto. Margarita, sentada en el piso, volvió a meter la cabeza entre sus rodillas, como un yogui, y sus cabellos cortos formaron un gracioso fleco sobre su frente. Rubén, a mi lado, tras una larga aspirada a su cigarrillo americano, intentó de nuevo una voluta de doble anillo que esta vez le salió perfecta. La sala estaba ya viciada por los calores del alcohol y aunque el ambiente seguía manteniendo ese tono oscilante que se batía entre la broma y la reflexión seria, la nostalgia se había apoderado definitivamente del ánimo.

Quizás por eso, Pedro a la vez reía (y nos hacia reír) contando las locuras de Jorge, el compañero que se había hecho famoso con su conjunto de música indoamericana, y a la vez nos tranquilizaba (y se tranquilizaba), asegurando que el “loquito” ya se había estabilizado, que ahora trabajaba en una emisora. Quizás por eso, el recuento del origen del movimiento indígena como fuerza política me sonaba misterioso y terrible en boca de Germán, casi inverosímil; quizás por eso, me empecé a sentir como un invitado de piedra, en medio de aquella barahúnda de acontecimientos que, por lejanos, me parecían imposibles.

Imposible parecía ahora también, en boca de Rubén, la figura fantasmal de Bateman, el guerrillero loco que se atrevió a desafiar la dura jerarquía de la ortodoxia y armó su propia guerrilla y hasta soñó con ser presidente, hasta que murió —quién sabe cómo realmente— en la selva del Darién y se sumó así a la larga lista de líderes y salvadores que habían caído antes, (¿Que sería de este país sin sus fantasmas?).

Muy pronto Bateman se convirtió en el centro de la conversación y de los recuerdos. ¿Cómo no recordar a ese compañero carismático, afirmaba ahora Pedro, tan adelantado a su época que ni sus más progresistas camaradas supieron comprender del todo? Cómo no recordar su capacidad para apasionar a la gente, su valor para enfrentar la estructura vertical del partido comunista (tan rígida como en los partidos tradicionales), su fe en la juventud, su permanente búsqueda de renovación, su talento para vislumbrar caminos distintos en ese desafío de cambio que se pedía a gritos, para congregar nuevos hombres y nuevas maneras de combinar las armas, la política, la propaganda. Bateman era un hombre de los sesenta, recordaba ahora Margarita, pero su influencia se vertió sobre la generación de los setenta; él bañó la nueva generación con los ideales todavía vivos de la época: Elvis, los Beatles, el existencialismo; ajustó el horizonte utópico de la revolución cubana y las propuestas de la nueva iglesia latinoamericana a las expectativas que los jóvenes de los setenta comenzaban a constituir, gracias a su simpatía personal a su desacartonamiento, a su informalidad y a su capacidad de manejo de las relaciones humanas, en fin a su vitalidad y a su liderazgo. Llegó, confiaba Germán, en la medida en que asumió el país como país y se marginó del esquematismo de la izquierda y empezó a ser creativo y pudo así abrirse al diálogo con cualquier sector; porque Bateman le quitó el sentido fatalista y ascético a la guerra guerrillera —afirmaba Rubén— y le infundió alegría, optimismo y afecto al compromiso, y un nuevo lenguaje. Bateman luchó permanentemente contra esa herencia ideológica de los sesenta que quizás por academicista era incapaz de ver nuestra realidad. Bateman se propuso hacer que el discurso democrático se asumiera de verdad, no como un instrumento ideológico, sino como una actitud. Bateman enseñó a dialogar y a respetar las diferencias y a no hacer de una diferencia ideológica una tormenta innecesaria, a no ser sectarios o arrogantes...

Poco antes del amanecer, uno a uno, como avergonzados ya por la nostalgia y por el excesivo entusiasmo que habían declarado por ese Bateman, más fantasmagórico que real, cada uno de estos hombres y mujeres de los sesenta —que ahora respiran y viven la posmodernidad sin mucho ánimo, mas bien con resignación— fueron

saliendo del apartamento de Juan M, quien a pesar de ser el congradulado, no pronunció palabra en toda la noche: permaneció anclado, al pie de la ventana como el shamán encargado de convocar los recuerdos, sus sueños frustrados...

Algo de ese mismo sabor de derrota que Juan M había congregado en su fiesta, lo encontré también, poco después, en otro testigo de excepción: Arturo Alape. Sólo que el testimonio de Arturo tenía un carácter aún más extraordinario, pues además de haber sido protagonista activo del “sueño” de la revolución, como los otros, éste había presenciado también el comienzo de su fin (¿cómo entender de otra forma su insistente llamado a las posibilidades de renovación del “sueño”, sino como el primer escalón hacia su propio desencanto?)

Forzado por la guerra, Arturo había salido del país a finales de 1987 hacia la Habana, plenamente convencido aún de las posibilidades de una revolución, y había regresado en 1990 con más de una decepción en su alma; pero, a la vez, con una gran enseñanza (enseñanza que él mismo, en realidad no sabe bien cómo expresar).

Ese viaje (que, por su continua narración, por su reelaboración posterior, fue adquiriendo, poco a poco, un carácter simbólico, una importancia que estaba más allá, en su propia interioridad) le había dado la oportunidad de presenciar muy de cerca hechos tan definitivos como el derrumbe del muro de Berlín, el entierro de la “Pasionaria” en Madrid, la caída del estado soviético, el comienzo de la crisis cubana, la entrega del poder en Nicaragua o la invasión a Panamá. Pero más que esa vivencia, estaba el reconocimiento íntimo de algo así como el fin de la utopía. Había en Arturo esa misma decepción que yo estaba comenzando a padecer, esa conciencia de que algo había cambiado definitivamente. Y ese discernimiento en alguien como Arturo —un hombre tan cercano a la guerrilla, a su proyecto histórico, tan activo, tan convencido de sus posibilidades— resultaba a la vez deprimente y esperanzador. No sé cómo expresarlo. Su conversación era tan dramática, tan firmes sus intentos por mostrarse, no como un desertor, sino como una especie de “visionario”, que terminé completamente ofuscado. También en él, como en Eduardo, como en Alfredo, lo importante ya no era el sueño o el mito, sino la capacidad de soñar, una capacidad que, para Arturo, encontraba dos espacios (que, a la larga eran uno sólo): la amistad, la verdadera, la que está más allá de la simple lealtad política, y el arte; dos espacios en donde la condición es la misma: aprender a escuchar al otro... Esa, quizás, fue la enseñanza que trajo Arturo de su viaje.

Ahora estaba seguro: el encuentro era posible, aunque no en la forma en que lo había planeado.

Las explosiones retornaron. Aunque se podían escuchar las detonaciones, éstas no lograban alterar la quietud del aire que se había estacionado en la habitación —lo que indicaba que los ataques seguramente se habían trasladado a otro sector de la ciudad—. Gabriella, sin embargo, decidió aligerar la mudanza. A lo mejor era la ocasión que debía aprovechar para volver a su apartamento. Armó varias pilas con los libros y los empacó todos en una gran caja. Volvió sobre la ropa y construyó un atado con las sábanas de la cama. Despejó la mesa del comedor para colocar allí otras cosas y entonces descubrió, bajo el mantel, una carpeta de aspecto similar a la del Informe del Guerrero. Limpió la pasta y leyó el título: No pudo evitar la curiosidad...

## MUJERES

“El Hombre caza y lucha. La mujer intriga y sueña; es la madre de la fantasía, de los dioses. Posee la segunda visión, las alas que le permiten volar hacia el infinito del deseo y de la imaginación... Los dioses son como los hombres: nacen y mueren sobre el pecho de una mujer...”

Jules Michelet

## EL VIEJO FREUD

La mujer es la madre de la fantasía —ha recordado en algún lugar Carlos Fuentes, citando a Jules Michelet—: posee la segunda visión, las alas que le permiten volar al infinito del deseo. Mientras el hombre lucha y caza, la mujer intriga y sueña. ¿Será por eso que me resulta tan difícil comprender una mujer? En todo caso he aprendido que siempre es mejor estar alerta ante sus reacciones imprevisibles, ante la errancia de sus trayectos: si ayer te declaró el amor más devoto, hoy puede que ya no esté tan segura. Muy posiblemente, entre un momento y otro, ha ocurrido algo que la ha obligado a incluir un nuevo dato en su caprichoso esquema de pensamiento (algún detalle frívolo, ahora mejor sopesado, como un gesto sospechoso en nuestra sonrisa o la última palabra que, aunque dicha con la más tierna inocencia, a lo mejor sonó para ella con cierto tono); de modo que ya su opinión no puede ser la misma.

Pero claro: si lo que quiere es obtener alguna prebenda, entonces saca a flote toda su maquinaria seductora, que puede abarcar desde el simple coqueteo hasta la más terrible confabulación, pasando por estrategias menos contundentes, como la niñería o la docilidad servil. Su pensar-vivir es mucho más práctico de lo que parece, sobre todo porque siempre está atenta a los pormenores. En ella no es posible que algo se pase por alto (como sí nos sucede a los hombres, más preocupados por mecanizar actos y abstraer operaciones y conceptos que por observar lo cotidiano y concreto).

Pero cuánta falta nos hace su presencia, su visión, su sensibilidad; sin ellas no podríamos vivir, seríamos seres reducidos, recortados y fríos, quizás porque nosotros mismos hemos acrecentado esa necesidad. Existen muchas explicaciones para comprender esa extraña dependencia que nos hace tan frágiles ante la presencia de lo femenino, pero la que siempre me ha fascinado es la que propone Freud.

Según el viejo Freud, la tradicional alineación, según la cual lo racional, serio y reflexivo corresponde a la naturaleza masculina, mientras lo emotivo, frívolo y espontáneo más a la femenina, es consecuencia de una particular dinámica de esa gran operación cultural que habría de conducir al modo de pensar-vivir de la modernidad, con su exagerada valoración de la razón, en detrimento de la sensibilidad.

Freud relaciona tres de estos procesos culturales con el resultado mencionado: la prohibición de Moisés de hacer imágenes perceptibles de Dios (o sea la obligación de adorar un Dios no visible), el desarrollo del discurso (que necesita del apoyo de operaciones “intelectuales” como la conceptualización, la memoria y las inferencias, frente a la desconfianza por un conocimiento a través de lo sensorial) y, finalmente, el cambio de un orden social matriarcal por uno patriarcal, es decir, la imposición de la paternidad como un valor más importante que la maternidad, en la medida en que ésta queda probada por la “simple” evidencia de los sentidos, mientras que aquélla necesita de una inferencia y una premisa. Los tres procesos estarían confirmando la promoción de lo inteligible sobre lo sensible, del significado sobre la forma, de lo invisible sobre lo visible, de lo abstracto sobre lo concreto.

Es desde ahí, desde esa elevación del principio de paternidad, desde donde podemos comprender numerosas consecuencias sobre lo cotidiano: la angustiada urgencia de los padres, por ejemplo, de asentar la relación con sus hijos, de controlar la vida sexual de sus mujeres. Pero más complejas aún son las consecuencias a otros niveles: el poderoso impulso de los hombres de afirmar y asegurar mediante invenciones culturales (el nombre, la herencia, etc.) su pérdida insatisfactoria del contacto mamario con los niños, les habría llevado, en general, a dar un alto valor a las invenciones culturales de naturaleza simbólica. Puede incluso inferirse una inclinación a valorar lo que generalmente se llaman las relaciones metafóricas (semejanzas entre ítems,

abstracciones, ideas), más allá de las relaciones metonímicas maternas, basadas en la contigüidad. Y esa exageración nos habría escindido y —de alguna manera, en lo cotidiano— nos habría reducido, generando un nuevo tipo de yugo, una singular dependencia de lo femenino. Así que este proceso de desnaturalización no es gratuito: ¡y a qué costo lo pagamos los hombres!

Por eso he decidido escribir mi historia personal desde la perspectiva de una presencia de las mujeres en mi vida: Matilde, Lucero, Angelita, Luisa, Alcira, Claudia y Gabriella; porque necesito restablecer el contacto, especialmente con aquellas que más han influido en eso que podría llamar mi educación sentimental... Al fin y al cabo, los hombres, como los Dioses, nacen y mueren sobre el pecho de una mujer...

## **MATILDE ARREPENTIDA**

Ciertos actos de nuestra vida suelen encarnar sólo en lo imprevisible, en lo inesperado. Muchas veces nos preparamos para afrontar sus consecuencias, pero éstas no acaecen o simplemente dejamos de percibir las y seguimos esperando que ocurran, hasta que ya no hay nada que podamos hacer para evitarlas o para atenuar su avance; a veces, incluso, es posible que jamás sepamos que ya se han incorporado al flujo de nuestra vida. Esto lo intuí una tarde en que mamá contó una historia que jamás le había escuchado. Por su tono —confidencial— y por la manera —incontenible— como fluyó de su alma, comprendí que, después de mucho, se liberaba de una carga terrible. En realidad sentí compasión por ella: cuánto tiempo soportó esa culpa sin saber que ya, con su propio fracaso (y con el estigma que dejó sobre nosotros) había pagado con creces la deuda.

Elvira conoció a Matilde en la iglesia de su pueblo, en una de las misas de seis de la mañana, a las que acostumbraba a ir todos los días. Le llamó la atención aquel rostro que nunca había visto, tan blanco y terso que parecía angelical. La vio arrodillada frente al altar, rezando muy concentrada, pero no la encontró en la fila de la comunión.

Varias veces la volvió a ver aquel día: en la fuente, en las tiendas, en el mercado; y, cada vez que la encontraba, Elvira sentía que todo adquiría un nuevo color, una nueva energía. Supo entonces que era de la capital. Cuando la vio en el río, con su ropa alegre, riendo a carcajadas, exhibiendo su cuerpo perfecto, sintió una descarga que le erizó la piel.

En la noche —lo supo— la cantina se incendió de lujuria con la presencia de Matilde: fue el escándalo y Elvira, como todas las mujeres del pueblo, sintió vergüenza de haberse sentido atraída; pero, en secreto, esa noche soñó ser Matilde. Fingió pudor a su marido, olvidó el alimento para su pequeño hijo y anduvo todo el otro día caminando como entre brumas.

Elvira se enteró de que Matilde sólo iba a estar tres días. La otra muchacha que había visto con ella y el conductor de la camioneta que las acompañaba hacían parte del equipo de ventas de alguna compañía que, de gira, había parado en el lugar, como si algún designio rencoroso los hubiese traído hasta allí.

La tarde sólo le alcanzó a Elvira para imaginar la estrategia del encuentro. El sueño, que la noche anterior no la dejó dormir, ahora le cortaba el sosiego. Estaba segura de una cosa: quería ser como Matilde, o mejor aún: ser Matilde.

En la noche, el esposo se quejó de nuevo de su desamor. Y es que Elvira había perdido el ritmo de sus cosas, estaba como obnubilada, sin poder prestar atención.

Al otro día, temprano, Elvira se acercó a Matilde y rezó junto a ella:

—Me llamo Elvira y te he visto en la fuente, luego en el río, también en la cantina, sé que vienes de la capital y que mañana partirás a otro lugar. He soñado que sería como tú y desde entonces ya no puedo vivir. Quiero que me lleves. Puedo dejar hijo y marido, deseo ser como tú: ir a la ciudad.

—Elvira, estás loca, mujer. Cómo vas a dejar a tu familia. Estás loca. No soy tan libre como tú quieres creer; pero si tu decisión es firme, madrugá mañana: te espero a las cuatro en la plaza, puntual.

La tercera noche, Elvira amó a su marido con furor. Esta vez él protestó por su ímpetu vulgar y la golpeó. Ella amenazó con irse. Sentía en su interior que estaba haciendo lo correcto y con ese ánimo partió en la camioneta rumbo a lo que imaginó sería su libertad.

Durante días recorrieron caminos, visitaron pueblos, conocieron gente, se dedicaron a vivir. Justo al mes, una fuerza misteriosa, una irrupción desconocida, atacó su ser. Llegó contundente, imprevisto, sin alternativa, ese poder. Matilde la vio llorar. Una semana completa luchó Elvira contra aquel enigma que al fin la derrotó.

—Debo volver, Matilde. No aguanto más. Siento que debo estar al lado de mi hijo y de mi marido, no sé explicarme este dolor.

—Ese es el precio, Elvira, un precio que no todos pueden pagar. Lo vi en tus ojos el día que me hablaste en el sagrario, pero también supe que nada podía hacer. Has sido fuerte, mujer, lo has sido, pero ha llegado el momento de la paz.

—Si Matilde, tienes razón, soy una cobarde, sé lo que me quieres decir, ésa es la verdad. Pero ahora cada día que pasa me duele y ansío con toda mi alma volver. No hallo el momento de amar de nuevo a mi marido, de alimentar a mi hijo otra vez, de volver a ser como era antes de conocerte.

—No te reprocho nada, Elvira. Ese es tu deber. Ve a ellos, ésa es tu libertad.

No había rastro de hombres jóvenes. Elvira entró a un pueblo, su pueblo, convertido en ruinas. Algún ataque del ejercito o de la chusma, quien sabe, había arrasado el lugar. La casa estaba destruida, el hijo y el marido moraban ahora en el cementerio. Sobre su cabeza, una llovizna de escupitajos le recordó su error. Lloró en la noche más allá de toda razón. Ambuló durante el día más allá de todo límite.

En el camino a la capital, el hombre de un camión se detuvo y ofreció llevarla. Elvira ni siquiera se resistió cuando el camionero la forzó como pago a su favor: no tenía nada ya por qué luchar. Tampoco reaccionó cuando, en la ciudad, después de dos días de errancia, la ficharon y luego la encerraron en la comisaría.

Cuando Matilde, una semana después, pasó por Elvira, supo lo que había ocurrido y comprendió que la muchacha lo había perdido todo, incluso la razón...

Poco días después, Elvira murió en casa de Matilde y ella juró guardarse esta experiencia, sin saber que la amargura con que vivió por esa culpa secreta se filiaría genéticamente hasta marcar muchos de los comportamientos en nosotros, sus hijos; hijos también de la violencia.

## LUCERO INALCANZABLE

No podría describir ahora su rostro ni mucho menos su cuerpo, porque hoy la sigo recordando como la chica que se le pasaba allá en la ventana del segundo piso de la casa de enfrente. Además, con el tiempo, la distancia real que separaba mi vista de su imagen se ha hecho enorme, de modo que ni siquiera puedo recordar si era rubia o morena. Sólo me ha quedado esa vaga sensación de que siempre estuvo allí, quizás porque esa es la única impresión que aun pervive en la estrecha parcela que mi memoria ha dispuesto para los recuerdos, cada vez más borrosos, de esa época en que por última vez fui feliz e inocente.

Sabía su nombre, porque entonces mamá lo repetía con frecuencia, casi con desesperación. Por mucho tiempo, su tragedia fue el tema de plática de las señoras que la visitaban. Nunca comprendí muy bien su historia. Sólo recuerdo que mamá me decía que había muerto, que había fallecido (una palabra que me sonaba misteriosa y compleja), que se había ido para el cielo y todas esas cosas que se dicen a un niño de seis años para no afectar su sensibilidad. Pero yo seguía viendo allí, en la ventana del segundo piso de la casa de enfrente, ese rostro bello y esas dos prominencias de su pecho que para mí, niño que no conocía el pecado, constituían el secreto. Seguía viéndola incluso muchos meses después de que no se habló más de ella en la casa; mucho después de su entierro, de las misas conmemorativas, mucho después del último recuerdo que circuló en el barrio.

Lo extraño es que fue precisamente después de su desaparición que ella se fijó en mí: me hacía señas, me llamaba con sus dedos blancos, me lanzaba besos con sus manos, me invitaba a su compañía. Mi madre estuvo a punto de hacerle caso a una vecina suya en la idea de visitar un especialista (así llamaban al loquero), para que me observara, porque todos estaban convencidos de que por alguna diabólica razón la muerte de Lucerito me había trastornado. Pero era verdad, ella seguía en la ventana; claro que ya mucho más tranquila que en los días en que todo había sido comadreo y chisme en el barrio por lo de su boda con el viejo del supermercado; por entonces yo la notaba muy angustiada: se recostaba contra el vidrio y se ponía muy fea, con esa nariz como de marrano que se le deformaba cuando pegaba demasiado su cara y la boca llena de babas y las mejillas mojadas por sus lágrimas y esas manos crispadas que no parecían suyas, manos de loca, blancas, demasiado blancas, como vacías de sangre. Gritaba con un alarido mudo que me asustaba y torcía la boca como un demonio de esos que entonces aparecían en las revistas de superhéroes.

Fueron varios días así. Después no volvió a salir por un tiempo, hasta una mañana en que —ya sin esperarla— volví a verla en la ventana. Entonces no me quedó duda de que todo había sido puro cuento, una mentira que habían inventado en la casa, en la cuadra, en el barrio, quién sabe por qué razón. Apenas alcé la persiana la vi, como si ella hubiera estado esperando ese momento: empezó a moverse graciosamente para llamar mi atención, girando sus brazos, sonriendo y gesticulando algo que yo entendí como su mensaje de supervivencia, y sentí un estremecimiento en el pecho y en las manos. No me asusté, recuerdo que no me asusté; ni siquiera me sorprendí, simplemente le seguí el juego y más tarde le relaté a mamá el prodigio, pero fue cuando ella me explicó eso de fallecer (que no era padecer ni humedecer, sino fallecer). Al principio no supe qué pensar. Recuerdo que le conté a mi hermano Ricardo que ella se asomaba todavía en la ventana y él me contestó algo que me gustó mucho: «debe ser que la pobre se quedó atrapada en el cristal». Pero, en realidad tampoco me creyó; lo dijo como para salir del paso ante mi insistencia y ya no volvió a hacerme caso.

Tiempo después, ella fue desapareciendo también para mí. Sin embargo, a veces, cuando estoy angustiado y triste, vuelvo hasta la vieja casa, miro la ventana del segundo piso de enfrente y aunque —por supuesto— ya no logro verla, su simple recuerdo me sosiega. Si me preguntaran por qué dejé de verla, no sabría qué contestar. De lo único que estoy seguro es que su ausencia definitiva en mi vida tiene algo que ver con el gran abatimiento que sentí cuando por primera vez le pegué a un perro manso, en alguna de mis aventuras infantiles.

## **ANGELITA DESAGRADECIDA**

Linda Angelita, provocaste ese furor inexplicable que me llevó al umbral de la locura. Quién lo iba a creer: yo, el chico de los cinco en matemáticas, el sensato y aplicado, apenas un niño grande, con una cara que escondía mi verdadera edad, metido en semejante lío. Pero no podrás negar que fui yo el único, linda limeña, flor de la canela, el único que se presentó a tu puerta justo cuando tu más lo necesitabas, en el momento más oscuro de tu vida, y nada menos que para hacerse cargo de lo que encerraban esas caderas in crescendo que te convertían día a día —secreto sólo para mis ojos— en una mujer verdadera.

Claro que estaba dispuesto a todo: había planeado hasta el más mínimo detalle no sólo de nuestra fuga, que era lo más fácil en medio de mis alucinaciones, sino, sobre todo, de nuestra vida de ahí en adelante; quizás pobre, pero llena de amor y felicidad, eso no lo puedes negar, como tampoco que decidiste hacerme caso después de que te encontré en el parque llorando, desesperada, porque ya no podías ocultar más al bebito que esperabas y yo supe darte el consuelo que necesitabas y que nadie podía brindarte, ni siquiera el estúpido de tu novio, porque el muy tonto había huido al saber la noticia, y entonces armaste tu valija con algunos trapos, echaste el viejo chal de tu abuela enferma sobre tus hombros y sacaste todos los ahorros de tu madre, pobre Enriqueta. Lo del odio vino después, claro, mi linda limeña, pero cuando partimos en aquella madrugada estabas dichosa y soñabas con que todo saldría bien y hasta me diste un beso en la mejilla que imaginé como preámbulo de lo que vendría después.

Pero que tonto fui, un auténtico idiota, porque ni siquiera dejaste que te tocara durante aquellos tres meses de heroísmo absurdo, con el pretexto de que era malo para el bebé, cuando yo había leído en las revistas Luz, que mi madre ocultaba en el maletero del armario, que era precisamente todo lo contrario, pues nada había mejor

para la salud de la madre y de su hijo que las frecuentes caricias de la pareja, así, incómodo y todo como debía ser, pero no, no y no, te negaste siempre, linda limeña de signo capricornio, mi flor de la canela, cómo es posible que tú no me hayas dado gusto, si nadie nos vigilaba, si el mundo era sólo de los dos y tú no, no y no, tú no eres el padre, no tienes derecho, y yo, como si lo fuera, y ella, ni mucho menos y además siento asco de ti, ni más faltaba, qué tal, y yo ruegue y ruegue, hasta que se acabaron los ahorros de tu madre y te cansaste de mis súplicas, flor de la canela, mi linda limeña; y, claro, cruzamos de regreso el puente y la alameda y nació el hermoso Daniel para orgullo de Enriqueta y de todos los antiguos fiscales de tu libertad y para desdicha y deshonra mías, el hazme-reír del barrio, obligado a huir como una caricatura de los donjuanes fracasados, con la carga de un fiasco inconcebible...

## UNA UTOPIA LLAMADA LUISA

### 1.

Cómo olvidarlo. Semana santa del 70: viernes soleado, diez de la mañana. Luisa había salido a esperarme a la plazoleta del pueblo, según lo convenido, mientras yo viajaba en bus -ya con retraso- desde la ciudad hacia el lugar de la cita, después de haberme peleado con todo el mundo en casa; armado apenas con un morral de milico que había conseguido en el mercado de los hippies, vestido con un blue jean desteñido y estrecho, una camiseta china muy delgada, sandalias suela-de-llanta, sin medias (claro) y luciendo un cabello libre y suelto que -por fin aquel día- había franqueado la terrible barrera que le imponían mis orejas-de-dumbo; y envuelto por la misma aura vital que dos horas antes, al momento de comunicar a la familia, reunida en pleno, la tremenda decisión de abandonar la casa, se había apoderado de mi cuerpo en forma irremediable.

No cabía de la dicha en el bus-destino-usme: los ojos que me miraban (o extrañados o rabiosos o asustados o cómplices) alimentaban mi confianza. Para mi suerte, la música que difundía la radio a esa hora no podía ser más apropiada: el rocanrol sabrosito que me transportaba tan fácilmente al paraíso, a esa especie de edén entrevisto en las películas de Elvis o de James Dean donde sólo hay muchachitas monas, flacas y medio putonas encargadas de la dicha eterna.

Así habría de ser mi vida de ahora en adelante, así debía ser. Lo único que me preocupaba era de qué manera habría de integrarme a la banda si no tenía ni la más remota idea de hacer música. Claro que para bailarla y gozarla no había quien me ganara, pero hacerla era otra cosa. En todo caso, me habría sentido más tranquilo si, según lo convenido, Luisa hubiera hablado ya con Lucas sobre mi posibilidad de colaborar en la composición de las letras, quizás con algún poema mío de esos tan bonitos, tan románticos...

Ahora: no es que Luisa me haya plantado, según se supo después, sino que se cansó de esperarme y se volvió para la casa, justo unos minutos antes de que el bus destino-usme llegara a su destino. De cualquier manera, no pasó mucho tiempo antes de que me entrara el culillo y entonces ya no supe si quedarme allí (Like a fool on the hill) esperando a alguien que tal vez ya no vendría, o regresar (Lucy vuelve a casa), pedir perdón y asunto concluido. Lerdo como estaba, tardé bastante en tomar alguna decisión y, como en toda historia de amor, cuando Luisa volvió al lugar de la cita ya no me encontró, aunque no porque me hubiera devuelto o no hubiera llegado, como pensó ella decepcionada al comienzo, sino porque a esa hora estaba en la Alcaldía explicándole a un par de policías corrompidos mi extraña presencia en la plazoleta.

Bueno, el asunto es que por fin nos reunimos en la noche, allá mismo en el caserón de Usme, donde Lucas, Gustavo, Blanca, Clara y Leo y una muchachita de pelo largo, liso y negro, de rostro divino -y cuyo nombre sólo conocería después- esperaban impacientes el hervor de la aguapanela que habría de librarlos del frío glacial que había invadido el lugar. Mientras tanto, bebieron ron y gozaron con mis estornudos de primíparo: unos alaridos terribles que lanzaba cada vez que intentaba tomarme un trago de ron con esa naturalidad con la que los otros parecían hacerlo.

## 2.

Llegó un momento, entre la media noche de aquel viernes y el amanecer del sábado, en que me quedé inexplicablemente sólo y comencé a errar por la casa como un zombi. Aunque no era mi primera visita, sentí de pronto la necesidad de reconocer el lugar; al fin y al cabo ése habría de ser mi habitat de ahí en adelante. Quería encontrarme con Leo o con Lucas, ahora que me sentía tan bien, para conversar de música. Porque a mí, que quede claro, no me gustaban esas baladitas de Enrique Guzmán o César Costa y detestaba la sensiblería lloricona de Ádamo. Yo, que quede claro, en cuestión de música, lo que amaba de veras era el rock duro, el de Sargent Peper o el de los Rolling, el rock duro, el que ellos, la banda de Lucas, se atrevían a tocar. Hasta conocía varias canciones bien berracas, ya se sabe, letra fuerte y ritmo violento. Incluso había pasado el último fin de semana traduciendo las letras de Woodstock: Jimy Hendrix, Santana, Cream, Trafik y, por supuesto, los rocanroleros de siempre: el viejoelvis, Chuck Berry, Bill Halley, música de verdad. Nada de Rafael o del club del clan, nada de eso.

Pero al parecer no había nadie. Arriba encontré los cuartos vacíos. Siempre me habían llamado la atención esas habitaciones desordenadas, llenas de cachivaches y artesanías, colchón en el piso en lugar de cama, móviles figuras pendiendo del techo, cobijas regadas. Nada que ver con el cuartito ordenado que todas las mañanas me arreglaba mamá. Pero lo que me fascinaba realmente eran los afiches. Era como si los personajes que re-presentaban estuvieran allí de verdad: el Che, Mao, Marilyn, Nicol, Cristo, Lumumba; como si en serio estuviese allí toda esa gente chévere.

Bajé las escaleras y salí al patio. De nuevo me entró el culillo. ¿En realidad no había nadie? ¿Estarían metiendo droga dura? ¿Sería mejor, abandonar todo esto? No. Estaba decidido: cualquier cosa que ahora hiciese tenía que incluir a Luisa. No. Fin de las dudas. Y un par de manos se posó sobre mis ojos y sin saber cómo ingresé de nuevo a la casa llevado esta vez por ese ángel de pelo negro que ahora ya tenía nombre: se llamaba Inés. Sobre las baldosas heladas del garaje, al lado de Luisa y de Blanca, sentí que un chorro de lava perforaba mi garganta: acababa de tragarme un vaso de ron de un solo sorbo pensando que era aguapanela. Pero bien, todo estaba bien, sobre todo esa “escalera al cielo” que Lucas había tocado en su guitarra acústica y ese “stream”, anuncio de rumba, que se había fajado Gustavo en la batería. Todo estaba bien: las otras canciones que ya empezaban a sonar, la voz de Clara y hasta el triángulo inaudible que tañía Inés con inocencia suma. Todo estaba Bien. Blanca, Luisa y yo, con las palmas, colaborábamos en la percusión.

## 3.

Ese sábado, tras la rumba, todavía confundido, presencié un amanecer saturado por la luz ondulante y tibia de mi propia desazón; y (mientras retornaba el rito diabólico de los pocillos de ron que podían estar llenos de aguapanela o al contrario, y la pared tapizada de afiches -que la noche anterior pareció cobrar vida en medio del convite- volvía a lucir inmóvil, fantasmagórica) sentí que la música suicida de Jim Morrison se deslizaba desde la grabadora hasta mi cerebro con el ritmo de la desolación.

Al medio día, una lluvia fina comenzó a manchar de gris todas las ventanas y el sueño se apoderó de la casa. Después de una siesta más bien corta, desperté de pronto en mitad de una escena dantesca: me rodeaban numerosos cuerpos regados sobre la fría baldosa del garaje que soltaban espasmos como de agonía; una pierna, cuyo origen nunca pude precisar, me impedía moverme y el grito que quise expulsar, y que se me quedó atrapado entre el pecho y la garganta, fue emitido por alguno de esos cadáveres con la resonancia del terror. Pero todo estaba bien.

Todo había estado muy bien. Mis fibras se habían conmovido sinceramente con ese chorro de música que había saltado desde las guitarras: Jimi Hendrix, Janis, the Rolling, la Banda... Todo bien. Había sentido la música por primera vez, incluso con dolor. Había entendido que música es también golpe o color que rasguña la piel; había comprendido el sentido cósmico de la voz de Jagger.

## 4.

La plaza de los vientos está situada en el cruce de las tres calles principales del suburbio, cerca de la Alcaldía menor y frente a la iglesia. A las diez de la mañana del domingo, podía sentirse ya con toda su fuerza la razón del sobrenombre. A esa hora, cada puesto de venta se encontraba firmemente enclavado, no sólo en la glorieta, que era el sitio de más congestión, sino también en la boca de las tres calles que llegaban hasta la plaza. Se iniciaba, así, la actividad dominical en Usme; una mezcla de fiesta popular y venta de baratillo. Tal vez las cosas ahora sean distintas, pero entonces, la plaza de los vientos era una especie de ágora donde tenía lugar toda clase de manifestaciones populares. Allí era donde la banda de Lucas hacía sus presentaciones de rock.

Una de las cosas que más me desconcertó, durante aquellos días en el caserón, fue la manera como el comportamiento del grupo variaba sin seguir ningún modelo. Por eso, tras aquella primera noche medio loca del viernes y la pasividad casi total del día siguiente, en la que nadie salió a la calle -ni siquiera para reponer el ron que tanta falta hizo para curar el helaje de la segunda noche, violentamente fría- me sorprendí tanto con la inusitada actividad del grupo. Muy temprano, Inés se levantó, preparó la aguapanela, despertó a los demás como una madre bondadosa despierta a sus chiquillos. Luego, con Clara, se dedicó a limpiar y afinar los instrumentos, mientras los otros se vestían y ensayaban coros o hacían bromas muy animados.

A media mañana, por fin apareció Luisa en compañía de Blanca y me explicó que el grupo daría un concierto en la plaza de los vientos en la tarde. Para fortuna de todos, el Alcalde menor había sido compañero de estudios de Lucas y por eso había accedido con gusto a contratar el grupo para una presentación semanal en la plaza a manera de recreación. Por fortuna, no sólo tenían muy buena acogida, sino que incluso actuaban en las fiestas particulares de la gente del pueblo que así se había acostumbrado a ellos. Era su manera de sobrevivir.

Aquel primer domingo, mientras escuchaba el *nights in white satin* con que se abrió el concierto, mientras observaba a los muchachos del pueblo, emocionados y felices, mientras las manos de Luisa aprisionaban mi pecho con ternura y mantenían el ritmo de mi corazón dichosamente acorralado, mientras la música comenzaba a fundirse con el viento y con el sol, yo no podía pensar en otra cosa sino en la suerte de ser partícipe de la maravilla. Estaba allí, integrado a un grupo de aprendices del rock, en un suburbio perdido, intentando vivir de una manera distinta, sin preguntarme mucho por qué lo hacía, sin cuestionamientos ni temores, sencillamente feliz.

## 5.

Cómo olvidarlo, si ya me estaba acostumbrando al toquecito diario, místico, pendejo, a esquivar el amor baboso de Gustavo, a soportar los berrinches de Dieguito (el misterioso hijo de Inés). Pero llegó la catástrofe: fui esposado, pateado y encarcelado, tras la trifulca con la que culminó el concierto del domingo siguiente. Todo acabó a la media noche de ese día. ¡Qué desengaño! Para entonces, ya había agarrado el ritmo del grupo, ya mis crisis estaban superadas. Incluso, a esa altura me había resignado a compartir con Blanca su amor por Luisa (que entre ellas no sólo era ese amor entre primas, tan natural, sino un amor más atrevido, más, por decirlo así, carnal) y, aunque algunas cosas todavía me incomodaban, había logrado amoldar mi espíritu a esa manera libre de amar que el grupo practicaba.

Toda esa experiencia lanzada al carajo, toda la filosofía de la paz y el amor, toda esa posibilidad de vivir diferente, el gran horizonte de la libertad sin límites, la tranquilidad interior del hippie que ya estaba adquiriendo, la serenidad del yogui, la beatitud del budista que estaba alcanzando, todo para la mierda: la música rock, el bajo eléctrico que ya empezaba a sonar tan bien bajo el influjo de mis dedos-, mis composiciones y mis poemas para la mierda.

Es cierto: bastaron esos diez días para ganarme la fama de drogadicto, autista y esquizofrénico, y si no es por mamá, me llevan directo a un nosocomio, a curarme de la locura. Para evitarlo, tuve que inscribirme en la Universidad y pedir perdón ante la familia, reunida en pleno, que al final respiró tranquila porque su hijo pródigo había vuelto a casa, pero, sobre todo, porque habían logrado desterrar a ese demonio que se hacía llamar Luisa y que por poco arrastra a Federico a los infiernos.

## ALCIRA ABANDONADA

Sola, la pobre, enclenque, muerta de frío y de hambre, después de tres días de auto-sometimiento absurdo, de heroísmo tajante, de miedo, puro y metafísico miedo, la encontraron allí, en el baño de hombres del edificio viejo de ingeniería, ese antro lleno de obscenidades y amoníaco demoníaco, después que todo pasó y pudimos entrar, estudiantes de último semestre, a esta universidad que todavía tiritaba de miedo por lo que acababa de ser la más sangrienta, la más cruda, la más hiju'eputa de todas las acciones conjuntas que policía, ejército y organismos de seguridad del estado habían emprendido jamás contra el ya de por sí débil y decadente movimiento estudiantil. Yo me la había encontrado una tarde en la cafetería de Artes y de pura rabia y de puro corrompido (porque unos días antes no había querido aceptar un café que yo le había ofrecido) me empeñé en conquistarla, y dicho y hecho, aunque no sin trabajo, dramaturgia, literatura de pacotilla y otras artimañas que me convirtieron a sus ojos en el líder estudiantil más importante de la universidad, compañera, y el más protegido, claro que sí, por eso no tengo problemas nunca, porque soy el ideólogo más duro de la facción más dura de las brigadas de choque: sin una justificación mía no se mueve un solo dedo del ala militar del movimiento, óyelo bien, ni un sólo dedo, así mijá que o sales conmigo o te caes con todo el mundo, y mejor que nadie te tilde de reaccionaria en estos días de tensión, mejor que no, y me la llevé ese mismo día a unas residencias donde conocí sus escasas y tristes carnes y su sumisión ideológica y hasta su devoción por el eros libre y maravilloso que facilitaba la utopía, según ella, en sus dimensiones mas nobles, medio putona también, pero sobre todo tierna y pendeja, la presa perfecta para mis desahogos.

Así que, para demostrarle mi capacidad de mando, saqué de la manga la fecha y hora de la próxima protesta y el detalle de cada una de las tácticas que los muchachos de la brigada habían derivado de mi postura estratégica, cosa fácil de saber porque la descripción de las acciones ya circulaba hasta en los salones y grupos más cobardes, una simple conmemoración más, sólo que yo le agrandé sus dimensiones, le ensalcé algunos detalles, supuestamente desconocidos, como por ejemplo el uso masivo de armas de fuego y, por supuesto, la invité a participar y le ofrecí una función específica, no muy peligrosa, pero tan importante para el golpe como para que su éxito —y éste estaba garantizado— la colocase en una condición de vanguardia que la haría escalar posiciones dentro del movimiento como nunca nadie antes, y para celebrarlo nos fuimos a inventar otra utopía, esta vez en el apartamento de sus padres, bajo un sol implacable que nos permitió saborear nuestros cuerpos con ese gusto salino del mar que tanta falta le hace a nuestra ciudad.

Llegado el día, todo preparado. Nuestro punto de maniobra: el edificio viejo de ingeniería, un lugar mas bien aislado de la acción, y con rápido acceso a todas las salidas en caso de urgencia, muy bien protegido además, porque era allí desde donde se iba a dirigir toda la gesta. Lo extraño es que la celebración tuvo desde el comienzo visos más violentos y audaces que los esperados. La acción se desarrolló con la vehemencia y el vigor con que yo la había exagerado a Alcira, con uso de armas de fuego y todo eso, tan fuerte y tan provocadora que la reacción de la policía y del ejército se hizo extrema y pudimos ver (yo y otros compañeros, porque Alcira estaba en el baño de hombres del edificio haciendo de vigía y preparando un informe del avance de las fuerzas del estado) cuando el grupo estudiantil de retaguardia fue acorralado al frente, en el edificio de ciencias, vimos cuando un muchacho cayó herido de muerte por la espalda, cuando los policías golpearon con sus carabinas a la multitud que se agolpaba contra las puertas del edificio, cuando los vigilantes las cerraban y cuando caían más compañeros que luego fueron levantados y llevados por los mismos policías, vimos también cuando un grupo logró romper las ventanas y subió a la decanatura llevando al muchacho que había caído herido por la espalda y cuando anunciaron que se tomarían el edificio; y permanecemos, acosados más por el miedo que por otra cosa, hasta que la universidad fue desalojada, ya en la noche, con lacrimógenos, hora en que también nosotros pudimos salir de allí y volver a nuestras casas, seguros de que no volveríamos hasta después de un cierre bien prolongado.

Pero tres días después de que todo pasó, tras haber hecho las averiguaciones de rigor, de haber indagado en hospitales, en la morgue, en todas partes, me desperté con la imagen de Alcira encerrada en el baño del edificio viejo de ingeniería y corrí a donde un amigo que podía ayudarme a entrar a la universidad, ahora militarizada y evacuada totalmente, y entonces la encontraron, sola, la pobre, enclenque, muerta de frío y de hambre, después de tres días de auto-sometimiento absurdo, de heroísmo tajante, de miedo, puro y metafísico miedo, la encontraron allí (porque yo al fin no fui capaz de entrar), en el baño de hombres del edificio viejo de ingeniería, ese antro lleno de obscenidades y amoníaco demoníaco...

## CLAUDIA TRAICIONERA

A pesar de los vaticinios de lluvia, decidimos ir al concierto. Creo que ambos estábamos de acuerdo: era preferible salir y asumir las siempre terribles secuelas del invierno a tener que soportar la inamovilidad del encierro y el tedio de mirar ese cielo-raso carcomido, a punto de desplomarse. Claudia y yo lo sabíamos sin decirnos nada; el apartamento se había infestado con el olor de nuestros rencores y se había hecho ya inhabitable. Seguíamos unidos por una extraña comunión de acuerdos tácitos, aunque éstos ya no tuvieran el encanto de los primeros, los del amor adolescente; aquel lenguaje que rechazaba las palabras por innecesarias y que nos permitía el goce de reír por trivialidades, inventar locuras y soñar un mundo prohibido, atravesando los caminos del silencio, como única condición. Entonces, la carencia de palabras era un juego que nos obligaba a dar más de nuestro propio cuerpo. Ahora tampoco hablábamos, pero el juego se había convertido en pesadilla; nuestra vida discurría por el canal del único sobreentendido posible: fracaso absoluto de la relación, amor-que-perdió-todas-sus-salidas. Unos minutos antes, Alberto, el único ser en el mundo que aún creía en la posible redención de nuestro amor, había llamado para invitarnos al concierto de la filarmónica.

Conocíamos el programa de antemano y, aunque deseábamos ir, ninguno se había atrevido a partir sin el otro, enredados, como estábamos, en la maraña de la inercia. Después de la llamada resolvimos abandonar las horas aburridas del cuarto y salimos, dejando abiertas las ventanas, con la ilusión de que el viento desalojara, mientras tanto, las dolencias de su interior. Ella, a pesar de mi enfado, se vistió con el saco ecuatoriano, último fetiche de su irreparable libertad; yo colmé mis bolsillos con dientes de ajo sólo para acosarla. Recuerdo que en la calle, por un instante, creí reconocer la ingenuidad de los primeros días: Claudia caminaba adelante, con pasos cortos y rápidos, casi a saltitos, como una niña, y de vez en cuando desviaba su mirada hacia atrás para vigilarme. La dejé tomar distancia para evocar el olor de sus axilas y, con él, fluyó también la sensación del sudor que escurría por su cintura cada vez que hacíamos el amor en su alcoba, bajo el acecho de la madre obsesiva. Y el recuerdo de Ícaro, el azulejo que compramos en el mercado de las pulgas para que fuera testigo de nuestro amor, también aleteó en mis venas. Así, redimida por el gris metálico de la tarde lluviosa, me pareció, de pronto, ver a Claudia como era antes, y en algún túnel interior tembló esa parte de mí que tanto amó su cuerpo y sus palabras. Al llegar al paradero, mi sonrisa atropelló su rostro desprevenido. Ella respondió con un gesto sorprendentemente cargado de ternura; un gesto que borró casi al instante, avergonzada, seguro, por el desliz de su corazón.

Durante el intermedio, tuve ocasión de charlar con varios colegas que habían asistido al concierto. Alberto se mostró inquieto por mi prolongada ausencia a clases; luego me describió la grave situación y la tensa atmósfera vivida en la universidad por esos días. Creo que me habló de terrorismo, intervención militar y augurios de cierre, pero mi atención no se concentraba ya en sus palabras; se dirigía hacia la extraña transparencia del vidrio exterior al edificio de conciertos.

La lluvia había formado un velo de gotitas sobre el cristal y, a través de él, pude ver una Claudia distinta, hermosa, infinitamente más joven y lejana. El verde de sus ojos cortaba la bruma de la tarde. Quizás a su lado alguien hacía bromas, porque la vi reír sin agobio, y los “genial, genial” con que celebraba los aciertos de su acompañante, desmoronaban la ventana. Empecé a sentirme mal. Acepté el café que me ofrecieron en la barra de la dulcería con la esperanza de mitigar así el frío y la angustia que anquilosaban mis manos. Recuerdo que me asaltó intempestivamente una convulsión involuntaria en mis labios (el tic de mis primeras adolescencias).

Abatido, tuve que separarme del grupo. Al retornar al auditorio, creí desfallecer; una grieta se abrió, como si el tablado hubiera cedido ante mis pisadas. No obstante, logré llegar hasta mi puesto y el tercer aviso me devolvió la calma: Claudia se acomodó en el mismo asiento, a mi lado, fin de los temores. Volví a concentrarme en la interpretación de La Inconclusa. Apenas el oboe inauguró el tema, tuve la impresión de hacerme liviano; una extraña sensación que me permitía contemplar la escena desde la bóveda de la sala sin moverme del asiento. Un estado indescriptible gracias al cual puede ver cuando Claudia despegó de su silla y cabalgó sobre la ola de un acorde, como en un columpio, contrariando la gravedad de su materia: una alucinación causada quizá por la terrible premonición de su ausencia.

Al evocar aquella tarde, me invade un infinito temor. Los intentos por determinar el momento exacto o la precisa dimensión de esa experiencia se hunden en la incertidumbre. Fue como si, por un segundo, lo hubiese olvidado todo: mi origen, mi nombre, mis problemas. Como si el sonido de los violoncelos hubiera atrapado

mi mente confundida (sí, recuerdo que fijé la atención en la fila de los instrumentos de cuerda y sentí por primera vez el sueño). Me acuerdo perfectamente que, poco antes, miré a Claudia y la sorprendí dormida.

Tuve que ahogar el comentario que deseaba hacerle. Quizá entonces, cuando apoyé de nuevo mi cuerpo sobre el espaldar del sillón, sentí el placer (o el deseo, cómo saberlo) de no estar allí. Pero tal vez fue después, cuando me acomodé bruscamente, aprovechando el final del movimiento, cuando dejé de pensar en los anteojos de Franz Schubert, decidido a provocar la atención de Claudia; un poco por vergüenza, pero también tentado a fastidiarla. Tal vez en ese momento, porque ella se movió pesada y me miró con rencor y entonces le escupí una sonrisa hipócrita que ella rechazó. O más tarde, en aquel instante en que las cuerdas del Adagio volvieron a ganar mi atención y pude congregarme de nuevo en el dramático diálogo de los instrumentos, que expresaba —con una correspondencia aterradora— lo que bullía en mi interior.

Sí, fue entonces: me acorraló la confusión y sentí cómo la campana del auditorio se derrumbó de pronto sobre mi cabeza y me encasilló en el asiento. Percibí un crujir en mis mandíbulas y tuve la impresión de saltar; un minuto, apenas, de maravillosa placidez, que atribuí al cansancio acumulado en la semana.

Aquella jornada culminó con el rompimiento definitivo de nuestra relación. Claudia no regresó jamás. Me dejó su ropa y hasta sus libros; la fotografía de Ícaro posado sobre su hombro, y el olor amargo de su recuerdo adherido a la pintura desecha por la humedad de ese cuarto inverosímil.

De nuevo, sobraron las palabras: al volver del baño, la busqué entre la multitud aglomerada a la salida de la sala de conciertos. La divisé por fin del brazo de su amigo. Intenté llegar a ella, pero fui incapaz de alcanzarla; llevaba en mi pecho la insoportable carga del horror: poco antes del final de la sinfonía, había bajado para ganar tiempo en el baño de hombres. Durante el descenso, tuve la impresión de estar viviendo un momento pasado y, al entrar al baño, vi un hombre que corrió al interior del orinal. No presté atención: traía demasiado apremio en mi cabeza. Al volver al tocador para lavar mis manos, vi de nuevo al hombre al otro lado del cristal y reconocí en la fascinación de sus ojos la indudable semejanza de su rostro.

Creo que ambos huimos del lugar hacia salidas diferentes, completamente horrorizados. Afuera, cuando quise correr o gritar, una insólita pasividad se adueñó de mi ánimo y me conformé con observar a Claudia, seguro ya de mi perdición: su espalda oscilante y su cuerpo cada vez más dócil al lado de la sombra de aquel misterioso estudiante, cuyo nombre nunca pude conocer, me enfrentaban a esa brutal certeza.

Desde entonces ya no pude ser el mismo. Abandoné por un tiempo mis cátedras y sólo regresé a la universidad para asistir a los conciertos, con la vana esperanza de encontrar allí una salida a mis angustias. ¿Cuántas veces he vuelto los sábados, intentando invocar, con la repetición, una fórmula mágica que me devuelva los instantes no vividos, los momentos anónimos que no quise asumir? ¿Cuántas veces he bajado al baño de hombres y he mirado el espejo del tocador, esperando que el gran viento vuelva a soplar ante mi rostro y me revele sus secretos? Pero nada sucede. Como si la marcha de mi destino se hubiera detenido desde aquella tarde y me tuviera vedado el ingreso a los misterios de mi alma, a esa caverna desconocida de mi ser que ¡cobarde!— rehusé explorar.

## **GABRIELLA INFINITA**

Mujer embarazada, 22 años. He tenido que escribir toda una memoria de mi propia educación sentimental (definitivamente marcada por la presencia de las mujeres en mi vida) para poder llegar a este personaje y a esta imagen: una mujer entra a una habitación.

Ha llegado hasta allí para recoger las cosas que su amante ha abandonado. Apenas, unos días antes, —a la par con el recrudescimiento de la guerra en la ciudad— y tras una larga pesquisa, Gabriella Ángel (es su nombre) se ha enterado del paradero actual de Federico (su amante). Los últimos seis meses han sido para ella tiempo de angustia y desconcierto: espera un hijo y su estado no sólo le impide moverse con ligereza, sino que le ha deformado el sentido de realidad. Ha padecido la ausencia prolongada e inexplicable de su amante y esa marginalidad con que la sociedad suele desentenderse de una mujer abandonada. Además, unos instantes antes de su arribo, ha tenido que recorrer una ciudad semidestruida, una ciudad que nada tiene que ver con esas imágenes de su vida anterior. En síntesis, su vida personal, como la de la ciudad ahora, como debió ser la de Federico en estos días (por lo que puede deducirse ante el terrible desorden de su habitación) es un caos. En su labor de mudanza, va develando el enigma de la ausencia de Federico. Cuando al fin descubre lo que ha sucedido, queda atrapada en el hospedaje, reducida a un estrecho espacio. Después de un par de días, acosada

por el hambre, la desesperación y la locura, es descubierta finalmente por el grupo de personajes del edificio adyacente al hospedaje, que también, y casi simultáneamente, han quedado atrapados.

## ATRAPADOS, NUEVE

Poco a poco, desde la semioscuridad, vamos percibiendo la imagen de una mujer embarazada que, sentada en el rellano que forma el quiebre de las escaleras donde se encuentra, juguetea con el vientre hinchado y desnudo. Los flecos de su cabello le ocultan el rostro. Se oyen insistentes golpes del otro costado. Ella no se inmuta. No para de jugar estúpidamente con sus manos. Percibimos más detalles: está descalza, casi desnuda, tiene una rodilla maltrecha y su piel también está marcada por las mismas ronchas rojas que hemos visto antes en los sobrevivientes. Un blow up, permite ver ahora el vientre señalado por estrías, también observamos los movimientos del niño y el recorrido de los dedos de la mujer. Los golpes se hacen cada vez más intensos. Un rayo de luz penetra de pronto en el recinto alumbrando el rostro de la mujer. Vemos el polvo que salta a espasmos, al tiempo con los golpes que marchan en forma rítmica. Tras un tiempo en que no cambia la situación, vemos cómo se abre poco a poco un agujero en la puerta del cuarto de las escaleras donde estamos.

Saltan piedras y otros fragmentos y el ambiente, por un momento, queda anegado en medio de una espesa cortina de polvo. Se oyen ruidos, alguien escarba por entre los residuos. La cortina se abre y entonces vemos una cabeza que atraviesa el agujero, en seguida el cuerpo de un hombre y, tras él, otra cabeza asomándose por el estrecho hueco. El primer hombre se sacude, mientras un tercer hombre brota con dificultad desde el otro lado. Ahora los reconocemos: Darío, Fabio y Mario quienes han traspasado la pared. En los tres rostros — ahora en primerísimo plano— se expresa el desconcierto.

### ***Darío a Fabio***

¿Qué por qué escribo tanto, me preguntas, aún en estas condiciones? Mira, Fabio: escribo, porque es una audacia, porque lo irracional y lo involuntario tienen allí cabida, pese a cierta naturaleza mecánica del acto. Escribir, para mí, es sobre todo explorar: es siempre empezar de cero y continuar, aprender a avanzar, a veces a tientas, como ahora, a veces con desesperación. Pero, si se hace bien, la escritura explota, de pronto, en una revelación de sí mismo. No creas que mi intención es el puro registro de estos hechos que hoy nos envuelven, eso sería una tontería, aún si estuviera seguro de salir con vida de aquí. Lo hago, porque así mi fuerza interior se mantiene intacta, de otra manera, quizás ya habría capitulado. No te preocupes, simplemente he descubierto desde hace tiempo que la escritura y la realidad tienen un nexo muy estrecho; si no escribiera, creo que no podría soportar la realidad de la guerra; es eso, simplemente, lo que me lleva a escribir: la necesidad de mantener mi mente en estado de alerta, para no sucumbir, para no caer...

El fluido eléctrico se restableció después de algunos minutos. Las fulguraciones ya no producían ningún sonido, lo cual sugería que los bombardeos se habían alejado aún más todavía del centro de la ciudad, como si los agresores estuvieran ahora experimentando alguna táctica distinta: el desconcierto total o el agotamiento de la resistencia, quién sabe; tal vez se trataba de la preparación del final.

Gabriella encendió la luz del sala y se dirigió hacia el viejo computador. Tenía la intención de encenderlo para examinar sus contenidos, pero entonces se tropezó con la pila de videos. Eran varias casetes, marcadas con nombres extraños: Golden gate; Este verano, la libertad; El gran contacto. Decidió mirar uno que le llamó la atención: DOMINOES. Lo recogió y lo introdujo en la casetera que se encontraba al lado.

En la pantalla del televisor, una primera imagen muda se fue abriendo paso desde la opacidad: un niño jugaba en el jardín de su casa. En su rostro se reflejaba la ingenua alegría de quien no ha conocido aún la infelicidad. Poco a poco, el sonido ambiente se fue consolidando: desde un leve ronroneo fue creciendo hasta que se escuchó por fin, con toda claridad, un ruido de bombas (que, por su realismo, alcanzó a confundir a Gabriella). Finalmente, la imagen se difuminó, mientras empezaba a sonar una canción: The trill is gone de B. B. King. Las siguientes imágenes mostraban la rebelión del barrio Watts de los Ángeles, en agosto de 1965. Entonces, superpuesta a la grabación original, ¡retumbó la voz de Federico! Y las imágenes se llenaron de sentido, un sentido que ahora también él imponía desde su ausencia.

## DOMINOES MASTER

Dominó, el juego que simboliza la manera como se movieron las fuerzas sociales en la década de los sesenta.

Once jugadas, suficientes para agotar el juego: de un lado, las de la contracultura, de otro, las del estado opresor.

«La primera jugada: el derrumbe del sueño americano...». La voz de Federico se oía con tanta claridad y en un tono tan dramático que Gabriella se atemorizó. En seguida, y durante los treinta y cinco minutos que duró la grabación, Gabriella escuchó todas las reflexiones que Federico había reunido en torno a los años sesenta. Las imágenes de documentales tan famosos como Monterrey Pop, The Black Panthers, El pueblo se levanta, Vietnam Experience, Odisea Acuario, se entrelazaban para producir una narrativa visual sorprendente, mientras en el ambiente sonoro fluían, unos tras otros, temas musicales de la época: hard it trough the grapvine de Marvin Gaye, gimme shkelter de los Rolling Stones, wild thing de Jimy Hendrix, summertime de Janis Joplin, freedom de Richie Havenns. Los comentarios de Federico complementaban las imágenes y las canciones con la reflexión. La combinación de las tres narrativas, producía el efecto de una perfecta crónica de los años sesenta. Gabriela vio pasar las imágenes de las primeras revueltas raciales y estudiantiles en los Estados Unidos, los rostros de los líderes de la Panteras Negras, los signos y contraseñas de la juventud de entonces, a un Jimy Hendrix extático, montado sobre su guitarra eléctrica, los hippies en sus comunas, el fenómeno del consumo de droga en todas sus manifestaciones, las amargas experiencias de los soldados norteamericanos en Vietnam, la extensión de las protestas en el mundo, el mayo parisino, la marcha sobre el pentágono, las idílicas imágenes de Woodstock y finalmente las denuncias de una represión generalizada:

«El trino ha muerto, el sueño americano se derrumba —anunció la voz pausada de Federico y continuó—: habían pasado muchas cosas; en 1960 los estudiantes negros de Greensboro, Carolina del Norte, ocuparon las aulas para protestar contra la segregación; siguieron manifestaciones en otros lugares del Sur, y los estudiantes blancos de izquierdas organizaron el movimiento SDS: Estudiantes para una Sociedad Democrática. La SDS, a partir de 1962 y con la declaración de Port Huron tomó el relevo de la New Left, aglutinando a su alrededor un conjunto cada vez más heterogéneo que sólo poseía unidad en su objetivo: el rechazo al American Way Life. En 1963 son expulsados de Harvard los profesores de Psicología Timothy Leary y Richard Alpert por realizar experiencias con LSD; comienza el movimiento psicodélico, elemento decisivo en la formación de la contracultura. Es el año del asesinato de Kenedy, primera gran fisura de la fachada americana ante la opinión mundial. En 1964, el primer enfrentamiento grave en la universidad: en Berkeley, estalla el Free Speech Movement dirigido por Mario Savio».

«Todo se ve ahora de otro color —continuó la voz de Federico, tras una corta interrupción en la que ocurrió un cambio en las imágenes del vídeo—, el negativo de la imágenes se impone, hay que acomodar los anteojos para ver toda la realidad. En 1965 asesinan al dirigente radical negro Malcon X: se mueven las primeras fichas del dominó. Las protestas se extienden al sur (Selma y Montgomery) y sobre Washington D.C., la represión no se deja esperar».

«Segunda jugada —anunció ahora lo voz, cuando en el vídeo aparecieron otras imágenes, acompañadas por una nueva melodía—: heard it through the grapevine. La revolución es la solución. Marvin Gaye nos recuerda con su canción que la presencia marginal negra en los Estados Unidos está viva: sólo se necesita una copa de vino para sentirla; la música, los deportes y la cultura en general están impregnados por ella. Pero esta rica presencia no se compadece con la situación social de los negros. A la sombra del desaparecido Malcon X, surge una necesidad de llevar la libertad ganada en el papel a manifestaciones más concretas. Por eso las imágenes muestran la simultaneidad de esa presencia cultural y de la miseria concomitante en los ghetos negros. ¿Quién se está quedando con el dinero? Emerge el movimiento de las Panteras Negras, el famoso Black Panthers Party, brazo armado del movimiento político negro, fundado en 1966 por Huey P. Newton, Bobby Seale y Bobby Hutton. Revolution is the only solution. Revolución no sólo es conciencia, es sobre todo acción. Las posiciones se radicalizan, el movimiento negro quiere ahora el poder, arma un ejército clandestino, se mete en el juego, recluta, realiza campañas de concientización, combina estrategias políticas y militares; se invoca las tres emes (Mao, Marcuse, Marx). Del otro lado, la represión blanca también juega, se hace extrema: a las marchas de protesta, a los congresos y reuniones de la Panteras Negras, responde con

fuego y con cárcel. Pero algo sucede en este solaz caprichoso: la conducta negra encuentra eco en otras minorías; primero el apoyo de los latinos y otros grupos étnicos segregados; después de los estudiantes, los intelectuales, los artistas. La conciencia se expande: pese a todo, ahora es posible imaginar la libertad (¿Será por eso que se propone con tanta ingenuidad una candidatura negra a la presidencia?)».

A la par de las imágenes ambientadas por una canción de los Rolling Stones, la voz de Federico afirmó: «Tercera jugada: gimme shelter. Bajo el signo de la juventud. Se muestran ahora los símbolos de la juventud de los sesenta: el cuerpo bello, las motocicletas comecaminos, la ropa atrevida, los conciertos de música, el baile del Twist, el sexo libre, la droga, los modales insolentes.

¿Signo o mito? ¿Nuevo poder? ¿Clase social emergente? ¿Contracultura? Nunca antes lo “juvenil” había alcanzado un protagonismo tan alto; la famosa consigna: “hay que desconfiar de los mayores de treinta años” estaba invocando la necesidad de hacer tabula rasa para emprender un camino distinto; los jóvenes creían tener carta blanca porque hacían responsables a los viejos de los males del mundo; la juventud era inmune de culpa. Indudablemente en la década de los sesenta la juventud imprime progresivamente su estilo de vida sobre el resto de los sectores sociales, hasta convertirse en un colectivo paradigmático que incluso supera por momentos a otros patrones revolucionarios. Sin embargo, esta euforia ya tiene en sí misma un germen de destrucción: la incidencia real de la juventud, sus posibilidades de transformación del mundo, no dependen de su intrínseca capacidad de contestación y contracultura. Cuán calamitosamente se demostraría que su pervivencia como fuerza de vanguardia dependía del grado de susceptibilidad al aburguesamiento. De cualquier manera, la juventud se jugó como una ficha: como carta electoral en algunos casos, como chivo expiatorio en otros, como síntoma de una patología social o, finalmente, como una nueva estrategia de consumo»

«Cuarta jugada: wild thing. El rock nos une ¿are you experience? Ahí está el negro, con su guitarra, con su pinta estrafalaria, con su gestos provocadores, sensuales, extáticos, ahí está Jimi Hendrix invocando la cosa salvaje. Con el éxito mundial del rock and roll, se puso en evidencia un fenómeno sociológico sin precedentes: jóvenes de países tan distantes como Alemania y Japón se sentían más unidos entre sí, con más cosas comunes; se había alcanzado una especie de idioma universal que, aún sin palabras y sin contenido inteligible, comunicaba ese algo que todos los jóvenes querían oír.

Danzas rítmicas, como el rock, pueden llegar a convertirse en una especie de refugio, en una expresión de necesidades profundas que sólo pueden realizarse a través de una vuelta a los ritos iniciáticos, ritos que mediante la música y la danza, permiten que el ser humano entero participe y eso, participación, era lo que exigía la juventud. El negro está en el suelo, ahora se acerca a la pared, mantiene la guitarra a la altura de su pene, es un pene, masturba su pene. Esta utilización de formas sonoras con fines de acción psicológica y mágica parece ser una de las funciones fundamentales de la música, tal vez incluso su función original, que por eso tiende siempre a reaparecer en todo momento, como sucedió con el rock, cuyas estructuras rítmicas, melódicas y modales y las formas de movimiento de danza que le corresponden— facilitan ese reencuentro. Ahora el negro se despoja de su guitarra, la cabalga, la estruja. Las danzas de grupo que conducen a estados de éxtasis implican un alto grado de participación, por lo que sus sentidos no pueden ser captados más que por aquellos a quienes se invita a participar en los ritos. La música, los cantos y la danza del rock alcanzaron este poder de convocación, porque llenaban un vacío en la deteriorada estructura espiritual del hombre moderno; de ahí que los jóvenes en su conciencia marginal se hayan sentido atraídos a llenar esa carencia, agrupándose en hermandades, despreciando la vida urbana y los lujos. Claro que también sobrevendría la trivialización: el concierto pierde con el tiempo esa connotación mística en favor de la dimensión comercial y técnica, la música y la danza pierden su poder original. El rock por momentos parece morir a manos del explotador»

«Quinta jugada: white bird. Una nueva religión: el hipismo. En 1967, el movimiento hippy aflora en todo su esplendor, se riega como pólvora. Todo comenzó como el vagabundeo lúdico de un grupo de amigos desarrapados, autoconvencidos de su genialidad y que dejaron algunos poemas y novelas que sin duda perdurarán en la historia literaria. Sus nombres: Jack Keruack, Gregory Corso, Charles Olson, Allen Ginsberg, Lawrence Ferlingueti, la generación beat que había nacido a la sombra de William Borroughs y que recogía cierta tradición anarquista y se proclamaba como heredera de la generación perdida; deambulaban por los barrios bohemios de San Francisco o Nueva York y emprendían largos recorridos por los polvorientos caminos americanos. De pronto, aquello se desencadenó: al promediar la década de los sesenta, millones de

jóvenes en todo el mundo vivían la aventura: descubrían su propio cuerpo, abominaban el mundo gris de sus padres, iniciaban incursiones hacia la naturaleza y hacia la vida espiritual, alteraban los hábitos y las costumbres. En las imágenes del vídeo se observa la vida en las comunas, la psicodelia, el eros libre, la nueva percepción, el juego, el retorno a lo auténtico (y no podían faltar las escenas de la calle Hight Ashbury o el parque Golden Gate, en San Francisco, los nuevos centros sagrados, entremezcladas con las ya míticas escenas de la gran ópera rock «Hair»). La ética Hippie respondía con la lentitud, la despreocupación, el refugio en la intrascendencia del momento, la divagación y el desprecio por los bienes terrenales a las exigencias de la meritocracia. La actitud era inequívoca: querían apartarse de la sociedad que los había visto nacer, querían dejar atrás la tradición y la cultura; veían la sociedad moderna como un fracaso espiritual, así que protestaron contra todo aquello y se lanzaron a vivir de otra manera. Ahí están esos nuevos vagabundos urbanos, desarrapados y sucios, con una mirada brillante y suave en sus rostros, con su calma distintiva y su gentileza. La jugada hippie, sin embargo, tiene su respuesta: para los económicamente postergados —que no tienen nada y por esta razón desean los bienes materiales que los jóvenes desprecian— aquellos adolescentes resultan niños mimados y arrogantes; la amplia clase media se siente provocada y escarnecida: el trabajo duro es su necesidad, su norma ética, se identifica con su trabajo y por su trabajo. Si existiera la más remota posibilidad de que los hippies tuviesen razón, entonces resultaría que ellos, los hombres medios de todos los países, patriotas, trabajadores, a quienes se les ha impuesto un precio, habrían sido estúpidos. Así que bastaría esperar un poco. Mientras tanto la policía reprime los be-in»

«Sexta jugada: here comes a cup. El fenómeno droga. Ahí viene el elixir. La expansión del uso de las drogas fue una de las fichas claves de la contracultura. Las imágenes del vídeo muestran escenas típicas del consumo de drogas: la reunión de grupos, los ritos y las liturgias que se movieron alrededor, pero también su comercio y su uso inescrupuloso. En los años sesenta, la droga dejó de ser un fenómeno elitista y pasó a ser un santo y seña de la juventud que había comprendido, quizás de la mano del profeta Timothy Leary, que la clave de todo estaba en abrir las puertas de la percepción.

El uso extenso del LSD y la marihuana como medios para alcanzar experiencias inéditas de conocimiento e inspiración, constituyó la llamada cultura psicodélica, que convocaba alrededor de la experiencia de la droga, un modo para romper con las certezas de un mundo que ya no podía satisfacer a sus habitantes, un instrumento para recuperar otros modos de pensar-vivir el mundo: experiencias inéditas y alternativas al conocimiento que permitían llenar ese vacío espiritual tan dramáticamente reconocido en la década. El fenómeno droga fue una jugada audaz, pero, por eso, peligrosa. No sólo produjo la reacción reprimente (A Leary lo encarcelaron, la penalización se endureció, etc.), sino que su extensión produjo también su trivialización: su uso indiscriminado y desorientado, por un lado, y su comercialización criminal por otro. En un principio, mientras se mantuvo su carácter místico, la droga careció de intercambio y comercio organizados; pero una vez que se extendió y perdió su significación original, el hampa organizada se apoderó del nuevo mercado e inundó con droga dura las comunidades hippies. Más tarde, los comerciantes descubrieron y explotaron otros filones lucrativos de la contracultura. Fue el comienzo del fin»

«Séptima jugada: incident at neshabur. Morir en Vietnam. La guerra está en la casa. Las imágenes muestran ahora el proceso de la guerra desde la perspectiva del hombre común que participa en ella como soldado y sobre todo como ficha del juego: el reclutamiento, la inducción militar y moral, el embarque, la llegada a ese lugar exótico, cuyo nombre apenas sabe pronunciar: Vietnam, la ingenua fe en la misión del deber que poco a poco se va minando; la presencia y participación en la barbarie, con toda su iconología: las masacres de campesinos, el Napalm y todas las otras armas diabólicas... En 1962, el presidente John F. Kennedy había enviado 15000 “consejeros militares” a un pequeño país del sudeste asiático. Había allí una guerra civil y un movimiento guerrillero comunista que los Estados Unidos querían aplastar. En 1967, el número de soldados se había elevado a medio millón. ¿Por qué tenían que morir aquellos jóvenes en los arrozales de Mekong? Eso que comenzó como una simple estrategia militar se convirtió en un verdadero infierno, no sólo para el estado norteamericano que veía cómo su paranoica inversión no daba los frutos esperados, sino para los mismos norteamericanos comunes que veían morir a sus jóvenes hijos sin sentido (un sin sentido que revelaba de paso el carácter de su sociedad: su intrínseca necesidad de expansión y agresión y la brutalidad de la lucha por el terreno en el campo internacional). Y ahí está el muchacho sorprendido por una guerra que no es suya, incomprensible y sobretodo absurda; ahí está, obligado a matar y a defenderse por unas ideas que en el campo de batalla no le dicen nada. Y ahí está el retorno: para algunos, significa simplemente el cambio de sede del

infierno (por eso hay quienes vuelven a Vietnam), para otros, vivir con el horror agazapado en los sueños o en una esquina, presto a saltar en cualquier momento. Algunos harán el retorno en ataúdes y marcarán el fracaso en sus familias. Otros se quedarán, pasarán al bando enemigo, donde encontrarán, en la cultura oriental, una salida a sus necesidades. Ninguno podrá ya ser el mismo»

«Octava jugada: summertime». Claro: lo que había estado anunciando Federico eran los nombres de las canciones, ahora Gabriella empezaba a entenderlo, quizás su trabajo era la investigación de estas manifestaciones contraculturales, pero ¿para qué? «Los ejércitos de la noche —continuó la voz de Federico que ahora sonaba más lejana—. Irrumpe la voz maravillosa de Janis Joplin anunciando nuevos tiempos. Las imágenes muestran escenas de la marcha contra el Pentágono, ese ejército de la noche que se ha aglomerado para anunciar al mundo su resistencia contra la guerra. Por las calles de Washington avanzan, como un pueblo nómada, grupos de veteranos, jóvenes de pelo corto, tímidos profesores, mujeres de edad con zapatos para andar, pero también guitarristas, hippies con las caras pintadas, agitando palos de escoba coronados con cajas decoradas con dibujos de colores y fotografías de Joan, de Bobby y de Allen, sacerdotes, brujos, shamanes, miembros de diversas organizaciones con estandartes y pancartas, todos los que, de algún modo, viven al margen de la sociedad se han volcado, han salido de sus sacos de dormir para tomar parte en la gran marcha. En la escalinata del monumento a Lincoln se turnan los oradores y el espíritu del ejército de la noche respira a gusto. En medio de la oscuridad y del frío, las calles se iluminan con las velas que la multitud ha encendido y que hacen aún más negras y grandes las paredes del Pentágono. Es el fin de una era, así se siente, como el comienzo de un tiempo de verano, Dios estaba de su parte. Ahora, la tropa interfiere, se presentan incidentes, la gente resiste, está dispuesta a morir, se siente ese olor picante de los lacrimógenos, llegan de todos lados golpes de las porras, corre la sangre. Hacia la media noche, se disuelve la marcha. Pero el mundo ya lo sabe, de aquí en adelante nada será lo mismo, se ha dado el primer paso. Además, hay algo que no todos conocen: sucedió a las tres de la mañana: el Pentágono levitó, no 300 pies, como se dijo, sino diez»

«Novena jugada: dark star ¡Esto está sucediendo en todas partes! Crece la protesta. En 1968 es asesinado Martin Luther King, la policía en Chicago apalea a los hippies que organizaban una convención bufa para designar como candidato a la presidencia a un cerdo. En 1969 nace el Movimiento de Liberación de la Mujer. Son asesinados o desterrados los fundadores del Black Panthers. Un sacerdote católico, Federico Berrigan, ocupa con otros una sede de reclutamiento y quema miles de tarjetas militares, destinadas a Vietnam. Es el turno para los estudiantes en todo el mundo: el movimiento 22 de marzo en París, disturbios en Berlín, la Zengakuren y el movimiento Zokio en Japón, la masacre de Tlatelolco en México, los incidentes aquí en Bogotá y en Bucaramanga. Surgen las figuras: Federico Cohn Bendit en Nanterre, Rudy Dutsche en Alemania, Vittorio Riesser en Italia. Se levantan barricadas, explota la ira y la cólera contenidas, la imaginación produce las más bellas consignas, se recurre a nuevos símbolos: Cuba, el Che Guevara. Es el llamado a resistir, a parar el mundo, que ahora se respira globalmente»

«Décima jugada: going up to the country, freedom. En este verano, la libertad. En el verano de 1969, unos 300.000 hippies asisten al festival musical de Woodstock. Se marca un hito en la demostración de identidad de la contracultura. Para la juventud fueron tres días de amor, paz y música (“Las carreteras quedaron bloqueadas en un radio de cien kilómetros —narra un periodista—, las gasolineras vacías, las letrinas portátiles hasta el tope, malolientes. Se declaró estado de emergencia. Pese a la lluvia y al barro, la falta de provisiones y el hacinamiento, no hubo ninguna violencia, ningún ser humano había causado mal a otro. Los jóvenes han demostrado que desean verdaderamente la paz y la experiencia comunal”); para las autoridades, en cambio, fueron tres días de estiércol, droga y música. Lo cierto es que fue el desacato más grande de la juventud a las autoridades civiles, militares, clericales y familiares... y todo, a la larga, resultó bien: hubo comida, marihuana, ácido (en realidad sólo hubo dos muertos: una chica murió atropellada por un tractor mientras dormía en su saco y otra se quedó en una sobredosis). La juventud tuvo el mundo en sus manos: 300.000 personas pensando deseando y haciendo lo mismo. El aire vibró día y noche y un sonido intenso impregnó todo el ambiente. Sobre la hierba seca fluyeron miles de jóvenes. Ahí estaba la voz cósmica de Janis Joplin, el nostálgico y preciosista blues de “Ten years after”, el rock latino de Carlos Santana, la melodía de “Crosby, Still, Nash & Young”, la depresión eléctrica de Jimi Hendrix, la comicidad de “Sha Na Na”, el brillante Soul de “Sly and family Stone”, la protesta desgarrada de Joan Báez, el mejor rocanrol de “Joe Coker y sus perros rabiosos”, la parodia exultante de Richie Havens... Pero Woodstock fue también una premonición de la actitud que vendría después: escepticismo en lo político y social. Tras de la gran confluencia vino la dispersión y el hastío. Con Woodstock, una luz brilló sobre el mundo, pero cuando se

abrió la puerta, el temor, el hábito, la inercia y la duda se interpusieron para dejarla apenas entornada... entonces vino la última jugada. (¿No fue Woodstock al fin y al cabo un contentillo, el último deseo, concedido —por anticipación— al condenado?)»

«Undécima jugada: find the cost of the freedom. Fin de la utopía. El sistema, consciente del peligro potencial que entrañaban las extensas manifestaciones de la Contracultura, desplegó entonces una efectiva campaña de exterminio, atacando a cada oponente con una estrategia distinta: a los activistas más politizados les aplicó la fuerza de las armas, a los hippies inofensivos los destruyó con la diseminación de drogas duras y los marginó en comunas rurales inocuas. Se destruyó todo intento de pasar de las ideas a los actos. De la praxis social y vital de la contracultura queda poca cosa: el rock se ha industrializado, perdiendo su potencial de catarsis shamánica; las drogas psicodélicas se han adulterado para destruir a sus usuarios; las comunas, lejos de arraigar y de ofrecer una verdadera alternativa, se han postergado a enclaves bucólicos; las filosofías orientales se trivializaron en los harekrishnas y los horóscopos. El Big Brother policial y el Moloch comercial se unieron para neutralizar el underground. Sólo en el nivel ideológico ha quedado una herencia utilizable, esperando nuevas condiciones de florecimiento: los ideales de renuncia a la sociedad de consumo, la protesta contra el autoritarismo y la burocratización, las propuestas de vida comunitaria, la liberación erótica. La filosofía oriental sigue siendo una reserva cultural para las sinsalidas del racionalismo, las drogas psicodélicas siguen siendo imprescindibles para refutar el dogma de la immaculada percepción. Quizás se ha perdido la dimensión utópica en el sentido de que —tras el fracaso de mayo del 68 y de la destrucción de la contracultura— ya no es posible hablar de revolución social sino, más bien, de resistencia individual. O tal vez haya que inventar otro juego».

## **ATRAPADOS, DIEZ**

La escena se abre y observamos ahora dos camas, en una de ellas está Cristina, en la otra reconocemos a la mujer que han encontrado los tres hombres. Eduardo atraviesa el salón, brincando y dando gritos. Todos se reúnen en una esquina, ansiosos de saber qué ha hecho que Eduardo, siempre tan retraído, esté ahora tan alegre. “Algo serio debe haberle pasado a este marica”, le dice Francisco en el oído a Oscar, quien le suelta una mirada de odio y arrastra a Liliana hasta donde los demás. Eduardo comunica su hallazgo: en el salón de al lado, una puerta camuflada en el piso que puede conducir al piso inferior. Fabio interroga a Eduardo y él da más detalles del descubrimiento: hay unas escaleras y todo parece indicar que pueden iniciar una exploración sin demasiados riesgos hasta el edificio adyacente. En general hay alborozo. Incluso en el rostro de Francisco. Los tres hombres de vanguardia se reúnen sobre el escritorio y empiezan a planear las acciones.

Diana se retira buscando algo. Está dichosa, recorre el salón pero no logra dar con lo que busca. Entonces se dirige al cuarto de baño. Abre la puerta y encuentra a indiana, de rodillas, contra el tazón: se masturba. El rostro de Diana cambia en segundos de la felicidad al asco, al desconcierto, a las lágrimas...

### ***Indiana a Fabio***

Mi vida en la calle —que comenzó desde los nueve años, cuando me escapé de casa para evitar las palizas de mi padrastro... para evitar los abusos de mis hermanos mayores... para— me ha enseñado que a veces hay que exponer el ángel y a veces el demonio. Claro que he matado, pero mejor decir que he tenido que matar, para eso, para sobrevivir en la dura calle, en el espacio abierto y siniestro de la ciudad y de la noche, claro que sí; pero también he llorado, como aquella vez que una mujer me preguntó mi nombre y supe que había recontrado a mi madre, pero también que ya nada podía unirnos, o como aquella otra en que me enamoré por primera vez, porque nosotros también ¿qué cree? También amamos. El bazuco, claro, es un doble alimento: físico, porque de verdad quita el hambre, y el espiritual, porque apacigua el miedo y las angustias. Las armas, un ladrillo, una punta o un puñal, pero más que todo las ganas de vivir, así sea en este mierdero que nos tocó. El hogar, ya le dije, la calle, no todas, claro, las que corresponden al sector donde nos reunimos los del grupo, para dormir y camellar, aunque en realidad la ciudad toda es nuestra, de todos. La policía no hace sino jodernos y utilizarnos, pero a veces también nos caen, eso sí. La familia son los amigos y los hijos de los amigos que también están condenados a ser miserables como nosotros; es por eso que me divierte tanto que ustedes se asusten con esto de la guerra, para mí es como un juego, o, mejor, como si el juego se hubiera extendido y ahora les tocara a todos jugarlo. Es raro verlos a ustedes, tratando de buscar una salida, muy raro, pero les voy a ayudar. Seguro que lo voy a hacer.

No había nadie en la calle. Un silencio aterrador se extendió de pronto por toda la ciudad. A lo lejos, contra los cerros, Gabriella alcanzaba a distinguir algunos fogonazos débiles y mudos que más bien parecían fuegos artificiales. Quizás los ataques habían cesado por hoy. Pensar que tan sólo seis meses antes, la ciudad no conocía la incertidumbre de una guerra tan sucia como ésta en la que ahora estaban todos embarcados. Había estallado de pronto, sin ningún aviso, sin la posibilidad de comprender su origen o su justificación. Al comienzo fueron simples ataques terroristas, pero pronto se extendieron con la intensidad de la barbarie. Nadie sabía a ciencia cierta de dónde provenían, o cómo habían llegado a intensificarse de esa manera. Lo cierto es que, poco a poco, los habitantes de la ciudad tuvieron que aprender a convivir en medio del fuego. En realidad, las actividades nunca habían parado del todo, pero la situación se había ido complicando, prácticamente hasta la asfixia. Hoy, ya no había ninguna certeza: el orden había sido destruido.

Las casetes de audio estaban en mal estado; algunas, incluso, lucían inservibles, otras sin sus cajas o sin ninguna identificación. Así que Gabriella tomó una, marcada con la palabra «Lucas» y la introdujo en la grabadora. Al principio sonó un fragmento de música clásica y, luego, la voz de Federico (ahogada por la interferencia de sonidos callejeros) anunció una entrevista.

## GUILLERMO

Mire, explicar por qué San Francisco es muy complejo. Lucas viajó a California y eso vale como si cada uno de nosotros lo hubiese hecho. Había como una especie de necesidad, quizás el deseo de conocer, de darle realidad, de estar cerca de quienes habían difundido unas ideas que anidaban en el pecho de mucha gente desde antes. Es algo extraño: esas ideas proponían formas diferentes de conocer y de vivir el mundo: no a la técnica, no a la guerra, no a la familia, no a la ciencia, y sin embargo lo que hizo Lucas a la larga fue como una comprobación científica: un contacto entre lo dicho y lo hecho.

Pero su pregunta va más bien por otro lado: por qué en plenos sesenta, en plena revolución cubana, una marcha hacia los Estados Unidos. Eso es aún más difícil de explicar. Claro, pasado el tiempo, la idea de que los hippies y el rock no son más que facetas de la denominación yanqui, tiende a prevalecer. Ya se sabe cómo terminó todo; pero no era así, aunque ahora lo parezca. Sabíamos que la gente de San Francisco había tenido el privilegio de haber sido, no los primeros emisores de las ideas nuevas, sino los primeros emisores escuchados. Habían hecho el contacto: Berkeley, el budismo zen que tanto nos enseñó, los vagabundos del dharma, la juventud en general y la música, también la música.

Fue como el epicentro de la gran erupción, como la primera espinilla en la superficie adolescente del planeta. A finales de los sesenta, el rostro de la tierra, como el de cualquier joven de quince años, estaba cubierto de acné y eso era un orgullo, pero desde San Francisco seguía saliendo el pus que había que expulsar: un barro bobo, si me entiende. Uno puede darles muchas explicaciones, yo prefiero pensar que hubo una especie de privilegio y por eso había que respetar la situación: respetar a San Francisco como el primer centro de contracultura. Fue además una cuestión práctica: si en medio de la muchedumbre ruidosa alguien se hace notar y a ella vuelven los ojos los demás, nada mejor que acercarse a esa persona, y si además lo que dice y sigue diciendo es importante, por qué no acercarse a ella, por qué no hablar y escuchar desde ahí.

Pero Además había otra cosa: la posición geográfica de San Francisco. El centro político de los Estados Unidos estaba al otro extremo, la gente a la que le interesaba escuchar lo que se decía estaba aún más lejos: al otro lado del charco o al sur del río bravo, así que la idea de la peregrinación resultaba natural; además los vagabundos habían enseñado, años antes, que había distintos centros: la India, la China, Jamaica, Katmandú, Machupichu. Los de San Francisco habían salido, y ahora volvían, ricos en enseñanza. Lucas, como tantos otros aquí, tenía que abandonar esta Bogotá retrógrada para volver. Algo así sucede con las religiones. No es que esto fuera una nueva religión, aunque había algo de eso.

Además, y esta es la única razón que puedo encontrar para entender que no se trataba de una cara más de la dominación imperialista, siendo en San Francisco un centro de tecnología y modo de producción modelo de la forma de vivir gringa, resultaba más que sintomático la rebeldía que empezaba a nacer allí: la gente que había intentado la vía “adecuada” de vivir, ahora renegaba de ella, ¿no significaba esto acaso que aún nosotros podíamos hacer algo? Esa era la idea, maestro: aún se podía hacer algo. Sólo que nada estaba claro, excepto eso mismo: ¿cómo debía ser ese algo? ¿Usted puede contestarlo ahora? Creo que tampoco.

Lucas viajó a San Francisco en una época en que ser hippie o vagabundo no pasaba de ser una extravagancia o una locura sin interés. El pelo largo o las ropas extrañas no se miraban con recelo, se veían como una expresión más, quizás demasiado singular, pero no como algo peligroso. Así que él partió y volvió en dos años. Lo que ganó en esos dos años sirvió para dedicar su vida entera a contar y a cantar, a narrar sus experiencias, a explicar, a la manera de los mamas, una nueva visión del mundo. El problema vino después, es como todo: nadie ahora va a emprender una campaña a favor del consumo de las vacas sagradas en la India, por más hambre que se tenga aquí o allá, por más absurdo o injusto que nos parezca, porque hay una razón de cultura, es la costumbre, por decirlo así. Pero si el asunto de la sacralización se impone de pronto en la ganadería colombiana entonces la cosa se pondría color de hormiga: protestas, miedo y todo eso. Algo así sucedió: al comienzo, indiferencia (más que respeto) por las singulares expresiones de unos cuantos jóvenes, pero cuando surgió la conciencia de la extensión del asunto (es algo muy curioso: esa conciencia de la extensión llegó por los mismos medios a ambos lados de la población: por un lado a los muchachos y la gente que necesitaba el cambio y por otro a quienes lo reprimían) entonces comenzaron a esgrimirse argumentos en defensa de la cultura: la moral se viene abajo, la religión está en peligro, la civilización puede morir, etc.

Pero el rostro ya había empezado a cambiar. Puede que Lucas y el grupo que intentó vivir la propuesta no haya sido más que una pequeña espinilla detrás de la oreja, puede incluso que nada significativo haya

quedado después de su extracción (aunque no lo creo: toda espinilla causa cicatriz), pero lo que sí le digo, amigo, es que cada vez nos parecemos más a la luna, no sé si me entiende: el acné ha transformado el rostro de la tierra, ya no se vive igual que antes de los cincuenta y para nosotros los latinos, para nosotros los colombianos, fue entrar en la onda moderna, fue nuestro contacto real con el mundo. Podíamos ser como todos, el asunto no estaba en seguir el modelo tecnológico, sino en un mismo destino de libertad. Ya llegará el día en que la faz de la tierra tenga su barba, por ahora muestra las cicatrices de su incipiente madurez.

## LUCAS

Pero claro: las cosas eran muy distintas de lo que son hoy. ¿Cuánto tiempo? Eso depende. Para mí, veinticinco años. Puede ser que en verdad el asunto lleve toda la vida funcionando. Toda la vida humana, a eso me refiero. Por los tiempos de la revuelta escuché un sinnúmero de historias que nos emparentaban con el rey Hiram (y a él con la reina Balkis y a ella con Caín, ¡imagínese!), lo que quiere decir que yo resultaba ser algo así como el primo lejano del hermano Malo o tal vez la reencarnación del burro que sirvió para eliminar el bueno de Abel, porque hasta la metempsicosis tuvo su sentido entonces. A través de estas historias nos sentíamos conectados, cuentos sobre el espíritu renovado del underground, y todo eso.

Al comienzo me resultaba extraño, francamente forzado, porque terminábamos o considerados como los miembros del bando de los malos o, a veces, del de los buenos, según la perspectiva con que miraras. Bueno, pero eso a usted no le interesa; le decía que la época fue especial. Es decir, tal vez un poco mejor porque entonces uno tenía veinte años y no cargaba responsabilidades; nos bañábamos en los ríos (todavía había ríos donde te podías bañar) y no teníamos hipotecas ni hijos ni nada que nos atase realmente. Si, podría verse así, aunque también existía su lado oscuro: los tiempos difíciles de la droga que te arrastraban hasta profundidades inimaginables, esos viajes demasiado prolongados con el ácido. Esa es la parte que se olvida quizá como mecanismo de defensa. Así que si me pregunta no le sabría contestar si fue mejor o no. Además eso de mejor o peor no creo que tenga ningún sentido, ¿entiende?. Siempre que uno recuerda, nos talgiza, empieza a empañar la visión de los hechos con los lloriqueos y las quejas de lo que fue y ya no puede ser, mutila uno sus recuerdos o los acomoda para que sólo se tenga memoria de lo bonito. Recuerdo que una vez en el colegio fui suspendido todo un día y tuve que llamar a mi madre. La vieja entonces era una mujer muy bella ¿sabe usted?, metió las patas siendo casi una niña y siempre vivió amargada por eso. Pero bueno, la vieja acudió al colegio para que no me echaran. Yo iba de su mano y ella me repetía a cada paso “tranquilo mijo, ya verá ese curita lo que tengo que decirle”.

Debió ser un choque terrible porque de ahí en adelante y hasta que salimos del colegio no recuerdo nada del incidente. Es como un hueco negro incrustado en mi memoria. Bueno, pero eso no habría tenido importancia; al fin y al cabo me castigaron como debía ser y yo me acostumbré, mi madre se acostumbró y hasta los curas se acostumbraron a mis malas notas en conducta. Lo sorprendente es que varios años después, cuando ya estaba en último grado entré al despacho de la prefectura (entonces el perfecto era otro) y algo me hizo reconocer todo lo que había en él con tal nitidez que incluso describí el crucifijo que adornaba las manijas interiores del escritorio para sorpresa y confusión del prefecto, los compañeros y la mía, que era en realidad no recordaba ni siquiera que había tenido que entrar alguna vez a la bendita oficina ésa. Le comente a mi madre lo sucedido, porque al curita le dio por pensar en mi posible vocación, en algún apostolado oculto tras mi máscara de maldad y yo no quería dejarme seducir. Mi madre simplemente se rió y me dijo “claro mijo, si usted estuvo en esa oficina recién entró al colegio”. Mierda, ahí sí que me sentí desdichado. No le dije nada a nadie y el asunto de mis poderes extraordinarios siguió regándose como pólvora, aunque muy dentro de mí conocía la farsa, sabía que gracias a la manía de los curas de no cambiar nada y a los oscuros mecanismos de papá Freud había alcanzado un prestigio del que no me quería desprender. Por fortuna era mi último año en el colegio, así que no tuve que sostener la caña por mucho tiempo. Sin embargo, algo en mí se modificó realmente, como si yo mismo me hubiera convencido de poseer algún tipo especial de poder. Le cuento esto amigo porque tiene mucho que ver con su pregunta. En realidad aquella época tenía ese mismo sabor a farsa, de búsqueda ya prefigurada. Todo el mundo buscaba cosas que en realidad ya había encontrado, como si las hubiera olvidado, como si un gran hueco negro se hubiera instalado en la cabeza de todos; y entonces cuando alguien decía haber encontrado la solución del dilema, cuando alguien lograba la salida de aquel laberinto, lo seguíamos hasta que nos dábamos cuenta del engaño y seguíamos buscando. Era eso: el presentimiento de un recuerdo recóndito, no sé si me explico, amigo, es difícil ¿verdad?.

Es necesario haber sentido ese estado de ánimo para comprenderlo, no se puede poner en palabras. Mire amigo; la música, las drogas, la rebeldía, la magia, el amor libre, el pelo largo, la contrariedad, eran balbuceos de una gran palabra que no se dejaba pronunciar. Sabíamos que debía hacerse algo y al hacerse, al drogarse, al abandonar la casa, al amar sin barreras, al disfrutar la música, en todos los casos, se sentía el fraude. No quiero que me vaya a juzgar de reaccionario, ni más faltaba. Sólo deseo ser sincero, porque al nostalgizar, uno recorta cosas, habla de lo bueno y olvida lo malo o al contrario. Enfrentar el olvido no es novedoso, es ridículo. En lugar de haber alimentado la idea de que yo era un hombre especial, lo que debió suceder es que debí tener la fortaleza mental para no sufrir las trampas de la conciencia, eso debió pasar y no otra cosa. Pero así es uno, así somos todos: damos vueltas y de pronto creemos haber encontrado la luz y resulta que no es más que una llamada falsa, un espejismo. Y cuando todos no dimos cuenta, cuando quedó al descubierto la mentira ¡plas!, todo se acabó, justo como cuando uno apaga una vela con los dedos, un corto dolor, casi un cosquilleo y ya. Per amigo, la verdadera llama sigue encendida. Cada quien la lleva dentro; ésa es la que no se debe apagar, ésa es la que nos sigue quemando, de muchas maneras, se lo aseguro, de muchas maneras. Uno nace con esa llamita, un nace con la escena del despacho ya vivida, lo importante es que, los que podamos, nos damos citan en la ofician a una hora en que no haya necesidad de decir: yo he visto esto antes, ¿me entiende? Porque entonces todos lo sabríamos y ya no habría necesidad de decirlo. Creo que el encuentro de la época sólo sirvió para ponernos a decir huevonadas; por eso la oficina del cura sigue intacta y vacía a esta hora, por eso, ¿me entiende?

## EDUARDO

La recesión interminable del palimpsesto rosa de los años sesenta me ha obligado a representar, como poeta nadaísta y cincuentón sobreviviente de las últimas guerras patrias, léase cuatrienios presidenciales, el papel gallardo de verbigracia en la televisión, la prensa escrita, la hablada, para el uso doméstico de videos caseros, para sustentar el trabajo de campo de un antropólogo y la tesis de un pimpollo de comunicador en plan de graduarse, lleno de entusiasmo. Dejé que manosearan las decepciones azul desgastado ya de aquella primavera prodigiosa sin muchas esperanzas de soplar en el alegre rescoldo de recuerdos alguna cosa nueva, aunque quizás fuera posible, sin demasiadas ilusiones de reavivar la chispa todavía temblorosa, de incendiar la pradera de la historia, para reinventar por fin el amor, el cuerpo, la familia, el sentido del mundo y la poesía de vivir, como deseábamos. En el actual despojamiento queda el cinismo de la estética. Empecinarse en el imposible de probar —en el sentido de saborear sobre todo— la belleza misteriosa de las cosas, que es la pretensión de la poesía. Ya que la nostalgia debilita. El asombro oceánico del idiota tampoco satisface nuestra necesidad de lo sagrado. La abundancia soberbia de información solo acrecienta la inseguridad de todo. Y el planeta se halla convertido en una aldea poco halagadora. Pueblo chiquito. Infierno grande. Sin alma. Nadie se presta por simple vanidad a la exhibición arqueológica de su aplastamiento, al sacrificio cómico de dejarse mostrar como el ejemplo pintoresco en el museo de cera del fracaso de la buena voluntad de un gloriainexcelsis extemporáneo, en forma de júbilo podrido, de resto musgoso, de sal fósil, de sombra de sí mismo, de espora degenerada de una estación de conciertos, desconciertos, inciertos, aciertos, orgías tribales, marchas, proclamas, concentraciones, tumultos, misticismos exóticos y combates de amor, como la verruga de herencia de una adoración impura, el viejo portero borracho, con la embriaguez equivocada, de una puerta falsa, profeta, regresivo de la nostalgia neurótica de un útero de indolencias arcadianas, embotamiento marihuano, hechizo lisérgico, nada y versos, esa sandalia del despiste de un santo, afiches desteñidos, estas flores que volvieron a ponerse de moda en las camisas de los muchachos. Y un Olimpo millonario de tumbas. El recuento epidémico de aquella cruzada de niños por una tierra en paz, por la conquista de una sensibilidad nueva, de la verdad del alma y del cuerpo, tiene su aspecto tenebroso fuera del aire de jugueta y de moda de baratillo. Tal vez sea un gesto irresponsable en el borde ardiente y oscuro de la boca del dragón del nuevo siglo caer de espaldas: embebidos en la contemplación del espectáculo chinesco de un pasado que fue promesa de plomo, quimera, crepúsculo de todo, si nos atenemos a lo que somos: un hormigueo confuso, el alboroto estéril de unas baladas viejas. Y mi propio anacronismo que aún aspira a convertir la experiencia cruda en lo cocido de la prosa. De aquellos paraísos piojosos trajimos esta certeza: el absurdo de la fe atestigua que el sueño prevalece contra la eficiencia de hierro. Y si el propósito de inocencia no retorna. Si la poesía es vencida por los ensueños hediondos del intestino grueso. Si los remotos profetas balaron como las cabras en el desierto de los siglos, el ave fénix empollará los huevos en las cenizas de nosotros. Al fin y al

cabo todos los sueños se cumplen, porque sólo podemos soñar con lo inevitable, y en especial los sueños que han sido purificados por el fracaso. En últimas, atengámonos a la petición del poeta: cámbienme los dioses, los sueños, pero no me quiten el don de soñar. Y si acaso, si hay acaso, los dioses, si existen, nos despojaran, si los tuvimos alguna vez, del don, si es un don, de soñar, ya nos iremos acostumbrando al vacío: no hay infierno perfecto.

## LA MAGA ATLANTA

Debió ser por allá en los floridos setenta cuando Leonor empezó a revolotear vestida de mariposa, como una nota musical, entre aquellos artistas, músicos, literatos, pintores, teatreros y contemplativos de La Calle, el antro sagrado del hipismo bogotano, detrás del Hilton.

No todo eran drogas allá, orgías utópicas. Sobre todo se soñaba y se fraternizaba y se cantaba. Muchos incluso cambiaron de nombre y Leonor empezó a llamarse la Maga Atlanta.

La Maga puede preciarse de haber sido la amiga-hermana de los poetas más lúcidos de su generación, de Jaime Jaramillo Escobar, de Mario Rivero, de Gonzalo Arango y desde luego de su demonio de compañía, el ángel caleño.

La Maga, por lo pronto, estaba menos interesada en la literatura que en sus visiones. Visionaba. Atraía misterios a su bola de vidrio porque es una maga de verdad; todos tuvimos que ser magos para sobrevivir a esa noches de sol, platillos voladores, seres de colores. Siempre andaba, no, no andaba, flotaba en nubes de incienso y sándalos y ecos y profecías. Y nos leía por adelantado las desgracias en el cigarrillo.

Además, ofrecía unos desayunos amorosos en su casa, porque su casa, que era la del poeta jotamario, era hogar de paso de locos de todos los calibres, y que entonces, como hoy, no escaseaban, aunque entonces éramos locos menos crueles y más vistosos y pacíficos.

Qué hogar más lindo en la poesía era aquél que formaban el poeta jotamario, la Maga y María de las estrellas. La niña fabulaba y tocaba la flauta. La Maga Atlanta predicaba Acuario con una voz rosada y sedosa. Jotamario tenía el pelo largo como sansón. La casa era azul. Un quinto piso muy lindo, que si no estaba rodeado de copas de eucaliptos, yo quiero que esté rodeado ahora.

Vivimos con la Maga Atlanta aquellos días que unos tras otros fueron los de la juventud, la juventud que prepara los remordimientos de la madurez. Pero no hay de qué arrepentirse. La vida es clara como un árbol, aún si es el camino al cataclismo. Es un camino cataclísmico.

Nuestras mujeres eran entonces verdadera lunas encarnadas; llenas de sabiduría práctica, sobrellevaron a sus poetas. Después pasaron muchas cosas terribles. Las novias envejecieron y nos abandonaron. Y muchos de nuestros mejores amigos enloquecieron. Enflaquecieron hasta desaparecer, se pudrieron como troncos, se rompieron contra alguna piedra de este mundo. Gonzalo Arango, María de las estrellas, Darío Lemos. Amílcar Osorio, Eduardo Zalamea, aquella violinista que se suicidó en Nueva York, varios que se lanzaron por su ventana mal cerrada para comprobarnos que podían volar. La droga, la poesía y la esperanza, se juntaron para una nueva experiencia del mundo. Y había que pagarlo, como los cristianos le pagaron a los leones. Los unos en muerte y sinrazón y fuga; los que aún vivimos en perplejidad y desengaños aferrados a la poesía, menos que como a un botín que como a la tabla del caos de salvación.

Gonzalo Arango nos había advertido que lo único que sobreviviría de la aventura sería la amistad. Y lo demás es poesía. La amistad, en verdad, sobrevive a la muerte. No sólo el testimonio de las heridas, la certeza de que el amor es corto y largo el olvido, también la presencia. La Maga Atlanta sabe mejor que nosotros, que lo mejor de nuestro corazón son nuestros muertos. Al fin y al cabo, su tributo de amargura fue su propia hija.

La Maga ha golpeado las puertas de muchos hondos jardines astrales, buscando sentido. Al fin encontró la poesía, que es la santidad de los imperfectos pecadores. Lo que importa es que una mujer florece en su expresión, después de buscar en el amor y en el odio, en los cuzcos del alma, en los titicacos de la conciencia, en la santería y el dolor demente. La Maga se encuentra hoy en la estación de la poesía.

## MOLANO

Sociología era en aquella época la locura de Camilo Torres y el optimismo de Orlando Fals Borda. Había profesores muy serios y seguros como Juan Friede y Tomás Ducay y un volcán llamado Eduardo Umaña Luna. Camilo no cumplía nunca, tenía mil compromisos. Influía sobre nosotros por medio de sus amigos que eran todos, la Facultad entera. Había logrado crear un ambiente suelto, alegre y, sobre todo, en franca rebelión contra el formalismo y el academicismo. Poco a poco esa rebeldía se fue tornando política.

La sociología era, valga decirlo, la panacea para todo mal. El mundo estaba como estaba porque no conocía las leyes de la sociedad. Creíamos firmemente que estudiarla equivaldría a resolver los problemas del país. Nos abalanzamos con una febrilidad, que no volvió a repetirse, sobre los textos científicos que en ese momento eran los que Fals había estudiado en la Universidad de Florida y Camilo en la de Lovaina. Pero yo diría que lo que más nos cambió fue el espíritu de rebeldía permanente que vivió la facultad de sociología durante aquellos años. La muerte de Camilo Torres en la guerrilla, definió el futuro de muchos y los empujó al carruaje de la revolución. Creo que la muerte de Camilo tuvo el efecto de hacernos víctimas, pero este mismo efecto comenzó a servir para renovarnos como subvertores. En realidad no era cierto, pero el estigma comenzó a tejer una cárcel de donde creo que no hemos podido del todo evadirnos. Nos dimos a la tarea de transformar el mundo para conocerlo, nos incomodaba lo que habíamos heredado. En mi caso personal, la revolución eran los amigos y la búsqueda de un puesto en el universo.

Era el final de la violencia de los 50, la emigración de los campesinos a las ciudades, la formación de los barrios de invasión. En política no salimos adelante, pero tanto la ilusión liberal como la ilusión socialista, hicieron la época y nos hicieron a todos nosotros. La realidad misma hablaba aquél lenguaje. Si bien no logramos ni reformar, ni revolucionar el país, lo conocimos en el intento.

Hice muchas cosas cuando salí de la Universidad. Trabajé en el Incora, fui profesor de la Universidad de Antioquia, estudié con Estanislao Zuleta y viajé por Europa. Una década que veo hoy más importante como formación intelectual que la anterior, que había sido, como queda claro, de formación emocional. Fue una etapa volcada sobre los libros. La militancia de los días de la facultad me había mostrado el dogmatismo de la izquierda y toda su ampulosa rigidez. Andaba mal herido y cabizbajo. Las organizaciones de izquierda se me aparecían como iglesias cerradas en las que el despotismo suprimía la disidencia y la libertad de errar.

Los libros permitían calmar mi conciencia sin abandonar mis principios. Pero no fue únicamente mi militancia la que me llevó al escepticismo, fue también la observación de la vida cotidiana de la gente. No sólo sus hechos sino sus afanes diarios, sus efectos, sus bajezas. Todo eso me quemaba. Las doctrinas de las organizaciones de izquierda daban sólo cuenta formal de la realidad de una vida que se podía palpar desde cualquier esquina. De todas maneras la hora fue de las letras.

La persona que más influyó en este período fue Estanislao Zuleta. Todavía hoy me cuesta confesarlo, él era un seductor que engullía como un remolino, todo lo que se le acercaba, si uno se salvaba era un sobreviviente. Zuleta me enseñó ante todo a leer. Era un gran lector, pero más que eso era astuto lector y oía lo que no estaba en el texto sino debajo y encima. No hacía lecturas literarias sino de sentido y ese sentido era la crítica. Zuleta criticaba todo. Sometía cada palabra, cada frase, cada libro, a un análisis riguroso y despiadado. Yo recuerdo esa tarea con melancolía.

Huyéndole a Zuleta paré en Francia. Me fui a un refugio donde pudiera leer sin compulsión, donde no tuviera la tentación de la acción política y donde no tuviera que trabajar para ganarme la vida. Una beca me dio la oportunidad de vivir a Colombia desde un contexto mundial. Relativizar fue una gran ayuda, porque desde Europa cobró para mí mayor importancia y personalidad. Ese clima de seguridad que me ofrecía París me obligó a escribir. Escribir mucho, cartas, ensayos para la Universidad y textos para mí. Zuleta me había enseñado a pensar cada palabra. La escritura me había confirmado esa tesis, escribir es sopesar. Escribí lo que podía escribir, trabajos teóricos; recuerdo uno con mucho cariño porque me costó mucho esfuerzo hacerlo: “Anotaciones acerca del papel de la política en la investigación social”.

En esos días Orlando Fals me había invitado a presentar una ponencia sobre investigación-acción, un tema que él dominaba y promovía. En buena hora, porque de allí salieron trabajos muy importantes tanto políticos

como académicos. Orlando comenzó a reforzar la contradicción entre teoría y práctica, lo que equivalía a oxigenar la primera y a enriquecer la segunda.

La investigación-acción quería ser, y lo fue en gran medida, una crítica al dogmatismo y al pragmatismo. Hasta ahí, estaba completamente de acuerdo con Fals, pero esa unidad teórica-práctica, no podía avanzar sola, sin más ni más, apoyándose como se argüía una sobre la otra. Yo pensaba, o mejor, intuía que detrás de todo avance científico, que en todo logro de ciencias sociales y quizás en toda disciplina, había una motivación política. Me metí en ese berenjenal y, para acabar de complicar el cuadro, tomé como ejemplo a Marx. Ni más ni menos, vida, obra y comentarios.

La tesis era la siguiente: el aporte más importante de Marx no era la teoría del valor, puesto que era un desarrollo de la escuela clásica. Era la teoría de la plusvalía, es decir la explicación científica de la explotación en la sociedad capitalista. Ahora bien agregaba yo—, ese descubrimiento tenía como premisa una posición política, frente a la sociedad capitalista. Posición que era más que una postura, una actitud. Esa perspectiva iluminó el descubrimiento y la elaboración del concepto. El rompimiento epistemológico, tenía una premisa política crítica. Hasta ahí llegué.

La tesis fue muy debatida en el simposio de Orlando Fals organizado en Cartagena. Mi discurso era pesado pero me dio la oportunidad de leer con un objetivo y escribir a contrato obligado. Creo que hay personas que requieren de una condición epistemológica especial: la coacción. Para mi este trabajo cancelaba de alguna manera el problema de la teoría y de la práctica. La política, es decir la lucha por el poder, era la clave del conocimiento. Pretencioso o no, era mi conclusión y durante mucho tiempo me sentí orgulloso de ella.

De regreso al país, Guillermo Hoyos me invitó a un Simposio sobre epistemología y política. Desempolvé el trabajo presentado en Cartagena, pero confieso que la ponencia fue muy recalentada, una nueva versión de lo que ya había escrito. Al final, sin entender como, agregué que quizás el fondo la cuestión del conocimiento no era una cosa política sino ética y agregué con recelo, estética. Fue una frase. Pero una frase que le puso punto final a mi búsqueda teórica como un ejercicio meramente intelectual. Mi descubrimiento no fue muy original, pero si oportuno, porque desde ese día dejé de entender la revolución como militancia. Es posible que ese día haya viajado al Llano a comenzar mi tesis de grado para los franceses. Quería hacer, en concordancia con la información recién entregada, un trabajo sobre la renta de tierra en el arroz. El trabajo de campo, la relación con los campesinos, con los empresarios, con los camioneros, con las autoridades, es decir, con el país, me produjo una gran sorpresa. No cabía en el talego que yo le había traído. Lo que echaba se salía por las rendijas. Resolví tirar el talego y trabajar con la gente.

De la tesis todo era inservible, el tema, la metodología, la técnica, los conceptos. La gente real con quienes nos tocó conversar y oír andaba de rebusque. Nada tenía de parecida con los obreros ingleses, con los campesinos franceses ni con los alemanes. Era otro cuento. Gente nacida de la violencia, luchando contra la selva, huyendo del comerciante que, sin embargo, sabía reír y gozar. No era fácil meterlos en un cuerpo conceptual, para fortuna de todos.

No obstante el verdadero problema se me vino a presentar en el escritorio. Trabajaba en el Cinep. Resulta que los colonos de la región de Río Pato en el Huila habían resuelto organizar una marcha desde sus tierras hasta Neiva. El Cinep nos envió, a Alejandro Reyes Posada y a mi, a ver que podíamos hacer. Total llegamos al estadio de Neiva donde estaban concentrados los colonos. Prendimos las grabadoras y registramos varios testimonios. Nos impresionaron mucho porque estábamos frente a una acción de las autoridades no sólo criminal sino estúpida, eran testimonios simples que se sentían temblar bajo las bombas.

De vuelta a Bogotá, el problema era sacarle la esencia para traducirla a un lenguaje intelectual. ¿Se podía pensar en una tarea más arbitraria y arrogante?, ¿por qué no hablarle a la inteligencia con el mismo lenguaje de los colonos?, ¿acaso no nos habían impresionado a nosotros, dos intelectuales?, ¿no eran testimonios suficientemente fuertes como para pensar en abandonarlos?, ¿no eran reales?. En fin, el cuestionamiento fue fuerte.

Alejandro Reyes fue importantísimo en ese instante. De allí salió el primer relato que escribí, hilvanando testimonios, inspirado en un testimonio que me sirvió como eje, el de una mujer excepcional por su sinceridad. Fue ella quien me enredó y obligó a hablar su lenguaje. Salí de ese texto con la certeza de que por ahí era la cosa. Me desembaracé de los papeles de tesis, limpie el escritorio y escribí de chorro “Valentín

Montenegro”, un relato que recogía la historia de los colonos, que ellos me habían contado sobre la fundación del Ariari. El ejercicio de escribir se me hizo de golpe agradable e intenso.

Faltaba saber todavía si era útil. Poco a poco esta condición fue haciéndose clara. Gente llana entendía lo que yo escribía. Para ella leer, adquirir una vida contextual, era una experiencia extraña. Entendí que los relatos podrían servir de espejo para que la gente se reconociera y sobre todo para que se interesara por ella misma. Esa era la prueba de pertenencia que yo buscaba. Comprendí que la aceptación de los textos, mi aspiración más secreta, me satisfacía. No porque justificara sino porque por ahí, el conocimiento encontraba objeto, cumplía con su razón de ser. Oír a la gente reírse de sí misma, discutir sus propios testimonios, volver a sufrir sus dolores, aceptarse, interrogarse, era el sentido vital que uno podría reclamarle al conocimiento.

Mis amigos, los intelectuales, cumplieron sin embargo su papel. Sea la hora de reconocerlo. Primero con timidez y luego con desconfianza, se acercaron a los personajes que salían de los relatos. Los miraban con extrañeza como cuando se mira a un lisiado. Pero poco a poco fueron atenuándose las aristas, la sorpresa se transformó en saludo y al final en bienvenida. Este fue el segundo reconocimiento. Me dio seguridad en lo que estaba haciendo y quería seguir haciéndolo.

Vinieron otros textos casi de una sola sentada, “Selva adentro”, “Siguiendo el corte” y “Aguas arriba”. Son relatos que recogen la experiencia social, la historia de las zonas de la colonización, aunque creo que bien miradas las cosas, se recoge un retazo del alma de muchos colombianos.

Si Camilo Torres me enseñó a soñar y Zuleta a leer, la gente corriente, la que se levanta y se acuesta, la que mata a otro y reza por él, esa gente que somos todos nosotros, me enseñó a escuchar y, digámoslo ya, a escribir. Creo que en realidad nosotros los intelectuales no sabemos o no podemos escuchar. Nos enfocamos como en el ajedrez para aturdirnos con nuestras propias razones. Lo que no es otra cosa, que una salva de nosotros mismos.

Escuchar y escribir son actos gemelos que conducen a la creación. El conocimiento no es el resultado de la aplicación de una regla científica, sino un acto de inspiración cuyo origen me es vedado, pero cuya responsabilidad nos es decisiva. La creación esconde la utopía, la aspiración a un mundo nuevo y distinto que puede ser tanto más real cuanto más simple. Las cosas suelen no estar más allá, sino más acá. La creación es el movimiento de la vida, por eso, todo esfuerzo encaminado a conocer, debe aspirar a crear no a descubrir. Crear es, ante todo, un acto ético.

## **FAJARDO**

Escuchábamos a Mercedes Sosa, Violeta Parra, Soledad Bravo, Víctor Jara, al siempre viejo Atahualpa Yupanqui y a un Joan Manuel Serrat que desde España nos enseñaba poetas que en el transcurso de los años leeríamos con pasión y deslumbramiento. Pronto nos atreveríamos a pensar que era posible hacer realidad los mensajes utópicos de estas canciones; algunos de la mano del movimiento estudiantil, otros desde su propia marginalidad. Por aquella época, supimos del asesinato del presidente demócrata Salvador Allende y sentimos con profundo dolor la muerte de nuestro ídolo Pablo Neruda; y observamos con rabia cómo se sentaba en la silla ensangrentada de la Casa de la Moneda el General Augusto Pinochet, mientras en Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia crecían dictaduras, desaparecían, torturaban, perseguían y asesinaban jóvenes. Era la época del terror en el cono sur, allá “donde nadie te miraba a los ojos porque pensabas que te iba a joder”. Aquí, en este país, cada vez más parecido a Macondo, mientras tanto, escribía su último poema Leo le gris, el León de Greiff quien supo jugarse la vida; y, en una carretera, estallando en trizas, se nos iba hacia su nada el “profeta de la nueva oscuridad”, Gonzalo Arango. Bajo el sol de aquel Cali de 1976, un joven escritor, con el grito desesperanzado de “Viva la música” tomaba sus pepas para el viaje a lo definitivo, quizás por ese destino fatal que le había incrustado en la cabeza un deseo de irse de este planeta en la plenitud de sus veintiocho años. Poco tiempo después, nos levantamos una mañana con un “Estatuto de Seguridad” en plena vigencia. Entonces, hombres grises, empezaron a rodear nuestras casas a la madrugada, allanaban hasta los recuerdos, nos ponían de nuevo ante la realidad de una guerra oculta que no comprendíamos muy bien y que nos hizo sentir que nuestra adolescencia se quedaba guardada en los armarios, junto con nuestros cuadernos de colegiales; sin embargo, tuvimos tiempo de bailar y cantar sobre las cenizas de un país que se nos mostraba extraño y oscuro ante nuestros ojos despistados.

El 22 de agosto de 1978 supimos que un grupo rebelde llamado los Sandinistas, allá en la Nicaragua Antigua, la de Darío, guiados por el comandante Edén Pastora, se había tomado el congreso exigiéndole al dictador Anastasio Somoza, diez millones de dólares y la liberación de 83 presos políticos que su régimen de muerte mantenía en las mazmorras. Sentimos que había de nuevo una esperanza para América y desde entonces seguimos los acontecimientos de aquel país como si fuera nuestro. Un año después, los muchachos de “Patria libre o morir” nos entregaban, a través de Radio Sandino, la noticia de que Somoza y su guardia civil huían del país, dejándolo bombardeado, con sus cosechas arrasadas y con una deuda externa jamás registrada en su historia. El nuevo gobierno estaba compuesto por poetas, escritores, sacerdotes, personalidades demócratas: una nueva ilusión para el continente, una nueva imagen de revolución, más pluralista, más rica en humanismo y con sacerdotes poetas que nos hacían imaginar una iglesia comprometida con las desgracias de nuestros pueblos. La teología de la liberación tomaba cuerpo, hacía realidad su espíritu; la sangre de Cristo se hacía hombre.

Sentimos aquellas ideas y las defendimos como nuestras. Eran los finales del setenta y nuestro país sangraba en las ciudades debido a la guerra entre el ejército y una guerrilla urbana que comenzaba a gestarse como algo nuevo en nuestra historia. Un movimiento nacionalista de izquierda hacía actos sensacionalistas y de película en Colombia: se había robado la espada de Bolívar, habían saqueado en Pasto un banco con una estrategia digna de las más grandes producciones del cinematógrafo; en los tugurios y en los cinturones de miseria de nuestras ciudades, repartían huevos, leche, pollo y pan; se dejaban escuchar clandestinamente en la T.V. a las horas más indicadas: en las telenovelas con mayor audiencia, en los partidos de fútbol y en los noticieros. En 1980, entre el 27 de febrero y el 27 de abril, dicho grupo se tomó una embajada, reteniendo a varios diplomáticos y embajadores del continente, cosa jamás vista en nuestro hemisferio. Ninguno de nosotros sabía que desilusiones vendrían después; pero prestamos cuidado a aquel movimiento que surgía como novedad y sensación. Algunos de los nuestros se unieron más tarde, otros huyeron del país llevando consigo una mochila de fracasos y nostalgias. Lo que sí fue cierto es que nos tocó padecer la guerra en las ciudades. La sangre corriendo por las calles, las gentes apresuradas ante el disparo. Si las generaciones del cincuenta y del setenta sintieron por la guerra en la montaña, a nosotros, que tuvimos casi una adolescencia tranquila, nos tocó soportar en la juventud la guerra en las esquinas de nuestros barrios; en la tienda del vecino, a través del muchacho del lado que se había alistado en las filas del ejército y del otro que empuñaba las del bando contrario (quizás ambos habían jugado fútbol y estudiado la primaria juntos). Así comenzaba nuestra década. Un mes de diciembre de 1980, mientras cantábamos, tal vez borrachos, nos estremeció una dura y triste noticia: los cables de prensa informaban que el poeta e inspirador de nuestros primeros amores John Lennon, había sido asesinado por el psicópata Marck David Chapman de 25 años. Así que un muchacho de nuestra generación había cometido tan horroroso crimen en la Nueva York de la degradación y la fama. Un muchacho producto del miedo y del asesinato, revelándose contra su ídolo, pidiendo salvación o perdón, una inmortalidad, un hombre, en una sociedad que marginaba nuestro rostro y nos volvía anónimos. Muchos teníamos su misma edad y habíamos escuchado a Lennon a los diez o quince años y habíamos tarareado sus canciones sin entender su inglés, en la esquina del barrio. En aquel año, Reagan tomaba las riendas del país del norte haciéndonos pensar en el gran peligro; Somoza era asesinado en Asunción; Monseñor Romero era dado de baja en el Salvador; Jean Paul Sartre moría como los mayores en su París a los 75 años, y Pambelé, el gran “Kid” caía a la lona derrotado en su primer asalto (y más aún: Mohammad Alí, nuestro ídolo, daba su corona a Larry Holmes para jamás volver a conquistarla). Tal vez nosotros también caíamos aquel año ante tanta derrota y sentimos que la década no iba acorde a nuestras dichas. Muchos escribíamos ya por aquel entonces y queríamos publicar nuestros primeros textos por ese afán que se da en la primera infancia poética, y publicamos quizás y nos alegramos de haberlo hecho, y luego con nuestros amigos nos emborrachamos y creíamos ser los mejores. Leíamos en las cafeterías, escribíamos en los parques, nos divertíamos viendo pasar las muchachas, nos desgarrábamos. Mientras tanto dos presidentes demócratas eran asesinados en simulados accidentes de aviación; Colombia suspendía relaciones con Cuba y un día de marzo de 1981, nuestro mejor escritor entraba en la embajada de México pidiendo asilo con el temor de ser detenido por las fuerzas militares. Entrábamos en la década del miedo. Nuestros amigos sin embargo seguían amándose, sin norma matrimonial. Eran compañero y compañera y tenían hijos y se peleaban y se enamoraban leyendo a Neruda, Benedetti, Cardenal, el Boom y otras banalidades; entre el jazz, la Mercedes Sosa, el Rock y el Cine Club, escuchaban también la Nueva “trova” cubana de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, canta-autores creadores de una balada de amor y compromiso a imagen y semejanza de nuestros sueños. Pero las separaciones amorosas se hacían cada vez más frecuentes a pesar de las canciones, pues la idílica vida de libertad amorosa y la idea de “dejar ser al otro” se hacían añicos al chocar con la terrible realidad de nuestras conciencias, hijas de la violencia y el egoísmo, no del amor. Y escribíamos poemas de circunstancia para perpetuar aquellos

terribles instantes: esquelas de amor, odas de compromiso histórico, elegías en la soledad. Instante y emocionalidad poética, en tanto el mundo afuera rodaba como una piedra de loco. La muerte de los pobladores de Colombia y la muerte de nuestros ídolos e inspiradores nos hizo ver que estábamos hechos para el Corpus Mortuus: Ingrid Bergman, Rommy Schneider, Luís Buñuel, Jonny Wesmuler, Richard Burton, Orson Welles, Rock Hudson, se iban de este perro mundo, después de haber vivido la desesperación del siglo, y junto a ellos también marcharon otros. En noviembre 27 de 1983, para tristeza latinoamericana, en un avión de Avianca en el aeropuerto de Barajas, Madrid, se carbonizaban en el fuego absurdo, Martha Traba, Angel Rama, Manuel Escorsa, Jorge Ibarguengoya, los jóvenes pintores Liborio Vanegas y Jairo Tellez y el músico Fernando Meneses, colegas de nuestra generación. Hacia el mismo año se nos iban también el joven eterno Julio Cortázar y el descarado y hermoso Truman Capote. Años más tarde moriría la Simone de Beauvoir, cincuenta años compañera de Sartre; Juan Rulfo se nos fue a su Comala y don Jorge Luís Borges, perdido en el Aleph, se decidió por la busca de los inmortales. En Colombia vimos irse a muchos, vimos cómo nos íbamos nosotros mismos. Según cifras dadas por el procurador de la República, en 1983 formaban parte del grupo paramilitar MAS (Muerte a Secuestradores) cerca de 104 civiles y 59 militares, para un total de 163 personas dedicadas al asesinato. Y apenas comenzaba la nombrada “Guerra Sucia”. El Ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla en abril del 84 fue acibillado cerca de su casa. Carlos Toledo Plata, fundador del movimiento 19 de Abril, en plena tregua de la paz firmada entre el gobierno y este movimiento, fue asesinado en las calles de Bogotá en agosto 10 de 1984. Las ciudades eran tomadas por la guerrilla, la paz y sus acuerdos hechos trizas y el presidente callado.

Todo esto hizo que a mediados de los ochenta frecuentáramos la desilusión y el odio. Unos asumieron la respuesta guerrillera, otros —los más— el miedo y el silencio. Eramos una generación que lentamente desaparecía del ambiente político y social, una generación que contempló la disipación de su acción participativa en las soluciones del país, paralelamente a la dilución de su sentido de nacionalidad, de lo que significa ser colombiano. Ante un gobierno que dejaba incinerar en su palacio de justicia a 150 personas, entre ellas a 11 Magistrados de la República, y dejaba, por su negligencia, que un volcán sepultara a 25.000 humanos; que permitía que se incrementaran las escuelas de sicarios, y que aumentaran las desapariciones; nosotros, jóvenes, ¿qué podíamos esperar de esas condiciones? ¿qué podíamos exigir? ¿con qué valores morales íbamos a escribir y a amar y luchar por su reestructuración? Y allí estábamos con poemas en la mano, con el amor y los ojos lelos, solos ante semejante chimenea histórica. Tuvimos la desgracia de presenciar la masificación de los asesinatos colectivos en los pueblos, el campo y las ciudades. Muertos que llenaban la mochila de una memoria llena de sudarios. Ya teníamos la concha del indiferente, la que suele crecer en estos casos, y aquel slogan de “aquí todo es natural”. Un día de diciembre, 30 personas fueron asesinadas por un ex-combatiente de Vietnam, que como un sicario más, quemaba a su madre y entraba como el legendario Sartana, héroe del Oeste, a un restaurante del norte de Bogotá a balear cuanto sombra se movía. Campo Elías Delgado fue el símbolo de lo que vendría después.

En la década del miedo no se podía comer tranquilo sin haber visto a algún joven irse de éste país llorando. Narcotráfico, guerrilla, ejército, sicarios, exilados, amenazados de muerte, extraditados, boleteados. Si los años setenta fueron quizás los últimos reductos de una juventud que trató de descifrar el mundo a la medida de su imaginación, los ochenta fueron los años en que murieron aquellos dorados sueños. La juventud fluctuó entre una guerra no declarada y el conformismo oficializante de una sociedad burócrata y parásita. Más que una posibilidad de cambiar la historia, nuestra generación fue un péndulo entre la consagración por el sistema y la demolición de éste. Tal vez por ser herederos de una generación que dio su vida con la esperanza de cambiar el curso a las corrientes de la cultura, nosotros, que canalizamos esa rebeldía, vimos con terror su muerte al quererla poner en las tablas. Somos sin duda la generación de la muerte, la de los hombres desaparecidos.

## CATASTROFE, 10

Como dice el poeta, una cosa es la acción y otra la letra, quien toma una por otra, confunde y miente. No basta un gran amor para hacer poemas. No es suficiente haber vivido grandes experiencias para que eso genere la expresión, pero también es cierto que a falta de resultados y cuando uno ha fracasado en todo, no queda más opción que la escritura. Tal vez la verdadera aventura no está en donde cree uno que está, sino del otro lado, en el escribir mismo. Al fin y al cabo, ¿qué es el mundo sino una escritura? Sólo ahora, que he emprendido la aventura de transcribir las aventuras, sólo ahora —aislado y ausente de ese mundo donde suelen ocurrir los acontecimientos—, he decidido enfrentar el laberinto sin salida de la escritura, ese otro acontecimiento. Y he tenido que hacerlo así, precipitada y radicalmente, porque no podía esperar a contar con todas las condiciones: el castillo, los ángeles. Por eso he tenido que escribir en medio de la angustia, en medio de la guerra, a la par con la astucia de sobrevivir, enredado en este caos que me envuelve.

Después de la fiesta ésa, en que sólo se habló de B, la conciencia de que mi proyecto no era más que una ficción —de que su realidad dependía más de la necesidad de producir resultados que del logro de los objetivos que me había propuesto— me enfrentó a la desesperanza. Entonces inventé algunas jornadas exitosas que comuniqué entusiasmado a Gabriella, a mis amigos, a todos los que yo había involucrado de alguna manera, para que no creyesen que... para poder mirarlos a los ojos. Y fui enredando todo de tal manera que ya era imposible salir de aquella espiral diabólica que yo mismo había creado. Pero, al final del túnel, descubrí la posibilidad. Ya había vivido el anhelo y la frustración de una historia que no quería ser, pero, también, ya había comenzado a escribirla de alguna forma. Así que decidí alquilar este hospedaje donde me encuentro ahora y me traje todo el material que había reunido. El recuerdo del Guerrero, su lección, guió desde entonces el camino que ahora debía emprender: el de llevar a sus máximas consecuencias el principio de la ilusión.

Pero había una inmensa dificultad en el escribir mismo. Escribir es una exigencia total. En alguna ocasión me había impresionado la lectura de ese Hesse de Viaje a Oriente, por su planteamiento a la vez claro y simbólico sobre la escritura, pero sólo ahora lo vivía plenamente. En la breve narración de Hesse, se lee algo como esto: "Debo escribir o perder la esperanza; es cierto: es la única posibilidad de salvarme del vacío, del caos, del suicidio; pero para hacerlo debo darle sentido a la historia que quiero escribir y esto demanda dárselo a mi propia vida". Si la literatura era un medio para ingresar a esos niveles de realidad con los que, por lo general, no tropieza nuestra conciencia diaria (demasiado ocupada en la prisa, en el ansia, en la sobrevivencia), un medio para romper el cascarón de lo habitual y para posibilitarnos el paso a ese trasmundo cercano del milagro y del misterio; si la literatura era todo eso, exigía a su vez vivir literariamente; máxime ahora, en medio del terror, ahora que nos hemos convertido en habitantes del caos, ahora que mi vida oscilaba entre la insignificancia y el sentido, entre el silencio y la palabra. La exigencia de sentido en la historia que estaba escribiendo no resultaba ser más que el reflejo de la pérdida de sentido en mi propia vida. De modo que ese enfrascamiento y esa oscilación determinaban los avances y retrocesos de la obra y le otorgaban a mi labor ese carácter de desafío ["nos tocó, como a todos los hombres, vivir épocas terribles"] que finalmente me condujo a hacer de la creación el objeto de la historia. ¿Qué había sido el camino de Federico, si no un camino hacia la creación? ¿Qué me habían enseñado Alfredo Molano, Eduardo Escobar, Arturo Alape, La Maga, Guillermo, Lucas, Fajardo e incluso ese Bateman hecho de palabras que yo había conocido, sino su conciencia de la creación? ¿Qué habían encontrado ellos al final del camino sino el cinismo de la estética y los valores del arte como solución? La creación debía ser pues el tema de mi obra. La actitud creadora (entendida como creación estética o como creación en el trabajo, en la familia, como creación fisiológica o cultural, como creación en la vida que nos tocó vivir, etc.) conciliaba las posibilidades de ser y de vivir el trasmundo que propone la literatura frente a sus limitaciones "reales" y cotidianas; resultaba ser la solución al dilema. Debía, pues —a la par con una vida de tono creativo— exponer la creación.

Después de hacer varios ensayos, de fracasar en varios proyectos (como la narración "autobiográfica" y simbólica de Federico, la narración del recorrido de Federico desde la voz de Gabriella, su pareja, y otros muchos intentos de relato), me enfrenté a la posibilidad de hacer una obra dramática. En últimas, deseaba mostrar que todo hombre, en su vida personal, es un creador en potencia, no sólo porque todo hombre imagina, y por lo tanto es capaz de percibir la totalidad, así sea en su forma discontinua, sino porque es

potencialmente capaz de explorar y asumir esos estados fragmentarios de conciencia "anticipadora" para llegar a concretar (en su trabajo, en su vida, en su reflexión, en su dimensión estética) una obra. Mostrar que quizás los problemas no están sólo afuera sino adentro, no están tanto afuera como adentro, están afuera pero también adentro, que lo importante no es sólo cambiar el afuera sino también adentro, no tanto el afuera como el adentro, no el afuera sino el adentro.

La idea era hacer que personajes portadores de ciertos potenciales —propios del tipo de personas que yo habría querido encontrar en mi pesquisa real— confluyeran en un espacio-tiempo común e iniciaran el desarrollo dramático de esa capacidad de exploración y concreción de la que deberían ser tan sólo parcialmente conscientes. Estos personajes debían encontrarse en forma arbitraria, para que el desarrollo del drama fuera, por decirlo de alguna manera, más "puro", y sus perfiles deberían responder a eso que, en la primera aventura (la que generó todo esto: la reunión de los personajes criollos de los sesenta), yo había determinado como lo rescatable o lo recuperable o incluso lo despreciable de la época.

Ahora, ¿cuál situación? Acosado por la imagen persistente del laberinto (que es en realidad mi forma de percibir el mundo), decidí que mis personajes —con toda su carga de historia personal, sus experiencias de "conciencia anticipadora" y sus valores— se encontrarán en la absurda y arbitraria situación de encontrar la salida a un sitio que tuviera de alguna manera la esencia de un laberinto, de una "casa encantada", hostigados por sus propias situaciones personales, pero, además, por una situación "exterior" común, que, en este caso, sería la guerra.

De ese modo, el espacio de conjunción de los personajes actuaría como metáfora de una conciencia de "ingreso a" que se daría por un "quiebre" entre una realidad cotidiana y una totalmente nueva. De una cosa estaba seguro: la obra exigía ciertas fuerzas de tensión, ciertos resortes dramáticos y estos estarían dados por un encuentro en y de la heterogeneidad: los personajes confluían "arbitrariamente" y tendrían que enfrentar, pese a sus diferencias, una "salida".

## **ATRAPADOS, ONCE**

Escena de iconos simultáneos. Podemos observar —gracias a la ausencia de la cuarta pared— dos planos que se alternan mediante el traspaso de una falsa división entre los pisos de arriba y de abajo. Uno —el de arriba— sirve como escenario para la situación del grupo que aguarda, que es la de “una espera impaciente”; el otro, para los hombres de vanguardia, que es “la exploración del piso subterráneo”. Iniciamos con la observación del grupo: Indiana camina de un lado al otro del salón. La mujer embarazada se encuentra ahora aislada en una esquina y continúa jugueteando con su vientre como antes. Cristina está todavía en la cama.

Francisco persiste en su idea de haber sido engañados y le reclama a Eduardo no haberse guardado el secreto para sí o haberlo compartido con gente de más confianza que esos oportunistas que ya deben haber salido. Oscar defiende a los tres hombres y sugiere seguir esperando. Eduardo llora y es consolado por las otras dos mujeres. Después de un pequeño altercado entre Indiana y Francisco, éste último, agarra del brazo a Eduardo, toma un linterna y se aleja en dirección al cuarto de al lado. Ahora vemos el segundo plano. Los tres hombres, armados con lámparas, deciden separarse para lograr una mayor cobertura. Sincronizan relojes y fijan una hora para la reunión. Vemos cómo cada quién toma su camino.

Arriba. De nuevo llantos y reclamos de Liliana. Indiana invita a Oscar a seguir a los otros que ha partido tras los exploradores, pero éste argumenta que no sería prudente dejar a las cuatro mujeres solas. Por fin deciden partir los cuatro. Sólo quedan en el salón las dos mujeres trastornadas. Vemos salir a los otros hacia el cuarto de al lado, pero nos quedamos observando el rostro de la mujer embarazada, quien levanta la mirada y suelta una extraña sonrisa...

### ***Eduardo a Darío***

La verdad es que sólo en ciertos momentos de mi arte soy el dueño absoluto de mi vida; sólo mi arte me comunica con los demás: ilusión de amor, de ese amor que me es tan ajeno, sobre todo, porque mi homosexualidad les fastidia a todos, lo sé, y me condena a la soledad. Eso es lo que tú, aunque no me lo digas de frente, Darío, también crees. Estoy convencido de una cosa: esas actitudes de intolerancia son las que han conducido a la guerra. Hay seres humanos que ya no aguantan más este orden de cosas, quieren hacerse escuchar y no han encontrado otra manera distinta a la guerra para hacerlo. Y ahora ustedes, los que han sido dueños de la situación, los que han impuesto siempre las reglas del juego, se rasgan las vestiduras. Lo que ha sucedido, simplemente es que no hemos sido capaces de dar cabida a todas las manifestaciones de la vida y ahora emergen con la fuerza de la violencia y nos han sumergido en la pesadilla. Pero bastará que termine, para que la vida pueda ser más rica que antes, quizás sea así... en realidad no estoy tan seguro...

## CATASTROFE, 11

He imaginado, pues, estos personajes:

DIANA, enfermera, 28 años. Una chica de clase media que ha crecido en medio de la mediocridad. Su adolescencia fue sobrellevada con estoicismo. Quizás, lo único meritorio en su vida ha sido el acercamiento a la lectura, a la cultura libresca, absolutamente ausente en el ambiente de familia. Ahora trabaja en un Hospital universitario, con muy buena reputación profesional; miembro de cuanto movimiento feminista surge en la ciudad y promotora de una de las tantas fundaciones que atienden los frecuentes casos de violación (de los que ella ha sido también una víctima). Se encuentra en el edificio porque es el día que le corresponde atender allí algunas consultas.

FRANCISCO. 65 Años. El típico viejo cascarrabias y aguafiestas que ve en todo una conspiración contra su persona, pero que no ofrece ningún aporte al colectivo. Si alguna palabra puede enunciar su actitud ante la vida esa es “inconsciencia”. Pero, ¿qué más podría esperarse de alguien que no sólo ha conocido muy pocas oportunidades para la superación espiritual, sino que ante las escasas que ha tenido nunca estuvo preparado? Una pequeña pesquisa en su historia personal arrojaría uno de dos perfiles: en su pasado se encuentra un antecedente de riqueza familiar, como un bisabuelo, o quizás un tatarabuelo, dueño de tierras que diluyó su fortuna en la distribución de la herencia y que jamás tuvo la visión para emprender una estrategia económica distinta a la administración de la hacienda. Quizás Francisco es el nieto o el bisnieto de uno de esos hijos o nietos del afortunado que en pocos años acabó de perder todo, dejando un terrible estigma de fracaso en su generación. Tal vez Francisco desconoce este pasado y considera que su situación no podrá tener jamás una posibilidad o una salida, menos a esta altura en la que lo único que se espera es la muerte. O quizás Francisco nunca tuvo siquiera este antecedente, no sabe de dónde viene y, por tanto, tampoco a dónde va; el karma pesa demasiado y no ha sido capaz de vislumbrar por fuera de su historia personal o familiar una perspectiva. De cualquier modo, ha perdido la oportunidad de “disfrutar” una vez que es (desgraciado que no conoce el secreto) el tiempo perfecto para el ascenso espiritual. Ha llegado hasta el edificio por unos trámites de su pensión.

DIEGO: 40 años. Hippie envejecido. Podría uno creer que Diego es capaz de desdoblarse y aparecer simultáneamente en distintos puntos de la ciudad, pero la verdad es que su forma de vestir y de comportarse se ha estereotipado hasta el punto de encubrir su propia identidad. Diego hace parte de esa generación que vivió a fondo los sesenta, quizás porque su edad o su posición social o el azar lo permitieron. Así vivió esa era de la revolución y de la imaginación que podía hacer de un joven un santo o un criminal el mismo día. Fue de los que hizo música y vivió en comunas y participó en excursiones a lugares místicos y usó sandalias y probó todas las drogas. Nadie sabe cómo logró sobrevivir, pero ahora, ad portas del fin de milenio, habita en los escasos enclaves de hippies envejecidos, vendiendo artesanías o afiches o casetes de la vieja música. Al edificio ha llegado para acompañar a un amigo en un negocio pendiente.

CRISTINA: Drogadicta. 22 años. Pocas semanas antes ha salido aparentemente recuperada de un tratamiento, pero ha vuelto a caer. Se le verá en la obra, postrada, marginal al drama de los demás, por momentos ansiosa, pero retraída y a veces muy agresiva. El asunto, para ella, será tanto como un mal viaje. Ha venido hasta el edificio para una terapia.

DARIO: El estudiante. 26 años. Pese a todo, a su confianza en la razón, a su modernidad, su experiencia personal ha estado dirigida por cierta resonancia mítica. Tiene un hermano, el mayor, que participó en el mayo parisino y otro que dejó su casa muy temprano para aventurar. Sin embargo ha encontrado en la universidad el espacio para desarrollarse, no sólo en el ejercicio de una conciencia académica, sino en la acción misma. Su repudio a lo establecido y la constante búsqueda de soluciones han configurado en su personalidad perfiles sólidos aunque también contradictorios, pues, aunque la razón guía no sólo sus aspiraciones, sino sus métodos, acude y justifica la violencia cuando es necesario. Esta ambigüedad, sin embargo, será su “potencia emergente” al momento de actuar en la “obra”: sabrá comprender el pesimismo y la indiferencia de Francisco, el resentimiento de Indiana, la apatía de los jóvenes amantes, el escapismo de Cristina, y también sabrá canalizar la fuerza y la voluntad de Diego, Fabio, Diana y Eduardo. Ante los dos peligros más constantes: la dispersión y el exterminio, actuará como catalizador, evitando el desvanecimiento del grupo. Se encuentra aquí ahora a causa de una cita con su hermano.

OSCAR Y LILIANA: Los novios. 18 años. Dos estudiantes que han venido a reclamar los papeles que requieren para solicitar visa de un país extranjero a dónde esperan trasladarse en poco tiempo. Se sienten perdidos, en medio de una guerra que no comprenden, se sienten engañados por sus mayores, esperan huir lo más pronto posible y armar la vida que aún pueden soñar. Sin embargo, permanecerán retraídos y prácticamente no colaborarán en las actividades del grupo.

EDUARDO: El artista. 28 años. La vida de Eduardo está llena de inconveniencias: es el muchacho diferente, raro, que se la pasa pensando en quién sabe qué cosas, sensible, terriblemente sensible, medio pendejo y maricón, incapaz de levantar cabeza. Sólo en los momentos de preparación de sus obras ha podido experimentar esos instantes de libertad que lo comunican con los demás, por eso tiende tan fácilmente al hastío, a la tristeza, al cansancio de la puerca vida. Del contraste entre sus ganas sinceras de vivir y ser feliz y su constante retraimiento surge su potencia creadora, que en la obra será importante, sobre todo para que los demás también aprendan a descubrir su propia fuerza. Le han prometido una exposición de sus cuadros, por eso está aquí, haciendo los arreglos.

INDIANA JOHNS: El vagabundo. 27 años. Ángel y demonio. Lleva ya tres días refugiado en el edificio. Espera tan solo que los ataques cesen para volver a la calle. Dado su espíritu áspero, se resistirá en un principio a colaborar, sin embargo, poco a poco, se integrará y ofrecerá su experiencia para facilitar las actividades del grupo.

MARIO. El poeta. 42 años. Lleva una terrible carga en su corazón. Sus ausencias en la “obra”, seguramente tendrán que ver con la historia oculta de su desdicha, pues si bien será uno de los personajes más activos, más limpios y sobre todo más optimistas, habrá momentos de retraimiento que afectarán el proceso y su dinámica. Gracias a él, sin embargo, lo “poético” rondará incluso en los momentos de mayor desesperanza. Ha venido a visitar un viejo compañero de trabajo.

FABIO: Exguerrillero. 30 años. Como hombre de acción y de pensamiento profundo, Fabio tendrá un papel vital en la obra. Será quien organice las incursiones al interior de la casa, quien produzca los planes de avisoramiento y exploración, quien proponga y mantenga la administración del escaso recurso con que cuenta el grupo para sobrevivir, quien dé a respirar confianza en la organización y en la necesidad de autoridad, quien, en últimas, sostenga el ánimo en los momentos más críticos. Se encuentra aquí para unos exámenes médicos.

GABRIELLA. Mujer embarazada, 22 años. He tenido que escribir toda una memoria de mi propia educación sentimental (definitivamente marcada por la presencia de las mujeres en mi vida para poder llegar a este personaje y a esta imagen: una mujer entra a una habitación. Ha llegado hasta allí para recoger las cosas que su amante ha abandonado. Apenas, unos días antes, —a la par con el recrudescimiento de la guerra en la ciudad— y tras una larga pesquisa, Gabriella Ángel (es su nombre) se ha enterado del paradero actual de Federico (su amante). Los últimos seis meses han sido para ella tiempo de angustia y desconcierto: espera un hijo y su estado no sólo le impide moverse con ligereza, sino que le ha deformado el sentido de realidad. Ha padecido la ausencia prolongada e inexplicable de su amante y esa marginalidad con que la sociedad suele desentenderse de una mujer abandonada. Además, unos instantes antes de su arribo, ha tenido que recorrer una ciudad semidestruida, una ciudad que nada tiene que ver con esas imágenes de su vida anterior. En síntesis, su vida personal, como la de la ciudad ahora, como debió ser la de Federico en estos días (por lo que puede deducirse ante el terrible desorden de su habitación) es un caos. En su labor de mudanza, va develando el enigma de la ausencia de Federico. Cuando al fin descubre lo que ha sucedido, queda atrapada en el hospedaje, reducida a un estrecho espacio. Después de un par de días, acosada por el hambre, la desesperación y la locura, es descubierta finalmente por el grupo de personajes del edificio adyacente al hospedaje, que también, y casi simultáneamente, han quedado atrapados

FEDERICO Un hombre en la esquina de una calle. Espera a alguien, parece ansioso, se mueve nerviosamente de un lado para otro. De pronto abandona el lugar, desaparece.

El hombre en su cuarto de estudio. En la pantalla del computador, en distintos tipos de letra y tamaño, teclea la palabra “fracaso”.

El hombre corre por las calles. Se detiene en un parque donde un grupo de artesanos ha tendido un comercio. Intenta hablar con uno de ellos, pero finalmente desiste, compra cualquier chuchería. Sigue su

carrera, llega hasta un edificio de apartamentos y se detiene al ver que del garaje sale una ambulancia. Continúa. Adelante, encuentra un mendigo que le pide limosna. Es un muchacho de cara angelical. El hombre esculca sus bolsillos, pero no encuentra dinero. Entonces el mendigo saca un objeto, parece un cuchillo o algo así. El hombre logra escapar. Se detiene en una cafetería, entra y pide una tisana. Observa dos muchachos que, ansiosos, se besan. El hombre sale de la cafetería y ahora sigue a paso lento. Una vitrina le llama la atención. Está exhibido un libro abierto, donde aparece la Galería de grabados de Escher y entonces recuerda las palabras de Ítalo Calvino: “¿no podría suceder lo que en los cuadros de Escher? En una galería de cuadros un hombre mira el paisaje de una ciudad, y este paisaje se abre para incluir también la galería que lo contiene y el hombre que lo está mirando”. Finalmente llega a un hospedaje. Se cruza en la entrada con un par de gitanos. Hace sonar la campana de la recepción, pero no obtiene respuesta. La casera lo mira desde la puerta de la cocina. El hombre sube hasta el segundo piso y entra a su alcoba. Descansa un momento sobre su cama. Escucha las sirenas que alertan sobre nuevos ataques. Se le ve agotado, pero tranquilo. En su piel, se observan pequeñas laceraciones rojas. Desde la ventana escucha las voces de los pregoneros. Comienza a llover. Ahora el hombre se dirige al estante de libros. Busca algo. Por fin lo encuentra, lee, lo vuelve a colocar. Prende el computador y comienza a escribir. Seguramente acerca de una mujer que recorre las calles de una ciudad destruida por la guerra. Esta imagen lo obsesiona, lo atormenta, pero, por más que lo intente jamás podrá hacerla presente. Con rabia, en distintos tipos de letra y tamaño, teclea la palabra “fracaso”.

Todo parece dispuesto ahora para que Gabriella descubra ese sentido que ha estado indagando desde que llegó al cuarto de Federico. A partir del caos inicial, y hasta el orden que ahora ha conseguido, Gabriella ha ido edificando un significado posible. Sólo ella habría podido hacerlo, ¿quién más? Cualquiera, por ejemplo, habría confundido las hojas de periódico (que esparcidas sobre el suelo, aumentaban la sensación de desbarajuste) con basura; pero, al igual que las otras cosas, han despertado en ella la curiosidad y ahora le ofrecen una visión. Al ordenarlas, le han revelado relaciones insospechadas. No son hojas sueltas, ni desecho de papel para fabricar una alfombra improvisada, como habría podido pensar alguien en principio: muestran una curiosa selección, un delicado trabajo de documentación.

Gabriella se entretiene un rato leyendo esas crónicas sobre hechos de violencia, artículos que trascienden el ámbito de las noticias o del sensacionalismo periodístico (tan proclive en estos días de guerra), para adentrarse en el análisis: historias reales de hombres y mujeres comprometidos en acciones de resistencia (un buen número de estos documentos se centran en acciones de guerrilla urbana). Hay también todo tipo de artículos que recuerdan la década de los sesenta, los movimientos estudiantiles, la cultura de la no violencia. Gabriella encuentra mucho material sobre budismo zen, sobre economía alternativa, filosofías orientales, holismo ecológico, juventud y neofeminismo; sobre la era de acuario (en la que creía tan firmemente Federico en los últimos tiempos), propuestas de vida para el próximo milenio (con algunas anotaciones de su propia mano en torno a las posibilidades prácticas de esas propuestas). Gabriella comprende así que todos estos documentos demuestran, no tanto las preocupaciones personales de Federico, como su convencimiento de una necesidad de cambio, su proyecto político. ¡Después de todo, él no había renunciado! Claro: ahora todo puede ordenarse bajo el criterio del proyecto (las grabaciones, los videos, los libros, los artículos, los discos, incluso las fotografías y los manuscritos).

Mientras la impresora va soltando las hojas donde se imprimen los archivos que Gabriella ha encontrado en el computador, la sensación de que el tiempo que ha gastado en la mudanza no ha sido en vano, la sobrecoge. Y siente que ha logrado desocultar lo desconocido, que a la par con la criatura que lleva en el vientre está concibiendo otra: una criatura que surge desde la palabra, de sus propias manos, del silencio. Ahora está segura de que este reguero innumerable que Federico ha dejado en su huida tiene una huella. Tal vez, sólo sea necesario dejarse conducir por esa voluntad de coincidencia que ahora la trasciende, limitarse a respetar el deseo de crear el cosmos que necesita. Al fin y al cabo, la mudanza es también un rito de fundación.

Con esa expectativa empieza a leer las memorias del proyecto que Federico ha registrado en los archivos del computador. Al principio incluso con temor, después con sorpresa y al final con rabia.

## CATASTROFE, 12

He concluido el primer tratamiento de la historia y llevo ya un buen tiempo inmerso en la ampliación de la ficha de Gabriella. Sin embargo —como suele suceder—, con este último ejercicio de escritura he caído en la cuenta de que el plan de composición podría expandirse demasiado (¿hasta el infinito?): siempre hay cosas que llegan tarde o ideas que interrumpen el devenir primario, como esta necesidad de centrar ahora toda la estructura de la historia en la situación particular del personaje. Es posible, incluso, que tenga que cambiar toda la disposición. Lo único que temo es que el recrudecimiento de la guerra me impida culminar la obra. Los últimos acontecimientos tienen ya el tinte de una sinsalida y parece inminente el ataque final que todos esperamos desde hace tiempo...

## ATRAPADOS, DOCE

Nos hemos quedado en el salón del comienzo, enganchados por la extraña sonrisa de la mujer embarazada. Los otros se han marchado. El silencio permite escuchar las explosiones que siguen produciéndose, cada vez más cerca. Cristina, en su cama, se queja, quizás habla, pero sus sonidos ya no son inteligibles. También hace movimientos extraños con sus pies y con sus manos. De pronto escuchamos el grito de la mujer embarazada y observamos el sobresalto de Cristina. La chica se levanta y al mirar a la mujer lleva sus manos a la boca y ahoga un grito. Seguimos su mirada. La mujer embarazada, con sus brazos apoyándose detrás de la espalda, está sentada en el borde de su cama, con sus piernas completamente abiertas. Entre ellas, sangrando, se asoma una pequeña cabeza. Empieza a pujar con fuerza y el cuerpo del niño se va expulsando poco a poco. Está a punto de caer sobre el piso, cuando las manos de Cristina lo reciben. Nos alejamos para apreciar mejor la escena y entonces vemos aparecer las sonrisas de las dos mujeres en sus rostros y luego escuchamos sus carcajadas que se extienden aún después que la escena se apaga...

### ***Mario a Diana***

Llevo una terrible carga en mi corazón, Diana:

Cuando todavía era el tiempo del heroísmo, cuando la locura era simplemente una actitud habitual, cuando la vida aún no imponía límites (ni siquiera la muerte podía ser uno, porque el suicidio entonces era una idea manejable) y estaba, entonces, inhabilitado para medir las consecuencias de mis actos, una muchachita, un delicada muchachita me visitó al apartamento con el objeto de hacerme una entrevista para su tierno periódico del colegio. Laura, sí, era una tierna muchachita, pero tenía unos ojos verdes absolutamente seductores, una boca roja de labios gruesos demasiado tentadores y un cuerpo... y unas piernas... y un aire fatal que contagiaba el ambiente con sólo respirar. Claro que concedería la entrevista, le dije, ni más faltaba, claro que hablaríamos de los poetas malditos, de sus locuras, de sus ideas, de su misticismo pendejo, de todo eso, del fantasma que habitaba en todos nosotros, de la iconoclasia, del éxtasis, de todo eso, claro que sí, pero sobre todo había que tomar un aguardiente, dejar la formalidad, sentarse al lado de la chimenea, escuchar música, meditar y dejarse llevar por las vibraciones de la noche; así, eso, con tranquilidad, con sosiego como debía llevarse siempre la vida, sin temores...

Y había que hacerlo o no habría entrevista, eso, un traguito y otro, ahora sí, para entrar en calor, para acceder al camino del conocimiento, para comprender el significado de sus palabras, en fin, para que la entrevista no se convirtiera en la respuesta a un frío cuestionamiento; eso así, muy cerca... Laura, la tierna estudiante de bachillerato, sucumbió, se dejó arrastrar por mi verborrea diabólica y yo quebré su cuerpo virgen, ¿entiendes?, saboreé su sexo dócil, penetré su vagina temerosa... y luego la abandoné a su suerte, maltrecha, triste, avergonzada, desconcertada, cercenada, en un taxi que la condujo a su casa, sin sus papelitos tiernos, sin el cuestionario, sin la entrevista. Y con un hijo en las entrañas que ahora, a los veinte años, es un tráfuga, un desadaptado, un auténtico hijueputa. EL recuerdo se hace insoportable, Diana, especialmente ahora que Juancho, el muchachito, mi hijo, repite con una perversa simetría mi heroísmo, mi locura juvenil, mi inconsciencia y, seguramente mi estupidez. El recuerdo, Diana, me recuerda que no todo está permitido, que hay un sendero que conduce al terror, al miedo, al abismo y temo que eso mismo es lo que le ha sucedido a la ciudad. Creo que hemos —todos— dejado crecer sus potencias misteriosas, hemos permitido que salgan a flote sus umbrales, creyendo que estábamos preparados para abordar un nuevo camino, y ahora nos aterramos y nos lamentamos; eso, Diana, debe haber sucedido...

Revivir las experiencias de los sesenta: un proyecto desquiciado, sin ningún sentido y sobre todo, sin ninguna posibilidad de éxito. Quizás no era tan sorprendente que Federico hubiese pensado en algo tan loco. Al fin y al cabo, él ya no era el hombre de antes: recio, lleno de seguridad y de ideales; ahora parecía haber llegado a un grado de superficialidad y de estupidez casi inconcebible. ¿Qué posibilidad práctica o política podría tener un proyecto como ese?

Gabriella ya no sabía qué pensar. ¿Había querido Federico dejar algún mensaje? ¿Sus actividades habían hecho parte de la locura general de la ciudad? ¿Existía algún sentido oculto después de todo?... Tal vez en las disquetes... habría que examinar otros archivos...

## **Federico y la guerra sucia**

La historia ocurre por los tiempos en que ya Federico había abandonado sus tímidas aventuras en el monte (hacía unos meses que había desertado al conocer la muerte de su amigo), pues ahora andaba por estos otros rumbos, tomando cursos de música en el conservatorio, probando otros caminos, convencido del necesario lapso de lucidez que debía seguir a tanta acción y despelote.

Después de una clase de folklore, en uno de los corredores del conservatorio, varios alumnos, entre ellos Federico, siguen al maestro, le hacen preguntas, éste les contesta, medio en serio, medio en broma, espíritu sencillo a pesar de su ascendencia que todos aquí conocen, porque ser el sobrino de un expresidente, así fuera de la década del veinte y hasta militar, no es un hecho que pueda pasar desapercibido, aunque sorprenda un poco, eso sí, la mínima importancia que él mismo le da al asunto y el que se haya mostrado siempre libre de todo compromiso ancestral y más bien atento a los nuevos vientos de ruptura y no pocas veces haya renegado de su origen y haya alentado a sus jóvenes alumnos a cultivar en sus mentes las ideas nuevas.

La conversación es amena, interesante, divertida, como siempre, así que el maestro les pide a sus alumnos que lo esperen mientras contesta la llamada que, según el afanado y nervioso portero del edificio, es muy urgente. Al cabo de unos minutos, el maestro regresa, cabizbajo, envejecido, triste y se sienta en la banca que mira hacia la fuente de la entrada.

Sus alumnos lo rodean, lo interrogan con delicadeza y él les comunica: “Más de uno de vosotros conoce cuál ha sido el destino de varios sobrinos míos en esta guerra sucia que vivimos. Juro que no tengo nada que ver con sus destinos, pero no niego la posible influencia que haya tenido sobre ellos, sobre mis amados y jóvenes sobrinos. No sólo no la niego, sino que la declaro con orgullo, con honestidad, incluso con esperanza. Pero cuando un hombre tan soberbio como el General, amigo de familia, viejo conocido, discípulo también, me llama para anunciarme que debo ir a recoger a mi último sobrino guerrillero en la morgue, no puedo menos que preguntar qué es lo que he hecho, qué clase de monstruo soy, o qué clase de monstruo tenemos, o qué clase de monstruos he creado. Sólo he podido contestarle ahora: «Cómase lo si quiere mi General»”.

## **Federico y la escritura**

Siempre soñó ser como aquel escritor argentino, inicialmente dedicado al atractivo (pero no siempre noble) género policiaco, quien embelesado por el puro placer y poder de la escritura llegó a tener tan altos vuelos técnicos que podía escribir prácticamente cualquier cosa que se le ocurriese, le contarán, oyerá por casualidad, le impusieran como estrategia para una mayor venta de sus libros, imaginase como regalo en el día de los novios, etc., etc., etc. Pero que un día, un buendía, como esos que a veces se le aparecen a Federico, le dio por cumplir (¡oh soberbio!) el reto que los amigos de su círculo le propusieran: ir y untarse de la realidad de los bajos fondos que él, de manera desteñida y afeminada, describía en sus libros sobre crímenes; libros descaradamente cristhenses, chestertonianos o...

Todos conocen la fecha de la última estadía en su casa, en su barrio, en su club. Pero nadie más lo volvió a ver por esos lados. Cada quien se pregunta ahora, incluyendo a Federico, qué pudo haber sucedido entre aquel lejano día en que, para satisfacer un impulso de soberbia, se largó al arrabal a untarse de realidad y aquel otro, más cercano en verdad siempre presente— en que fue arrestado y luego desaparecido por las autoridades, por estar repartiendo bellos panfletos de denuncia frente al palacio presidencial.

A veces Federico sueña con ese espacio de tiempo muerto (para los otros) que debió, sin embargo, ser tan intensamente vivo para el escritor.... y se imagina una hermosa novela....

## **Federico estudiante**

Hablar de Federico, el estudiante, es hablar de la Nacho, de la gloriosa, la heroica, la madre siempre preñada de jardines y bosques verdes, hogar de las ideas y de los amores, de la libertad: la Universidad Nacional. Lugar de la magia, centro de poder, kama de sueños. Entrar allí era como cargar los bolsillos de calor, experiencias, ilusiones, encuentros, desencuentros, poesía, quizás también desvirgue y sonrisa, expansión de la conciencia, compromiso, valor y diarrea revolucionaria. Pasar por allí, por esos prados, era recibir la iniciación en el ritual de búsqueda de los caminos de la libertad.

Hablar de Federico, el estudiante, es sencillamente hablar de la Nacho. No es sino ofrecerle un aguardiente y mencionar el movimiento estudiantil de los setenta para que el hombre se explote en el tema... los setenta, las marchas, el chiquito Lleras tomateado en plena Plaza San-tander (que ahora es la del Che Guevara), la toma de residencias, los conciertos, los amores...cuánta cosa podría contar Federico (material para toda una novela), el garrote, la carrera con las tripas en la mano, el bolillazo en la huevas, la patada en el culo, las depravaciones en la Jaula, el frío de la comisaría, la guerra sucia. Lo que podría narrarse: la marihuana seca, el desvirgue, la traba o esa tragedia en tres actos que nadie jamás podrá olvidar: el mayo, mayo eterno, mayo furibundo, mayo desbastador: Tlatelolco o Cali, Berlín o Tokio, México o Bogotá, París o Bucaramanga. El amigo muerto y silenciado más allá de la muerte. Cuántas cosas podría contar Federico, el autogobierno, la autosugestión, el polvito deseado y jamás consumado del poder estudiantil o simplemente el vómito que se llevó a maríoel-mono p'al otro mundo tras su primera borrachera.

La rumba, los tanques, las bombas, los disparos, el miedo recorriendo la piel como un anguila, el hambre, la demora del giro, el frío, la lluvia, la cafetería, las avalanchas, los gritos, las consignas, el ajedrez, la poesía, el desvirgue, simplemente el desvirgue. O la vergonzosa MAP “muerte a pepos” que demostró cuán lejos andaba la propuesta hippie del ideal estudiantil. O el Freud, los besos, las trampas en el examen, las piernas de Luz Marina, el brasier de Ana María, el polvo temido de Clarita o los ojos dulces de Rebeca. O quizás los murales, los elenos y el eme; las pedreas, la malla, los tombs husmeando en tus papeles, los baños llenos de graffities y mierda...tantas cosas... cómo no mencionar, por ejemplo, como no hablar de, como no contar...y sin embargo, al amanecer, cuando Federico está completamente ebrio se pone a llorar y le pide a sus narratarios que por favor no lo jodan, que lo dejen tranquilo que él no quiere recordar, que no sean mierdas, que ya saben cómo se pone después que habla de la Nacho, que lo dejen pensar en paz.

### ***Federico y la gramática***

Desde que leyó “La muerte del príncipe”, Federico anda en busca de su identidad gramatical.

A veces se siente sustantivo, otras, adjetivo (especialmente cuando publica sus artículos de crítica).

En ocasiones —cuando se deprime— se abandona a la incómoda irrealidad de una coma mal puesta.

Pero cuando se enamora es todo un adverbio de circunstancia, capaz de modificar la acción de cualquier verbo que se le atraviese.

En sus años mozos, sus sueños oscilaban entre constituirse siempre en la frase principal o destacarse por la forma diálogo, y en el colegio era conocido por su capacidad de contrapunto.

Dicen que nació con forma de interrogante, pero cada vez más tiende al punto y coma.

Su pasión: los tiempos verbales, en especial el pluscuamperfecto, limite utópico de todos sus ideales.

En cuanto al amor, su debilidad definitivamente son las declinaciones, a las que admira y de las que suele enamorarse tan perdidamente que abandona todo para dedicarse a ellas con furor inusitado, aunque —confiesa— jamás ha podido comprenderlas del todo.

Odia los errores de ortografía y desprecia ciertas operaciones retóricas como la adjunción, pero le fascinan otras como la elipsis, el zeugma, y el lítote, con quienes congracea fácilmente.

Más que con la metáfora, se siente a gusto con la metonimia y la sinécdoque, pero su mejor amigo es el Oximoron, a quien considera una modelo de honestidad.

Le encanta cometer omisiones semánticas y con cierta frecuencia hace el amor a las nobles y humildes aliteraciones que viven siempre agradecidas.

En las noches suele soñar con cadenas de oraciones y con el temible flujo de conciencia, pero al despertar todo vuelve a su curso lineal.

En estos días que releyó la introducción a “La muerte del Príncipe” (“Todo este universo es un libro en el que cada uno de nosotros es una frase. Ninguno de nosotros, por si mismo, hace conjunto de lo que se dice o percibe lo que cada uno verdaderamente quiere decir”), se sintió desolado y triste. Y tal vez por eso anotó en su cuaderno, para desarrollar después, el siguiente pensamiento:

“¿No estamos todos hechos, como la frase, de palabras comunes?, ¿de sustancia constante, de humanidad vulgar? Hay, sin embargo, un adjetivo adentro que a cada quien lo define y determina”.

Desde entonces, Federico pudo comprender el escepticismo de los puntos suspensivos...

### ***Federico y la inteligentzia***

Iridiscente y extremista, no había que sorprenderse porque, tras sus continuos fracasos, Federico corriera a refugiarse a esa caverna oscura y mal oliente que en la entrada tiene escrito el imperativo: NO ENTRES AQUI SI NO PRACTICAS LA INTELIGENCIA.

Así es como lo vemos moviéndose finalmente como pez en el agua en medio de catedráticos, conferencistas, científicos, investigadores, escritores, periodistas, promotores, críticos, animales raros que suelen comentar en los cócteles de final de curso (seminario, simposio, taller o reunión internacional) que han adquirido el último modelo de computador personal con el más sofisticado software, y alardean de su capacidad para manejar todos los signos de la modernidad científico-técnica, mientras en su casa tratan a sus hijos a las patadas y viven según las costumbres del medievo. Al fin y al cabo el fascismo es también producto de los tiempos modernos, como lo son el televisor y la motocicleta, el avión o la licuadora y esa extraña forma de medir al hombre según lo que publica.

PUBLICAR. Ese sí que ha sido un dolor de cabeza para Federico. Por publicar lo he visto comer mierda, pedir caca y a punto de vender su alma al diablo. ¡Porque publicar es existir! Imagínense las consecuencias de ese maligno sofisma:

**SOLO ES HOMBRE QUIEN POSEE EL DON DE LA INTELIGENCIA**

**SOLO ES INTELIGENTE QUIEN PUBLICA**

**POR TANTO:**

**SOLO MERECE EXISTIR QUIEN PUBLICA**

La red está lista: fina, sutil, hecha de un encordado terrible, precisa. Pobre de Federico cuando cayó en las redes de la inteligentzia, esa caseta de hombres que en nuestros pobres países no pasa de ser una partida de fracasados y onanistas.

Pero —como todo— aun ahí, donde menos se espera, hay hombres y mujeres de la clarividencia. Aun en esa caverna hay gente capaz de encontrar la salida.

Y Federico los conoce y con ellos, con algunos de ellos, lo vemos imaginando la utopía

### ***Federico y las máscaras***

Un buen día, Federico descubrió que las máscaras ofrecen poder. Al comienzo, lastimado por la revelación, quiso presentarse ante el mundo tal y como es: sin ningún aditamento que ocultara su ser. El resultado fue que nadie le puso bolas y anduvo como un fantasma, abandonado al olvido. Hasta aquel otro día en que reconoció que no toda máscara produce el poder que él se imaginaba y que no todo poder es el poder que él se imaginaba. Así, empezó a fabricar sus propias máscaras (sencillas, claro: de papel periódico y engrudo), para enfrentarse a ese poder que se imaginaba y para ejercer aquel otro que él no creía que era también poder. Mejor dicho, para combatir el fuego con fuego.

Prueba de ello es que inventó a otro Federico capaz de escribir una obra en la que el protagonista es otro Federico que a su vez escribe una obra en la que otro.....

El resultado de este experimento es que sigue siendo un fantasma. Pero ahora es un fantasma bonachón y chocarrero, capaz de hacerle bromas y de estregarle la realidad a todo el que se le atraviere, sin preocuparse si es o no un....

### ***Federico y la mitología***

No sólo usó el pelo largo y la bota-campana y los zapatos de tacón; no sólo compró toda la música de los Beatles y de los Rolling Stones y la de Led Zepelin y el rock instrumental después; no sólo probó la marihuana, sino que creyó ver en esos signos el advenimiento de un nuevo mundo, de un nuevo hombre.

No sólo confió en el “student power”, sino que se comprometió con él y se hizo romper el brazo lanzando piedra en las manifestaciones y construyó barricadas y se encapuchó para incendiar buses. No sólo amó desesperadamente a la peladita que, como él, era capaz de hacer lo mismo; sino que creyó ver en esos actos la posibilidad de un nuevo hombre, un nuevo mundo.

No sólo se fue p’al monte el día que el gobierno promulgó su temerario estatuto de seguridad, sino que comió mierda y aprendió a usar el M-15 y respetó con estoicismo una jerarquía tan dura que la vida en familia (por donde todo comenzó) resultaba un juego de niños. No sólo estuvo listo para el asalto (hasta el día que supo de la muerte de su amigo), sino que creyó ver en ese compromiso el advenimiento de un nuevo mundo, un nuevo hombre.

## ATRAPADOS, TRECE

Siguiendo el camino que el grupo de vanguardia ha abierto poco antes, los otros llegan hasta la habitación donde se encuentran Darío, Fabio y Mario. Estos revisan los objetos que se encuentran en lo que parece una habitación que ha sido arrasada. Mientras Fabio y Mario intentan poner algún orden, a Darío se le ve inmerso en la lectura de algunos manuscritos. Entretanto, Francisco reclama lo que él considera una traición al grupo, Eduardo llora, las mujeres están nerviosas e Indiana se une a la cantaleta del viejo. Diego avanza hacia el ventanal del fondo y anuncia el fin del sueño. Los otros se acercan. Observamos con ellos el desolador panorama de una ciudad completamente destruida y algunos fognazos a lo lejos que indican el recrudecimiento de la guerra. El ambiente semioscuro de afuera hace imposible establecer la hora exacta. En la esquina, arde una hoguera y, al abrir la ventana, se cuela hasta aquí el olor a muerte. Atrás, Darío ha llamado a los otros dos hombres, se le ve nervioso, zarandea los papeles, discute. Al fin, decide hablar con los demás. Anuncia un hecho inaudito que debe poner a consideración de todos. Se trata de un escrito que ha encontrado en la impresora del computador, donde se describe con fría exactitud los acontecimientos que han precedido la llegada de ellos a la habitación y algunos otros detalles que explicarían por ejemplo la presencia de la mujer embarazada. En medio del informe, una fuerte explosión hace que se derrumbe una de las paredes laterales de la alcoba; Francisco queda atrapado bajo los escombros, en seguida Fabio intenta el rescate; al momento de liberarlo, la pared cae sobre Fabio y lo sepulta. Pese a los intentos de Darío y de Indiana, no logran sacar a tiempo a Fabio y muere. Dos explosiones más, todos intentan huir por la puerta de la habitación, pero sólo hallan acceso al cuarto de las escaleras y por ahí, como antes Gabriella, al salón del comienzo.

### ***Fabio a Diego***

Creo que soy uno de los últimos de mi especie, lo digo con valor, con la sinceridad y la honestidad que siempre me han caracterizado... La tropa hizo contacto a las 13 horas, en una estrecha quebrada, donde el grupo de hombres a mi mando —que huía desde la tarde anterior, tras una incursión malograda en el corregimiento de Aguachica— se proponía esperar la noche para romper el cerco. Se combatió hasta entrada la noche desde posiciones individuales ubicadas en el lecho de la quebrada y en los bordes superiores. Estuve combatiendo herido hasta que una bala, en el fuego cruzado que se empezó a constituir por el acoso de la tropa, destrozó mi fusil M-16. Fui finalmente capturado vivo, aunque en muy mal estado... Entonces, como ahora, pensé que moriría... en medio de recuerdos y justificaciones, pero convencido, como ahora, de que dar la vida, como yo la he ofrecido, valía realmente la pena...

Qué era todo eso realmente: una broma, una equivocación, una locura? ¿Cómo entender esa extravagancia de un “principio de ilusión”? ¿Qué tenía que ver el Guerrero en este asunto? ¿Qué tipo de historia era esa que se valía de algo tan doloroso como la guerra? ¿Qué tipo de realidad? ¿Qué tipo de ficción?..

Gabriella caerá en una desazón terrible. Toda su esperanza se derrumbará...Y sobre todo se sentirá manipulada: así que todo ha sido una farsa, una mentira; así que la ausencia de Federico, su decisión de abandonarla, su proyecto...

## ATRAPADOS, CATORCE

No hay palabras, Están de nuevo, reunidos en la habitación del encuentro. En todos ellos se manifiesta la huella que ha dejado la revelación del ardid, tras el hallazgo de los papeles.

La salida pierde sentido. Ya no están seguros de nada. Quieren gritar o llorar o reír o partir corriendo, pero no tienen ni siquiera la mínima energía que requiere un acto tan simple como éste que desean.

Algunos incluso ya anidan la posibilidad de dejarse morir, allí arruinados, tirados. A lo mejor no falta mucho para que el sitio se derrumbe por completo como ellos mismos. Salir ¿para qué?

Diana y Eduardo se desnudan y comienzan a hacer el amor, al principio con desgano, después con rabia, luego con desesperación. Los demás miran más bien sin interés. Esta vez es Darío quien se masturba.

Ya ni los jóvenes amantes se miran con la ternura odiosa del comienzo: han sucumbido. Indiana ha conseguido, quién sabe cómo, una colilla de bazuco y en su mirada se adivina que sería capaz de matar si alguien osara interrumpirlo. Mario llora, pero, simultáneamente, en sus labios se dibuja una sonrisa: su fortaleza mental y su alegría se han malogrado.

Francisco parece tranquilo, allí en su rincón, desde donde mira la escena como si la hubiese diseñado él mismo. Diego, a su lado, mantiene la mirada gacha y escupe como si quisiera expulsar de su boca algún sabor amargo pero también se le ve sereno.

Cristina, con el pulgar de su mano izquierda, también comienza a masturbarse; el otro lo lleva a su boca.

No vemos a Federico ni al niño. Tampoco Gabriella se encuentra en la escena... A lo mejor ya habita su realidad otra...

Una explosión, escuchará una fuerte explosión. Quizás sea lo último que recuerde con claridad: después vendrá la confusión total. Y, en ese estado, escribirá una extensa nota a Federico. Cuando termine, una nueva descarga la obligará a abandonar la habitación del hospedaje. Intentará bajar por las escaleras, pero una tercera explosión la dejará atrapada en el quiebre que forman los peldaños, entre la habitación y la salida. Y permanecerá allí durante casi dos días, leyendo una y otra vez lo escrito, hasta cuando, del otro lado de la pared, desde el edificio adyacente, algunos sobrevivientes la encuentren. Entonces, ellos se asombrarán de su mirada extraviada, de esa sonrisa indefinible en sus labios que ya no podrá abandonar.

Absorta en otra realidad, Gabriella se habrá alejado de esta y habrá ido entrando a ésa que sus deseos y sus angustias habrán edificado. Entonces —y sólo entonces— Gabriella sabrá que hay algo más, un lugar que la espera para envolverla. Y esa esperanza la hará sentir irreal, pero feliz; como si estuviese a punto de nacer a una dimensión verdadera, aunque no pueda explicarlo, aunque no quiera explicarlo...

...Sácame de aquí envía tus ojos poderosos utiliza la fuerza de tu aliento y haz que este corredor de tinieblas pueda abrirse en los mil senderos de tu gracia déjame respirar del aire de tus imágenes deja que mis manos adquieran el poder de tus palabras que mi boca pueda pronunciar los sonidos de tu deseo que mi cuerpo pueda moverse con la agilidad de tus ideas que en esta vibración infinita pueda hallar la justa frecuencia de tus sueños quizás en algún rincón de tu memoria podría habitar hasta el fin de los tiempos o tal vez podríamos volver a caminar sin el afán de los incendios sin el rencor de los asfaltos sin el dolor de las ventiscas permíteme que mis ojos vean lo que ya tú has descubierto que mis oídos se abran a la armonía de tu péndulo que mis labios puedan gustar el sabor de tu mundo que mi piel se rasgue con el filo de tus rocas envía tus brazos un mechón de tu cabello la última sonrisa de tus labios el recuerdo infinitamente multiplicado de tu rostro alguna pista de tu paradero el bastón que necesitan mis pasos de ciego el brazo que le dé fuerza a esta búsqueda sin retorno los pies que abran el matorral complejo de tus dudas dame una oportunidad de habitar este caos que me abarca.

Una luz se abre paso y alumbra con su intenso apetito una escena podría ser yo o esa mujer que has inventado no importa la veo desde arriba avanza con dificultad casi a tientas como si estuviera en un laberinto a su lado sin saberlo se encuentra otra gente en otros corredores en otras galerías se mueven caprichosamente algo buscan podría ser su propio destino o algún ser querido o el sentido de sus vidas o la libertad que han perdido algo buscan también a tientas y a veces se encuentran incluso se tropiezan pero nada sucede tocan la misma pared uno a cada lado paralelos a veces truecan el camino sin darse cuenta sé que se mueven porque he estado observándolos desde hace rato pero podría parecer que no lo hacen porque sus movimientos son lentos muy lentos más lentos que esta súplica interminable que quizás nunca tú escuches porque a lo mejor estás en otro laberinto o en otro sector alejado de este en que me encuentro o simplemente porque tú no existes te he inventado para que mis sueños alcancen el éxtasis que mi alma necesita o tal vez por que soy yo quien no existe y tan sólo soy una extensión inconclusa de tus fracasos o de tus pasos de loco.

Otra escena estás tú en ella y yo también juntos imposible determinar si antes o después de nuestro desencuentro porque estamos solos y porque desde estas alturas sin algún instrumento que me ayude es imposible alcanzar el detalle que mi vista necesita pero no importa estamos juntos y también solos en la cama espalda contra espalda cada uno con lágrimas en los ojos desnudos tiritando de frío incapaces de someter nuestro orgullo al simple negocio del abrazo es quizás el centro del laberinto o su raíz tampoco es posible saberlo con esta visión relativa que poseo así como imposible será saber cuál es el contenido total de los pasillos porque no poseo y tú tampoco el panorama completo de las cosas aunque si yo no existo y tú tampoco a lo mejor una sumatoria de los dos puede haber fracturado esta lógica sencilla a lo mejor juntos existimos en algún cuerpo o en alguna mente o en algún corazón o en ese espacio infinito y hermoso de las posibilidades como en las pinturas de Escher o en el deseo sin cuerpo de algún lector desprevenido quizás somos eso que no podemos ni queremos ser porque jamás tuvimos la voluntad para serlo.

Otra escena mi hijo nuestro hijo llora ha pasado algún tiempo y él ha tenido también que emprender su propio camino ya lo veo criatura gateando por los mismos corredores oscuros jugando inocente de todos sus designios esos que alguna vez soñamos para él sólo que más alegres más humildes menos terribles que estos que ahora le esperan en la boca de alguna galería lo veo allí tan pequeño tan indefenso y a la vez tan confiado como ninguno de sus acompañantes en este viaje por las estrías endurecidas del laberinto lo veo de tu mano a veces intentando caminar como los demás hombres lo veo llorar otras atribulado y confundido enmarañado en su propia angustia en su propio laberinto víctima inocente de tus sueños me veo a veces junto a él amamantándolo o golpeándolo por qué por qué tiene que ser así por qué no de otra manera por qué no soñaste tu sueño de otra forma por qué tenías que darle las dimensiones que tú creíste que tenías derecho a calcularle agrimensor de lo ajeno estúpido reductor de los destinos creías que jamás habríamos de encontrarlo ahora todos lo sabemos exactamente qué clase de mundo es el que habitamos sabemos qué clase de destino nos espera y sabes qué Federico Soler aunque no lo parezca ya no nos importa es más tenemos la certeza de haber alcanzado así gracias a tus odiosas performaciones una libertad que jamás habrías alcanzado a imaginar o a proyectar somos eso que no pudiste pensar o calcular que fuéramos hemos roto las cotas hemos hecho de este laberinto un confortable caleidoscopio solo que tú no tienes derecho a saberlo sácame si quieres ya en realidad no importa no importa no importa aunque si quieres hazlo sácame de aquí hazlo hazlo sácame de aquí envía tus ojos poderosos utiliza la fuerza de tu aliento y haz que este corredor de tinieblas pueda abrirse en los mil senderos de tu gracia déjame respirar del aire de tus imágenes deja...

El último ataque ha sido profundamente desbastador. Desde la revuelta del año 48, la ciudad no se había visto tan golpeada como en esta ocasión. Ya no existe sector que no haya sido afectado. El temor y la desesperación de los habitantes ha cundido de un manera aterradora. El panorama en la mañana de hoy no podía ser más desolador. Mientras el gobierno huye del país, los habitantes de la ciudad buscan protección en los escasos refugios, cuya capacidad de albergue está al tope.

Las enfermedades contagiosas se han extendido y la labor de los voluntarios se hace cada vez más difícil y peligrosa, por cuanto los cadáveres y los heridos que riegan las calles se han multiplicado de una manera desproporcionada. Sin embargo, en medio del caos y del terror, ha llegado a la redacción una historia conmovedora: de entre los escombros de uno de los edificios del centro, se ha rescatado hoy, milagrosamente, el cuerpo de un recién nacido aún con vida.

Junto a él, se encontraban los cuerpos inertes de doce adultos, uno de los cuales parece ser el de la madre del niño. Quizás, pese a todo, al horror y a la muerte que se han extendido, haya todavía alguna esperanza para nuestra ciudad.